



Directorio

Letra en Psicoanálisis

Director- Editor

Dr. Jaime Fausto Ayala Villarreal

Consejo de Redacción

<i>Redacción</i>	<i>Gráfico</i>
Concepción Rabadán Fernández Maria Esther Castillo Barnetche Mitzi Miriam León Calderón Ezequiel Martínez Martínez Gabriela Tercero Quintanilla	Jimena Ayala Rabadán

Nacional

Dr. Javier Amado Lerma

México, D.F., Instituto Nacional de Psiquiatría "Ramón de Fuente Muñiz"

Mtra. Melba Álvarez Martínez

México, D.F., Instituto Nacional de Psiquiatría "Ramón de Fuente Muñiz"

Mtro. Josafat Arzate Díaz

Pachuca, Hidalgo. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Lic. Medicina Jimena Ayala Rabadán

Universidad La Salle

Dra. Thalia Attié Rohl

México, D.F., Independiente

Dr. Walter Beller Taboada

México, D.F., Universidad Autónoma Metropolitana

Dra. Martha Patricia Bonilla Muñoz

México, D.F., Instituto Mexicano de Terapia Cognitivo-Conductual

Dra. María Esther Castillo Barnetche

México, D.F., Independiente

Dra. Rosa María Denis Rodríguez

Pachuca, Hidalgo. Centros de Integración Juvenil

Mtro. Armando Israel Escandón Muñoz

Taller Maladrón, CDMX

Mtra. Martha R. Garza Tamez. Facultad de Psicología de la Universidad Autónoma de Nuevo León.

Mtro. Pedro Rafael Hernández Uzcanga

México, D.F., Independiente

Mtra. Mitzi Miriam León Calderón

Ciudad de México, Independiente

Mtro. José Carlos Llanes Sáenz

Monterrey Nuevo León. Hospital Regional Monterrey "ISSSTE"

Lic. Ezequiel Martínez Martínez

Ciudad de México, Independiente

Mtro. José Mendoza Landeros

México, D.F., Consejo Mexicano de Psicoanálisis y Psicoterapia

Mtro. Macario Molina Ramírez

México, D.F., Escuela Superior de Educación Física (ESEF).

Dra. María Oswelia Murad Robles

México, D.F., Independiente

Dra. Alicia Parra Carriedo

México, D.F., Universidad Iberoamericana

Mtra. Paulina Reyes Retana Dahl

México, D.F., Independiente

Dr. Juan Gabriel Serna Guerrero

Pachuca, Hidalgo. Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo

Dra. Gabriela Tercero Quintanilla

Hospital Infantil de México "Federico Gómez"

Mtra. Martha Elva Valenzuela Amaya

México, D.F., Colegio Internacional de Educación Superior

Consejo Editorial:

Internacional

Lic. Miguel Sassano

Buenos Aires, Argentina. Universidad de Morón

Dr. Rómulo Lander

Caracas, Venezuela. Sociedad Psicoanalítica de Caracas

Dr. Carlos Valedón

Caracas, Venezuela. Sociedad Psicoanalítica de Caracas

ÍNDICE

EDITORIAL ¿CÓMO PUEDE UNO NO SER PERSA? Concepción Rabadán Fernández

SECRETOS Y REPETICIONES: LO TRANSGENERACIONAL EN COMO AGUA PARA CHOCOLATE DE LAURA ESQUIVEL Armando Israel Escandón Muñoz

UN RELATO DE REENCUENTRO CON EL DESEO. LAS BATALLAS EN EL DESIERTO DE JOSÉ EMILIO PACHECO Isabel Osorio Antonio

“CARLITOS: UN CUERPO ROTO”. UN ANÁLISIS DESDE LA PSICOSOMÁTICA DE PIERA AULAGNIER Enrique Octavio Aragón Burgos

UNA SEGUNDA INSCRIPCION: LA ADOLESCENCIA Y LO PUBERAL EMBARAZO Y SEXUALIDAD Brenda Michelle Islas Baños

EL CUERPO EN LA CLÍNICA Y SU ARTICULACIÓN CON EL GOCE
Viridiana Urueña Camargo

PSICOANÁLISIS DE LAS ADICCIONES. APROXIMACIONES A LOS POSICIONAMIENTOS TEÓRICOS FREUDIANO Y FREUDOLACANIANO Esmeralda López Ruiz

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA IMPORTANCIA DE LOS RITOS FUNERARIOS EN LA SUBJETIVIDAD María Fernanda Sánchez Sanz

LA SUPERVISIÓN: UN FARO PARA EL ANALISTA Dra. Lucía Cortés Martínez

EDITORIAL

CÓMO PUEDE UNO NO SER PERSA?

Esta es la pregunta que se hace Piera Aulagnier en su libro *Un intérprete en busca de sentido* ¿Ser freudiano, lacaniano o ser persa? Podríamos agregar para los psicomotricistas ¿ser de Aucouturier o de Subirán o ser persa?

Qué quiere decir Persa

Persas son los cuatro personajes ficticios que mantienen una correspondencia en la novela *Cartas persas* de Charles Luis de Secondat, barón de Montesquieu, hace ya 300 años, en 1721. Por un lado se encuentra en la correspondencia los mensajes circulando entre los persas musulmanes chiítas y desde otra perspectiva las crónicas de viaje facilitan a la mirada occidental, desde sus protagonistas orientales, la crítica a los usos y costumbres de los franceses. Recurriendo en ocasiones al humor negro y ridiculizando constantemente a la corte francesa de Luis XIV.

Así como a Persia, ahora Irán, los transforma Montesquieu en un escenario para la fantasía de los occidentales, ser Persa implica la distancia que permite la paradoja entre lo familiar y a la vez lo desconocido. Ser Persa ante los peligros de los distintos juegos del narcisismo que en la transferencia corre el riesgo, como Narciso de terminar mirando en el agua la imagen, que no sabe que es la propia, y que se abraza con s, de abrazo, y abraza con z, de quemarse, hasta consumirse.

Desde esta óptica, el escenario de los persas, que bien podrían ser chinos, mexicanos, rusos, no importa, para denunciar a la sociedad de su época.

Los lectores lo suficientemente alejados para comprender el extrañamiento de los personajes y la libertad con las que se expresan. Se burlan de los caprichos de la moda, la simpleza de los capitalinos, de la academia, los apasionados de la literatura clásica. No escapan el rey, el papa y la teología. El lector entre indignado y reflexivo, medita, se conmueve y cuestiona.

Uzbek deja de ser el Persa ingenuo que era cuando partió de su tierra.

El gobierno del honor, el deseo de gloria, el de la virtud (o sea, amor a la patria), el del poder, el de la lucha de prestigio y el del temor. Es decir, lo irracional y desconocido del hombre.

Planteado así, ser o no Persa, bien puede plantearse como el extranjero que soy yo, o el investigador que soy yo para mí mismo. El extranjero que soy yo para mí mismo entre los

engaños del inconsciente. El extranjero que soy yo ante la comunidad en la que se practica el psicoanálisis o la psicomotricidad y el extranjero que soy yo para las otras sociedades psicoanalíticas, si soy freudiano, lacaniano, kleiniano, winnicottiano.

Es decir, el poder del psicoanalista, del investigador, el poder del psicoanálisis y el poder de la sociedad. Una extraña lucha de prestigio que puede venir a desgarrar el campo en el que se desarrolla nuestra acción profesional.

Ahora sí nos podemos preguntar con Piera Aulagnier ¿como no ser persa, psicoanalista, psicomotricista o investigador?

¿Cómo no ser Persa?

Comité editorial LeP

Concepción Rabadán Fernández

SECRETOS Y REPETICIONES: LO TRANSGENERACIONAL EN COMO AGUA PARA CHOCOLATE DE LAURA ESQUIVEL

ARMANDO ISRAEL ESCANDÓN MUÑOZ

Licenciado en lengua y literatura hispánicas por la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Maestro en Historia del arte (UNAM). Maestro en Psicoterapia de las Adicciones por el Colegio Internacional de Educación Superior (CiES). Cofundador de Taller Maladrón. Correo electrónico: a.escandon.psicoterapia@gmail.com; armandoescandon@gmail.com

Recepción: 10 de abril 2023/ Aceptación: 02 mayo 2023

RESUMEN

Sigmund Freud, merced a su gran cultura general, de modo constante echó mano de diversos recursos de la cultura para poner en juego los alcances del psicoanálisis, que, cuando sale del ámbito clínico, se conoce como “psicoanálisis aplicado”; veta que debe seguirse explorando, dada su gran relevancia –por ejemplo, piénsese en el propio concepto de Edipo, concepto esencial en la clínica psicoanalítica, que proviene de la literatura–. Por otro lado, a lo largo de la segunda mitad del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI, la clínica de lo transgeneracional –con una gran influencia del psicoanálisis– ha tomado auge como un recurso para explorar el tema del inconsciente familiar más allá de las generaciones.

En ese sentido, el argumento de Como agua para chocolate de Laura Esquivel permite poner en juego diversos conceptos del psicoanálisis y lo transgeneracional como “recordar, repetir, reelaborar”, fantasma, cripta, identificación alienante-desidentificación, entre otros. Así, la apuesta de este trabajo es explorar la trama de Como agua para chocolate con base en el psicoanálisis aplicado y lo transgeneracional.

PALABRAS CLAVE: psicoanálisis aplicado, transgeneracional, secretos, repeticiones, Como agua para chocolate de Laura Esquivel; relación madre-hija; delirio y psicosis; identificación alienante-desidentificación.

SUMMARY

Sigmund Freud, thanks to his great general knowledge, constantly made use of various cultural resources to bring into play the scope of psychoanalysis, which, when it leaves the clinical field, is known as "applied psychoanalysis"; vein that should continue to be explo-

red, given its great relevance –for example, think of the very concept of Oedipus, an essential concept in psychoanalytic clinics, which comes from literature–. On the other hand, throughout the second half of the 20th century and the first decades of the 21st century, the clinic of the transgenerational –with a great influence of psychoanalysis– has gained momentum as a resource to explore the issue of the family unconscious beyond of the generations.

In this sense, the argument of Laura Esquivel's *Como agua para chocolate* allows us to put into play various concepts of psychoanalysis and the transgenerational, such as “remember, repeat, rework”, ghost, crypt, encouraging identification-disidentification, among others. Thus, the bet of this work is to explore the plot of *Como agua para chocolate* based on applied psychoanalysis and the transgenerational.

KEYWORDS: Applied psychoanalysis, transgenerational, secrets, repetitions, *Como agua para chocolate* by Laura Esquivel; mother-daughter relationship; delusion and psychosis; encouraging identification-disidentification.

RÉSUMÉ

Sigmund Freud, grâce à sa grande culture générale, n'a cessé d'utiliser diverses ressources culturelles pour faire jouer le champ de la psychanalyse, qui, lorsqu'elle sort du champ clinique, est connue sous le nom de «psychanalyse appliquée» ; filon qu'il convient de continuer à explorer, compte tenu de sa grande pertinence –on pense par exemple au concept même d'Œdipe, concept essentiel dans les cliniques psychanalytiques, qui relève de la littérature–. D'autre part, tout au long de la seconde moitié du XXe siècle et des premières décennies du XXIe siècle, la clinique du transgénérationnel –avec une grande influence de la psychanalyse – s'est imposée comme une ressource pour explorer la question de l'inconscient familial au-delà des générations.

En ce sens, l'argumentation du *Como agua para chocolate* de Laura Esquivel permet de mettre en jeu divers concepts de la psychanalyse et du transgénérationnel, tels que « se souvenir, répéter, retravailler », fantôme, crypte, favorisant l'identification-désidentification, entre autres. Ainsi, le pari de ce travail est d'explorer l'intrigue de *Como agua para chocolate* basée sur la psychanalyse appliquée et le transgénérationnel.

MOTS-CLÉS : Psychanalyse appliquée, transgénérationnel, secrets, répétitions, *Like Water for Chocolate* de Laura Esquivel ; relation mère-fille; délire et psychose; favoriser l'identification-désidentification.

INTRODUCCIÓN

Sigmund Freud, en diversas ocasiones, recurrió tanto a la literatura como a otras expresiones artísticas para auxiliarse en la teorización del psicoanálisis. Muestra de ello se encuentra en conceptos de gran calado, tales como complejo de Edipo –tomado de la tragedia griega de Edipo rey, escrita por Sófocles–, o narcisismo –el concepto se recuperó de Las metamorfosis de Ovidio (aunque su primer teórico en la clínica fue Havellock Ellis)–, o en la gran cantidad de citas de Goethe o Shakespeare que pueden leerse a lo largo de toda la obra freudiana. En cuanto a la literatura de modo directo, Freud trabajó Los hermanos Karamazov de Fiódor Dostoievski –en Dostoievsky y el parricidio–, La Gradiva de Wilhelm Jensen, así como Los elixires del diablo y El hombre de arena de E.T.A. Hoffmann –en el texto de Lo ominoso–; entre otros textos relacionados al arte –entre ellos Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci, El Moisés de Miguel Angel, Un recuerdo de infancia en Poesía y verdad (habla sobre Goethe), La elección del cofre (donde Freud se ocupó de parte de la obra de Shakespeare), etc.–.

Sirva el preámbulo anterior para argumentar que el psicoanálisis permite analizar obras artísticas mediante el “psicoanálisis aplicado” [1], pues en el presente trabajo se pretende reflexionar la novela Como agua para chocolate de Laura Esquivel, desde una concepción psicoanalítica. Centrando, de modo particular, la atención en la relación entre la protagonista de la obra, Tita, y su progenitora, Mamá Elena, así como de la relación con el resto de la familia y los efectos de las repeticiones y secretos familiares, lo cual remite al campo de lo transgeneracional.

Para ello, además de diversos conceptos esenciales del psicoanálisis, donde la obra de Sigmund Freud es primordial, se consideraron algunos elementos de autores como Jean Lacan, Melanie Klein y Françoise Dolto, así como de la clínica de lo “transgeneracional”, esto contemplando autores como Karl Abraham y Török, Serge Tisseron, Diana Paris, entre algunos otros autores de marcado interés.

LO TRANSGENERACIONAL

En su momento, Sigmund Freud resaltó la relevancia del individuo con un compromiso vital para sí, pero también como parte de una red familiar: “El individuo lleva realmente una existencia doble, en cuanto es fin para sí mismo y eslabón dentro de una cadena de la cual es tributario contra su voluntad o, al menos, sin que medie ésta” (76) [5]. Así, el sujeto no sólo tiene un lazo psíquico con sus progenitores, si no con su estirpe, tal lo señala Tisseron: “La vida psíquica de todo recién llegado al mundo se construye efectivamente

en la interrelación con la vida psíquica de sus allegados, y es así como, marcada por la de sus padres, lo está también, a través de ellos, por la de sus ascendientes” (12) [6].

Por su parte, Jacques Lacan resaltó el papel esencial de la familia como quien perpetúa la cultura, que entre sus elementos contiene “la educación inicial, la represión de los instintos, la adquisición de la lengua a la que se designa como materna”, y también es transmisora de “estructuras de conducta y de representación, cuyo desempeño desborda los límites de la conciencia. De este modo, [la familia] instauro una continuidad psíquica entre las generaciones cuya causalidad es de orden mental” (16-17) [7].

Así, tomando prestados algunas ideas del mundo de la pintura y el arte, para considerar al sujeto en una visión más amplia, más que en un mero retrato, hay que buscar su sitio dentro de un mural, dentro del gran mosaico familiar, en un entramado de mayor alcance y vínculos que están más allá de la propia existencia. Porque: “La familia es el sistema primario y, excepto raras excepciones, más poderoso al que pertenece una persona. Dentro de este marco, la familia está compuesta por toda la red de familiares de al menos tres generaciones...”, señalaron Mónica McGoldrick y Randy Gerson (21) [8].

En este horizonte, se está ante lo que se conoce como clínica de lo transgeneracional (II). Serge Tisseron, en resonancia con lo anterior –y siguiendo las ideas de Nicolas Abraham y Maria Török–, plantea dos conceptos desde sus influencias: intergeneracional y transgeneracional. “Las primeras son las que se producen entre generaciones adyacentes en situación de relación directa. Las segundas se producen a través de las generaciones: los contenidos psíquicos de los hijos pueden estar marcados por el funcionamiento psíquico de los abuelos o de los ancestros que no han conocido, pero cuya vida psíquica ha marcado a sus propios padres” (14) [6].

Uno de los conceptos centrales en la clínica de lo transgeneracional es el “fantasma”, mismo que Abraham y Török definieron así:

El fantasma es el trabajo en el inconsciente del secreto inconfesable de otro (incesto, crimen, bastardía, etcétera). Su ley es la obligación de noción. Su manifestación, el acoso, es el retorno del fantasma en palabras y actos extraños, en síntomas (fóbicos, obsesivos...), etcétera. [...]
Se vive entonces un afecto particular que Freud ha descrito como «inquietante extrañeza» (341) [9].

Así, fantasma, suceso traumático y secreto, van de la mano. Acota Tisseron: “El fantasma resulta, pues, de los efectos sobre el inconsciente de un sujeto de la cripta de otro, es decir de su secreto inconfesable” (17) [6]. El mismo autor señaló otros tres conceptos –también tomados de la teorización de Abraham y Török–, que son esenciales en la clínica de

lo transgeneracional: lo **indecible**, lo **innombrable** y lo **impensable**. El primero de ellos corresponde al fantasma, al suceso traumático, a la generación que vivió la situación, pero que al verse rebasados por el acontecimiento no pueden hablarlo. En la siguiente generación, el hijo de padres “con un traumatismo no elaborado [...], instala un clivaje que afecta no solamente a una parte de su psiquismo, sino a su conjunto [...]. Para esta generación, los acontecimientos se han convertido en “**innombrables**”, [...] no pueden ser objeto de ninguna representación verbal. Sus contenidos son ignorados y su existencia es sólo presentida e interrogada” (18-19) [6]. Para la siguiente generación, aquello que aconteció en la generación de los abuelos se ha tornado en “**impensable**”, entonces: “El niño, luego el adulto que llega a ser, puede percibir en sí mismo sensaciones, emociones, imágenes o potencialidades de acciones que le parecen “bizarras y que no se explican por su propia vida psíquica” (19) [6].

Si bien, existen otros conceptos de la clínica de lo transgeneracional, los hasta aquí expuestos permitirán desarrollar el análisis planteado en Como agua para chocolate de Laura Esquivel desde el psicoanálisis –donde se privilegia la escucha del inconsciente– y lo transgeneracional.

ARGUMENTO, ESTRUCTURA Y PERSONAJES DE COMO AGUA PARA CHOCOLATE

La novela habla de la historia de Tita (Josefita –significa “lo que Dios multiplica”, o “engrandecida por Dios”)–, quien es la hija menor de la familia De la Garza. Aunque ella se enamora de Pedro Muzquiz, no se puede casar con él, porque la tradición dicta que la hija más chica debe quedarse soltera para cuidar a su madre, mamá Elena, hasta que muera. El libro consta de 12 capítulos, cada uno corresponde a un mes y un platillo del año, aunque de diferentes épocas: 1. Enero: Tortas de navidad; 2. Febrero: Pastel Chabela; Marzo: Codornices en pétalos de rosa; 4. Abril: Mole de Guajolote con Almendra y Ajonjolí; 5. Mayo: Chorizo norteño; 6. Junio: Masa para hacer fósforos; 7. Julio: Caldo de Colita de res; 8. Agosto: Champondongo; 9. Septiembre: Chocolate y rosca de Reyes; 10. Octubre: Torrejas de natas; 11. Noviembre: Frijoles gordos con chile a la Tezcucana; y 12. Diciembre: Chiles en nogada.

Entre los personajes principales están:

Mamá Elena: madre de Gertrudis, Rosaura y Tita. Es conservadora, tradicional y dura. Sin embargo, ella misma cuenta con un secreto en su pasado que, al develarse, permite comprender su forma de obrar –que no justificarla– y verla más allá que simplemente la mala del cuento, aunque sí simboliza un “pecho malo” para Tita.

Juan de la Garza: Padre de Tita, hombre que se casó con Mamá Elena y fue el padre de Tita y Rosaura. Murió de un mal cardíaco cuando se enteró de que su hija mayor, Gertrudis, fue producto del amor entre Mamá Elena y otro hombre.

José Treviño: Hombre afromexicano, quien no pudo casarse con Mamá Elena, porque era mulato. El México decimonónico era por demás racista y clasista. José Treviño fue asesinado en condiciones no aclaradas.

Tita (Josefita): Es la protagonista de la novela. Al ser la menor de las hijas, está obligada por la tradición a cuidar a mamá Elena hasta la muerte, por ello no puede casarse con Pedro Muzquiz, quien desposa a Rosaura, la hermana de Tita, con el fin de estar cerca de su amada, lo que provoca un triángulo amoroso.

Pedro Muzquiz: Es el enamorado de Tita y esposo de Rosaura, a quien no ama. Su personalidad es débil. Se ve rebasado por el carácter de las mujeres de la novela.

Gertrudis: Es la hija mayor de la familia De la Garza, se vuelve revolucionaria. Ella fue el fruto de los amores “prohibidos” de Mamá Elena con José Treviño, un afrodescendiente.

Rosaura: Es la segunda hija de la familia De la Garza, esposa de Pedro Muzquiz, a quien le dio dos hijos. El primero de ellos, Roberto, falleció de aparente inanición.

Esperanza: Es la hija de Rosaura y Pedro Muzquiz, estaba condenada a cuidar a su madre hasta la muerte, repitiendo la tradición familiar, pero Tita logró salvarla de ese destino, confrontando a su hermana.

John Brown: Es el médico que atendió a Tita, tras un brote de psicosis. Se enamora de ella y genera un triángulo amoroso entre él, ella y Pedro Muzquiz.

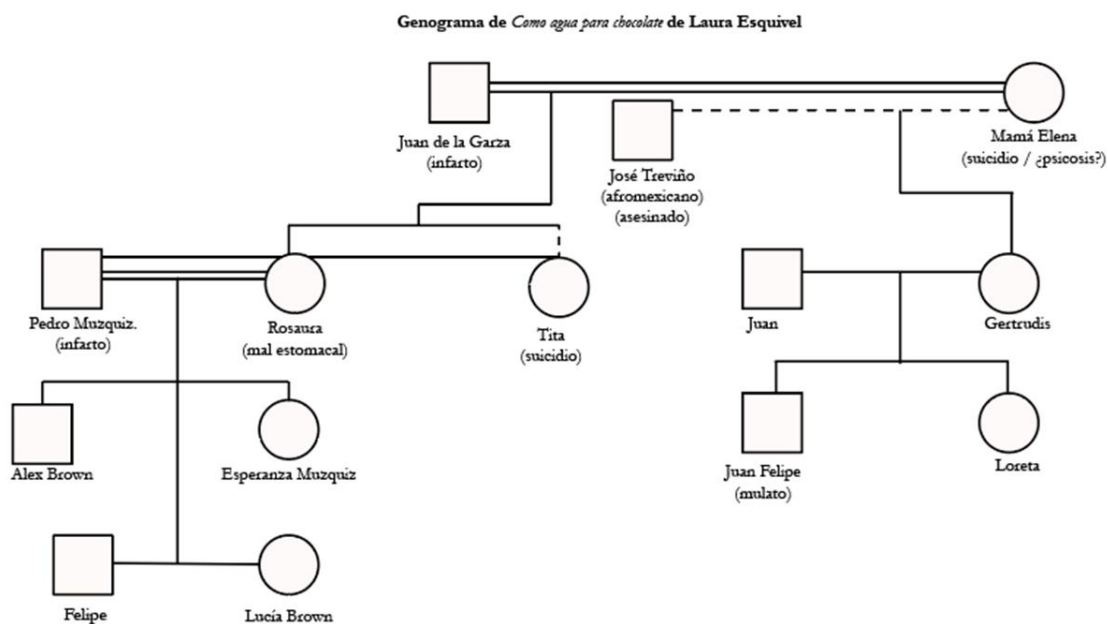
Luz del Amanecer: Abuela de John Brown, desciende de los kikapús. Conocía profundamente la herbolaria, saber que le transmitió a su nieto.

Nacha: Era la cocinera de la familia De la Garza, pero muere. Ella introdujo a Tita en los secretos de la cocina y la cuidó mientras vivió. En más de un sentido, fungió como un pecho bueno para Tita.

Chencha: Era la empleada de la familia De la Garza.

Pulque: Era el perro de la familia.

Genograma de Como agua para chocolate de Laura Esquivel



(III)

MÁS ALLÁ DE LAS GENERACIONES: EL ENFRENTAMIENTO ENTRE MAMÁ ELENA Y TITA

Como ya se mencionó, Tita estaba enamorada de Pedro Muzquiz, no obstante, esa relación se tornó imposible por la tradición, por el mandato familiar transgeneracional, tal como se lo explicó mamá Elena a Tita: “Sabes muy bien que por ser la más chica de las mujeres a ti te corresponde cuidarme hasta el día de mi muerte” (17) [10].

Si bien el párrafo donde Tita expresa su inconformidad es largo, vale la pena transcribirlo completo, pues en él se cifra la explicación de la tradición, su oscuro origen y su repetición sin mayores cuestionamientos:

Sin embargo, Tita no estaba conforme. Una gran cantidad de dudas e inquietudes acudían a su mente. Por ejemplo, le agradecería tener conocimiento de quién había iniciado esta tradición familiar. Sería bueno hacerle saber a esta ingeniosa persona que en su perfecto plan para asegurar la vejez de las mujeres había una ligera falla. Si Tita no podía casarse ni tener hijos, ¿quién la cuidaría entonces al llegar a la senectud? ¿Cuál era la solución acertada en estos casos? ¿O es que no se esperaba que las hijas que se quedaban a cuidar a sus madres sobrevivieran mucho tiempo después del fallecimiento de sus progenitoras? ¿Y dónde se quedaban las mujeres que se casaban y no podían tener hijos, quién se encargaría de atenderlas? Es más, quería saber, ¿cuáles fueron las investigaciones que se llevaron a cabo para concluir que la hija menor era la más indicada para velar por su madre y

no la hija mayor? ¿Se había tomado alguna vez en cuenta la opinión de las hijas afectadas? ¿Le estaba permitido al menos, si es que no se podía casar, conocer el amor? ¿O ni siquiera eso? (17-18) [10].

Las líneas anteriores ponen de manifiesto preguntas importantes que, sin embargo, se pierden en las grietas del tiempo: ¿Quién inició tan dura tradición? ¿Por qué? ¿Desde cuándo? ¿Por qué justo afectar a la hija menor? Interrogantes que se quedan sin respuesta y que únicamente permiten hipotetizar que en algún momento tuvo lugar un suceso traumático, un acto ominoso, un fantasma que pasó de generación en generación en la familia de mamá Elena, hasta llegar a la época de Tita, quien, a diferencia del resto de mujeres menores de su clan, decidió ir contra los mandatos familiares.

Resulta importante señalar que desde su nacimiento, Tita fue marginada por mamá Elena. Entre los símbolos que Laura Esquivel usó para augurar la pesada vida que tendría la menor de los de la Garza, narró el nacimiento de Tita en medio de un llanto oceánico, de hecho cuando las lágrimas de la recién nacida se secaron, cristalizaron en cinco kilos de sal, que se usaron para cocinar por vario tiempo. No obstante, el evento más duro, tuvo lugar sólo dos días después, el padre de Tita falleció de un infarto; esto provocó que a mamá Elena se le fuera la leche y, por ende, no pudo amamantar a su hija, quien sobrevivió gracias a que Nacha, la cocinera de la familia, prácticamente la adoptó y le transfirió todos sus saberes. En términos psicoanalíticos, Nacha realizó función materna con Tita: “desde ese día, Tita se mudó a la cocina y entre atoles y tés creció de lo más sana y rozagante” (14) [10]. Nacha y Mamá Elena fungieron como pecho bueno y pecho malo, respectivamente. Melanie Klein expresó la relevancia de estos conceptos de la siguiente forma:

Desde un comienzo, la frustración y la satisfacción moldean la relación del niño con el pecho bueno querido y con el pecho malo odiado. La necesidad de manejar la frustración y la agresión resultante es uno de los factores que conducen a idealizar el pecho bueno y la madre buena y consecutivamente a intensificar el odio y los temores al pecho y a la madre malos, que se convierten en el prototipo de todos los objetos perseguidores asustadores (410) [11].

Mamá Elena era violenta, se colocó en el lugar de quien preserva la tradición. Otro ejemplo, además de la ya citada costumbre de que la hija mejor debía quedarse soltera para cuidar a su progenitora hasta su muerte, está en el momento en que al cocer sus vestidos, mamá Elena notó que el de Tita era el más perfecto, con todo y que su hija no lo hilvanó. Entonces, hizo que descociera la prenda, la hilvanara y la volviera a coser.

En el mismo sentido, la matriarca del clan de los De la Garza impulsó el compromiso de Rosaura con Pedro Muzquiz, el novio de Tita, quien aceptó desposar a Rosaura, porque

era la única manera posible de estar cerca de su amada. Aunque debe mencionarse que los varones de la novela suelen ser débiles, quedan a la vera de las mujeres, tal pasa con el padre de Tita, Pedro Muzquiz y, aunque era un caballero, aplica también para el doctor Brown. Tita de modo constante vivió no sólo violencia, si no humillaciones de su madre, ella tuvo que preparar el banquete para la boda de su Rosaura con Pedro Muzquiz. Uno de los elementos de mayor relevancia en la novela es cómo los estados de ánimo de Tita se transfieren a los alimentos. Justo, al pastel de la boda de Rosaura y Pedro, le cayeron lágrimas de tristeza de Tita y eso provocó que todos quienes lo comieron, se enfermaran. Lo que le costó a Tita una paliza de parte de su progenitora, al grado de quedar postrada en cama.

Tras la boda, los recién casados tardaron tiempo en poder consumir sus nupcias, pero finalmente llegó al mundo un niño. Desafortunadamente, en ese momento, Tita se encontraba sola con su hermana y tuvo que ayudar a su sobrino a llegar al mundo. “Tita, arrodillada frente a Rosaura, con gran desesperación pidió a Nacha que la iluminara en estos momentos. ¡Si era posible que le dictara algunas recetas de cocina, también era posible que le ayudara en este difícil trance! Alguien tenía que asistir a Rosaura desde el más allá, porque los del más acá no tenían manera” (78) [10]. Rosaura no tenía leche, contrataron una nodriza, sin embargo, murió en un tiroteo. El niño rechazó toda bebida o infusión que intentaron darle, hasta que Tita, desesperada, le ofreció uno de sus pezones para que la criatura por lo menos se entretuviera, ante la sorpresa de Tita: “separó al niño de su pecho y vio cómo le brotaba un chisquete de leche” (81) [10]; algo inverosímil por tratarse de una mujer virgen, no obstante: “Tita tuvo desde ese día leche suficiente como para alimentar no sólo a Roberto sino a otros dos niños más, si así lo hubiera deseado” (83) [10]. Así, se puede constatar que Tita –como lo hizo en su momento Nacha con ella–, realizó función materna con su sobrino. Sin embargo, cuando llegó el bautismo del niño –a instancias de mamá Elena, quien temía los acercamientos entre Pedro Muzquiz y Tita–, la familia Muzquiz emigró a San Antonio, Texas, donde, aparentemente, Roberto murió de inanición. Cuando Tita se enteró, sufrió una crisis que decantó en un aparente raptó de psicosis. Le gritó a su madre: “¡Usted es la culpable de la muerte de Roberto!” Después de eso, tomó un pichón que cuidaba, una cubeta con lombrices con las que alimentaba al ave y subió al palomar. Mamá Elena, llevada por su característica violencia, mandó quitar la escalera para que su hija pasara toda la noche ahí. A la mañana siguiente mamá Elena, envió a Chenchá a bajar a Tita, a quien encontraron con el pichón muerto entre las manos; aparentemente el ave murió por exceso de alimento, pareciera que Tita transfirió en el pichón la imagen de su sobrino. Tita no reconoció a Chenchá. Cuando

mamá Elena se enteró, exclamó: “Muy bien, si está como loca va a ir a dar al manicomio. ¡En esta casa no hay lugar para dementes!” (103) [10]. Y mandó traer al doctor Brown para que se llevara a su hija a internar. El doctor Brown la encontró desnuda, con la nariz rota, toda llena de suciedad de palomas, con plumas pegadas en el cuerpo y en posición fetal. Después de mucho tiempo, logró bajar a Tita del palomar, la vistió, la subió a su carreta y se la llevó.

Pero el doctor Brown no internó a Tita, le dio alojamiento en su casa, donde la cuidó, hasta que ella se recuperó. Tita no pensaba volver al rancho, pero éste fue atacado por unos bandidos que violaron a Chenchá y dejaron parapléjica a mamá Elena de un golpe. Así, Tita regresó a cuidar a su madre. Pero mamá Elena comenzó a tener delirios de persecución, creía que Tita la quería envenenar. Su miedo fue tanto que comenzó a tomar hipecuana, un “vomitivo [...] tan fuerte que puede provocar la muerte”, según explicó el doctor Brown.

Aquí resulta importante apuntar que, por un lado, Tita tuvo un rapto de psicosis ante la muerte de Roberto –quien puede entenderse como su hijo simbólico, pues era el primogénito del hombre que amaba y ella lo amantó–, y, por el otro, mamá Elena comenzó a delirar con que su propia hija la estaba envenenando, al grado de que, aunque de modo accidental, ella misma se dio muerte. Si bien, no se pueden hacer más que conjeturas, vale la pena resaltar el rapto de psicosis de Tita y los delirios de envenenamiento de mamá Elena, que de hecho le provocaron el pasaje al acto. Si se contaran con más datos ambos sucesos deberían leerse juntos como parte de eslabones entre la psique materna y la de la hija.

La muerte de mamá Elena permitió develar su secreto. La difunta tenía colgado en el cuello un dije en forma de corazón, dentro del que había una pequeña llave, mismo que correspondía a un cofrecillo que Tita sabía que estaba en el ropero. En el interior, Tita encontró unas cartas de un “tal José Treviño” y un diario, donde “se enteró de la verdadera historia de amor de su madre. No le habían permitido casarse con él pues tenía en sus venas sangre negra” (142) [10], por lo que “Cuando los padres de Mamá Elena habían descubierto el amor que existía entre su hija y este mulato, horrorizados la obligaron a casarse con Juan de la Garza, su padre” (142) [10]. De hecho, Gertrudis era hija de José Treviño y no de Juan de la Garza, sin embargo, el mulato fue asesinado por “un hombre desconocido”, cuando iba a huir con su amada.

Lo anterior provocó que Tita se identificara con su progenitora: “Durante el entierro[,] Tita realmente lloró por su madre. Pero no por la mujer castrante que la había reprimido toda

la vida, si no por ese ser que había vivido un amor frustrado. Y juró ante su tumba que ella nunca renunciaría al amor, pasara lo que pasara” (143) [10].

Sin embargo, la sombra de Mamá Elena seguía presente más allá de la muerte. Cuando Rosaura y Pedro Muzquiz volvieron al rancho, Pedro ya no pudo evitar alejarse de su cuñada, se entregaron uno al otro y Tita tuvo un embarazo psicológico. En esos días, el fantasma de Mamá Elena, furioso, se le apareció a Tita:

–¿Ya viste lo que estás ocasionando? Pedro y tú son unos desvergonzados. Si no quieres que la sangre corra en esta casa, vete a donde no puedas hacerle daño a nadie, antes de que sea demasiado tarde.

–La que se debería de ir es usted. Ya me cansé de que me atormente. ¡Déjeme en paz de una vez por todas!

–No lo voy a hacer hasta que te comportes como una mujer de bien, ¡o sea, decentemente!

–¿Qué es comportarse decentemente? ¿Cómo usted lo hacía?

–Sí.

–¡Pues eso es lo que hago! ¿O no tuvo usted una hija ilícitamente?

–¡Te vas a condenar por hablarme así!

–¡No más de lo que usted está!

–¡Cállate la boca! ¿Pues qué te crees que eres?

–¡Me creo lo que soy! Una persona que tiene todo el derecho a vivir la vida como mejor me plazca. Déjeme de una vez por todas, ¡ya no la soporto! Es más, ¡la odio, siempre la odí!

Tita pronunció las palabras mágicas para hacer desaparecer a Mamá Elena para siempre (200) [10].

Este diálogo es uno de los momentos más importantes de la novela, Tita finalmente logró deshacerse del fantasma de su madre. Le expresó su sentir, su odio. Diversas teorizaciones podrían citarse en el sentido de aquello que constituye al ser humano, por ejemplo, la parte física, la psíquica y lo social. Por ello, el que finalmente lo biológico y lo mental correspondan a la misma edad es algo por demás valioso. Para este entonces, Tita era una mujer madura en lo físico, pero en lo mental no había elaborado del todo ese corte que todo ser humano debe realizar en su existencia –y que caracteriza parte de los trabajos de la adolescencia–, el de reclamar un lugar en el mundo para sí, más allá de los supuestos paternos y asumir las decisiones de tu existencia y cortar, en el caso de Josefita, el cordón umbilical simbólico que todavía la unía con su progenitora. Françoise Dolto resaltó: “Un individuo sale de la adolescencia cuando la angustia de sus padres no le produce ningún efecto inhibitor” (21) [12].

RECORDAR, REPETIR, REELABORAR

En el texto de Freud que lleva por título este apartado, el padre del psicoanálisis plantea la imperante necesidad de hacer consciente lo inconsciente, de tomar claridad de las repeticiones y hacer algo con ello mediante el psicoanálisis y la transferencia [13]. Tita, aunque no en un proceso clínico, hizo lo propio, porque además de su juramento sobre la tumba de Mamá Elena de amar sin importar las consecuencias de ello –para no repetir la misma historia de su progenitora y quedar limitada por el peso de los mandatos familiares y la tradición–, veló por su sobrina, Esperanza, la única hija de Rosaura, quien tendría que seguir la costumbre de cuidar a su madre hasta que falleciera.

De hecho, Pedro Muzquiz le quería poner Josefita a su hija, pero Tita se negó, en cambio sugirió el nombre de Esperanza –nominación simbólica si se tiene en cuenta la historia de la caja de Pandora, donde tras la salida de todos los males, lo último en salir fue la Esperanza–. Tita hizo con Esperanza función materna, tal como lo realizó Nacha con ella, porque Rosaura tras el alumbramiento no la pudo alimentar, entonces, la recién nacida tuvo que ser atendida por su tía en la cocina: “así que con tés y atoles crecía de lo más sana entre los olores y los olores de este paradisíaco y cálido lugar” (152) [10]. Si se mira con atención esto, se puede ver la correlación, según la teorización kleiniana, de pecho malo: Mamá Elena-Rosaura; pecho bueno: Tita-Nacha.

Tras el fallecimiento de Mamá Elena, Tita y Rosaura tuvieron una charla incómoda donde cada una le recriminó a la otra sus enojos, parte central de la discusión fue el triángulo incestuoso entre ellas y Pedro Muzquiz, pero también el futuro de Esperanza: “No voy a permitir que a tu hija la envenenes con las ideas de tu enferma cabeza. Ni voy a dejar que le arruines la vida obligándola a seguir una tradición estúpida” (215) [10].

A pesar de la reticencia de Rosaura, Esperanza no repitió la tétrica tradición, pues se casó con Alex, el hijo del doctor Brown, amén que para entonces ya había muerto su madre, merced de un fétido malestar estomacal. Al ir a ver a su esposa, Pedro Muzquiz se encontró con: “una Rosaura de labios morados, cuerpo desinflado, ojos desencajados, mirada pérdida, que daba su último y flatulento suspiro” (234) [10].

Tita recordó, repitió y reelaboró su historia familiar para romper el bucle de la tradición que ataba a las hijas menores a convertirse en las cuidadoras de sus progenitoras. Al final de la novela, Tita se consume de amor –tras haberse entregado plenamente a Pedro Muzquiz (quien fallece de un paro cardíaco como el propio padre de Tita)–, al grado de provocar un incendio donde muere, sin embargo, previo a ello logró resignificar –y romper– con el ominoso legado familiar para fortuna de las generaciones futuras.

CONCLUSIONES

Como agua para chocolate, en su aparente sencillez, permite ver diversos elementos esenciales de la clínica de lo transgeneracional: un fantasma más allá de la generación inmediata –regularmente tres o más–, la repetición de lo ominoso, los traumas familiares y sus consecuencias, pero, por el otro lado, también la posibilidad de reelaborar la situación y romper la oscura herencia; de lograr una subjetividad, un lugar propio, frente al bosque familiar.

Asimismo, cuando se aborda la historia de Mamá Elena más allá de lo lineal, se observa a una mujer que sufrió, también víctima de los mandatos familiares –y sociales; el México decimonónico era sumamente racista y clasista–. Ante ello, a pesar de su propio suceso traumático, Mamá Elena se colocó en el lugar de la guardiana de la tradición y hasta podría pensarse que ello explicaría en gran medida su crueldad con Tita, quien le revivió los recuerdos de un amor prohibido, y todavía más, que se atrevió a ir contra los mandatos familiares, recuérdese que Freud explicó que la pulsión es “aleada” –véanse Las cartas entre Freud y Einstein y Destinos de pulsión–, es decir, se puede tornar en su contrario. ¿Qué tanto de Mamá Elena se revivió –y repitió– en la historia de Tita? Psíquicamente a quién castigaba Mamá Elena, ¿a Tita o así misma por la trasgresión que en su momento hizo a los mandatos familiares al enamorarse de un hombre de piel oscura y de menor clase que ella y hasta procrear a su hija mayor?

En ese sentido resulta importante recuperar el concepto de “identificación alientante”, desarrollado por Haydée Faimberg. Esta autora menciona que los padres están “inscriptos” en la realidad psíquica inconsciente del paciente. Así, los padres “internos del paciente” “no pueden amar al niño sin apropiarse de su identidad y no pueden reconocer su independencia sin odiarlo y someterlo a su propia historia de odio” (32-33) [14]. Entonces, como hizo Tita con su historia familiar, Faimberg plantea que uno de los caminos para hacer el debido corte con esa situación está en “la desidentificación (y la desalienación) es la condición para liberar el deseo y constituir el futuro” (34) [14].

La novela también expone un par de ángulos de la tradición. Hay costumbres que lastiman, que hieren al individuo y que como tal deben rebasarse, dejarse atrás como el acto de que la hija menor tenía que quedarse a cuidar a su madre hasta la muerte, postura representada por Mamá Elena y Rosaura, frente a una tradición como el perpetuar la cocina, de hacer del alimento algo nutricio, como lo muestran Nacha y Tita. Ambos ángulos encuentran resonancia de las ideas kleinianas de pecho malo-pecho bueno, que se plantearon en un par de momentos del presente trabajo. Vale la pena concluir estas líneas con la pregunta: ¿Con qué pecho y leche alimentamos a nuestros *infans*?

NOTAS

(I) Roland Chemama señala que cuando la teoría y el método psicoanalítico se movilizan para analizar algo diferente a la “cura” como “las obras literarias o artísticas, las religiones, las instituciones, la medicina, la economía, la política, la justicia, el deporte y cualquier otra disciplina” tiene lugar el psicoanálisis aplicado (329) [1]. Para una visión panorámica a lo largo del tiempo, sobre este concepto, véase, (865-869) [2].

[II] Trans significa “al otro lado de' o 'a través de””; y generacional: “Perteneiente o relativo a una generación de coetáneos” (DLE). Lo que permite construir una definición cercana a “lo que está al otro lado, o más allá de una generación de coetáneos”. Sin embargo, desde el ámbito clínico, hay que detallar más el concepto. Lo transgeneracional puede abordarse desde diversos ángulos. Por ejemplo, Anne Ancelin Schützenberger, al explicar su trayectoria en el campo de lo transgeneracional, reconoce su deuda con diversos autores y conceptos, tales como: Sigmund Freud (el inconsciente y lo no expresado), Carl Gustav Jung (el inconsciente colectivo); Jacob Levy Moreno (co-consciente y el co-inconsciente familiar y grupal); Nicolás Abraham y sus alumnos, así como Iván Boszormenyi-Nagy (transmisión transgeneracional), entre otros. Véase: [3].

Por su parte, Diana Paris menciona al psicoanálisis como uno de los principales sostenes en lo que se ha dado por llamar “psicogenealogía” o “psicología transgeneracional”. Asimismo, menciona la diversidad de enfoques que se han abierto para el estudio de lo transgeneracional, los cuales van desde las neurociencias hasta el chamanismo y la psicomagia.

Paris da testimonio de su propio proceso:

En mi propia experiencia de trabajo, prefiero los soportes que ofrece el psicoanálisis, los mitos, los contextos históricos, la literatura y los casos clínicos recogidos en la práctica, así como mi propia biografía; abro un abanico que me permite analizar con amplitud los árboles genealógicos, los relatos familiares y los bloqueos afectivos que aparecen en determinados momentos de nuestra historia personal (18) [4].

Por otro lado, en lo que respecta a este trabajo se siguieron, principalmente, las ideas de Freud, Abraham, Török y Tisseron, entre algunos otros.

(III) Este genograma se realizó con la información de Como agua para chocolate de Laura Esquivel [10] y se usaron los principales conceptos que Verónica Mc Goldrick y Randy Gerson usaron en Genogramas en la evaluación familiar [8].

BIBLIOGRAFÍA

- [1] CHEMAMA, R. (2005). Diccionario de psicoanálisis. Argentina: Amorrortu, 2006.
- [2] ROUDINESCO, É., y PLON, M. (1997). Diccionario de psicoanálisis. Buenos Aires, Paidós, 2008.
- [3] SCHÜTZENBERGER, A. (2008). ¡Ay, mis ancestros! Buenos Aires: Taurus, 2014.
- [4] PARIS, D. (2014). Secretos familiares. Barcelona: DNX, 2015.
- [5] FREUD, S. (1914). Introducción al narcisismo. O. C. Tomo XIV. Amorrortu: Buenos Aires, 2012.
- [6] TISSERON, S. (1995). 1. Introducción. El psicoanálisis ante la prueba de las generaciones. En: TISSERON, S., TOROK, M., y Cols. El psiquismo ante la prueba de las generaciones, Buenos Aires: Amorrortu, 1997.
- [7] LACAN, J. (1938). La familia. Buenos Aires: Argonauta: 1978.
- [8] MC GOLDRICK, M. y GERSON, R. (1985). Genogramas en la evaluación familiar. Gedisa: Barcelona, 2000.
- [9] ABRAHAM, N y TOROK, M (1987). La corteza y el núcleo. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- [10] ESQUIVEL, L. (1989). Como agua para chocolate. México: Planeta, 1993.
- [11] KLEIN, M. (1945). El complejo de Edipo a la luz de las ansiedades. O. C. Amor, culpa y reparación y otros trabajos (1921-1945). Tomo I. México: Paidós, 2008.
- [12] DOLTO, F. (1990). La causa de los adolescentes. México: Seix Barral, 1992.
- [13] FREUD, S. (1914). Recordar, repetir, reelaborar (Nuevos consejos sobre la técnica del psicoanálisis, II). O. C. Tomo XIV. Amorrortu: Buenos Aires, 2012.

UN RELATO DE REENCUENTRO CON EL DESEO. LAS BATALLAS EN EL DESIERTO DE JOSÉ EMILIO PACHECO

ISABEL OSORIO ANTONIO

Maestranda en Psicoterapia Psicoanalítica en el Colegio Internacional de Educación Superior (CiES), Licenciada en Psicología por parte del Instituto Politécnico Nacional, actualmente colaborando en una ONG centrada en población en movilidad.

Correo electrónico: isa.osorio.a@gmail.com

Recepción: 18 de marzo 2023/ Aceptación: 07 mayo 2023

RESUMEN

A través de la expresión literaria podemos encontrar diferentes formas de plantear la realidad desde un punto subjetivo, sin embargo, muchas veces nos encontramos que justo en esa subjetividad se tocan temas que son de vital importancia en la conformación de los sujetos deseantes. Este artículo tiene la oportunidad de realizar un ejercicio de reconocimiento desde lo psicoanalítico, en una obra que plasma un tema que puede ser peliagudo socialmente, que es, el deseo puberal y la respuesta de los otros frente a este deseo. Se realiza un recorrido sobre el concepto de deseo a través de Freud, lo cual permitirá realizar una relectura de la novela: “Las batallas en el desierto” de José Emilio Pacheco, en particular del personaje principal, Carlos, quien refleja la complejidad psíquica del transitar hacia la pubertad, así como, de la influencia del entorno social en la configuración psíquica de la misma.

PALABRAS CLAVES: deseo puberal, latencia, literatura, psicoanálisis, seducción, sexualidad.

SUMMARY

Through literary expression we can find different ways of approaching reality from a subjective point of view, however, many times we find that right in that subjectivity, topics that are of vital importance in the conformation of the desiring subjects are touched upon. This article has the opportunity to make an exercise of recognition from the psychoanalytic, in a work that reflects a topic that can be socially tricky, which is the pubertal desire and the response of others in front of this; a tour on the concept of desire through Freud will be

made, which will allow a re-reading of the novel: "Battles in the Desert" by José Emilio Pacheco, in particular of the main character, Carlos, who reflects the psychic complexity of the transit towards puberty, as well as, of the influence of the social environment in the psychic configuration of the same.

KEY WORDS: pubertal desire, sexuality, literature, seduction, psychoanalysis, latency.

RÉSUMÉ

À travers l'expression littéraire, nous pouvons trouver différentes manières d'aborder la réalité d'un point de vue subjectif, cependant, nous constatons souvent que dans cette subjectivité, nous touchons à des questions qui sont d'une importance vitale pour la conformation des sujets désirants. Cet article a l'occasion de réaliser un exercice de reconnaissance à partir de la psychanalyse, dans une œuvre qui reflète un sujet qui peut être socialement délicat, c'est-à-dire, le désir pubertaire et la réponse des autres face à ce désir, un tour sur le concept de désir à travers Freud est fait, ce qui permettra de réaliser une relecture du roman : "Batailles dans le désert" de José Emilio Pacheco, en particulier du personnage principal, Carlos, qui reflète la complexité psychique de la transition vers la puberté, ainsi que, de l'influence de l'environnement social dans la configuration psychique du même.

MOTS CLÉS: désir pubertaire, sexualité, littérature, séduction, psychanalyse, latence.

INTRODUCCIÓN

José Emilio Pacheco Berry (junio 1939 – enero 2014), es considerado uno de los escritores más destacados de habla hispana del siglo XX, fue un poeta, ensayista, guionista, cronista, articulista y traductor. Además, recibió innumerables reconocimientos. Se le considera parte de la Generación de los cincuenta o de medio siglo, quienes estuvieron interesados en diversos aspectos de la cultura rural, problemas sociales de carácter cosmopolita y las nuevas visiones del urbanismo. Aunque su escritura navegó por diversos géneros, se identifican temáticas constantes en sus textos; como la preocupación por el tiempo, la historia, el olvido, los universos de la infancia, la ciudad y el contraste de vida y la muerte, la juventud y la vejez.

En este artículo se hablará de *Las batallas en el desierto*, que cuenta la historia narrada desde la voz adulta e infantil de Carlos, quien comienza a experimentar deseos y emociones que dan paso a lo puberal, como el primer amor; en este caso, uno que es imposible e incomprensible para otros, sin quitar la intensidad de eso que experimenta.

Se puede pensar que no es posible dialogar con un texto escrito porque ya está limitado o determinado, sin embargo, puede establecerse una relación entre el lector y el escrito, ya que no es un diálogo cerrado, sino que hay cierta apertura a jugar con esas palabras escritas y cómo nos va interpelando. En este caso, se tomarán ciertos conceptos psicoanalíticos para poder desmenuzar algunos elementos que constituyen la vida diaria de los sujetos, solo que traspuesta en un escrito.

Permitir la mirada desde una perspectiva psicoanalítica, en el surgimiento de premisas, en particular, en el texto que aquí nos convoca, nos hace preguntarnos: ¿Cómo influye la realidad externa en la configuración de deseo y la sexualidad durante el período puberal, en el personaje Carlitos de las Batallas en el desierto?

Los ejes que nos permitirán elaborar los elementos teóricos para poder entender, cómo se plasma el deseo en esta obra a través de Carlitos, es la definición de Freud sobre el concepto de deseo y cómo se ha conceptualizado en diversos autores. Se explora el concepto de lo puberal que nos permitirá dar cuenta de los cambios psíquicos que se van presentando y los conflictos internos que surgen en el sujeto para subjetivar su propia experiencia, además de poder hacer un breve recorrido en la latencia, un proceso que permite al sujeto reorganizarse y colocarse en la búsqueda de tener una expresión aceptada posiblemente desde una cuestión creadora o potencializadora. Citando diferentes momentos de la obra, podemos dar ejemplo de cómo se pueden percibir desde la visión de un hombre adulto en sus recuerdos de la infancia, ese transitar tan complejo de descubrimiento y exploración de su sexualidad.

La relevancia de este trabajo recae en el ahondar la importancia de la pubertad y cómo se retrata en el libro, ya que acaso muestra la reacción de angustia ante el propio deseo edípico en los adultos, principalmente porque remueve lo edípico que se cree ya transitado.

DESARROLLO

¿QUÉ ES EL DESEO?

Freud, en interpretación de los sueños, nos refiere:

Una moción psíquica que querrá investir de nuevo la imagen mnémica de aquella percepción y producir otra vez la percepción misma, vale decir, en verdad, restablecer la situación de la satisfacción primera. Una moción de esa índole es lo que llamamos deseo; la reaparición de la percepción es el cumplimiento de deseo, y el camino más corto para este es el que lleva desde la excitación producida por la necesidad hasta la investidura plena de la percepción. Nada nos impide suponer un

estado primitivo del aparato psíquico en que ese camino se transitaba realmente de esa manera, y por tanto el deseo terminaba en alucinar. Esta primera actividad psíquica apuntaba entonces a una identidad perceptiva, o sea, a repetir aquella percepción que está enlazada con la satisfacción de la necesidad (557-558) [1].

Laplanche y Pontalis, nos dicen que el deseo es la concepción dinámica freudiana: el deseo inconsciente tiende a realizarse restableciendo, según las leyes del proceso primario, los signos ligados a las primeras experiencias de satisfacción. Agregan que la búsqueda del objeto en la realidad se halla totalmente orientada por esta relación con signos. La disposición de estos signos constituye la fantasía, correlato del deseo (134-135) [2].

De Mijolla, escribe, un deseo puede describirse como un impulso intrapsíquico acompañado de la intención de obtener alguna satisfacción negada, prohibida o retenida, o para redescubrir una satisfacción primordial, cuyas huellas mnémicas son inscritas inconscientemente. El objetivo del deseo es recrear esa experiencia, siguiendo los caminos establecidos por el pensamiento del proceso primario, teniendo en cuenta la lógica de los impulsos inconscientes para eludir la censura. El deseo logra esto al ser articulado en el lenguaje de las ideas más profundamente catectizadas. Esto es lo que llevo a Freud a definir el sueño como cumplimiento de deseo alucinatorio (1867) [3].

Haciendo una síntesis sobre lo dicho por estos autores, podemos pensar que el deseo es algo que se instala en la satisfacción primordial, o que surge de la primera satisfacción enlazada a la necesidad, la búsqueda de replicarla hará que exista la fantasía del cumplimiento de deseo. Esto quizá responde una de las preguntas que se va haciendo el personaje Carlitos: “¿Cuándo, me pregunté, había tenido por primera vez conciencia del deseo?” (42) [4].

TRANSMISIÓN DEL DESEO

Al considerar a los padres como un eje sobre la familia y la conformación del sujeto, nos surge otro cuestionamiento, ¿cómo se transmite el deseo? Julien [5] retoma a Jeremy Bentham para hablar de las leyes que lo transmitirán. Por un lado, tenemos la ley del bienestar, la cual nos indica que tendrá la tendencia a buscar lo bueno o la mayor felicidad; sin embargo, ¿cómo saber qué es la felicidad para cada uno de los integrantes de la familia? Podemos pensar que este concepto puede estar al servicio de la opinión social, aunque puede ser que se maquile a partir de lo que se diga en la cultura, en los medios sociales y claramente en la configuración interna de los padres, ya que estamos regidos por lo que Freud denominó el principio de placer, buscar lo placentero y descartar lo displa-

centro. Ahora bien, hay ciertos puntos que no se deben transgredir, puesto que, no puede ser mucho de lo uno o de lo otro, implica que lo social va bordeando los límites de lo que sí, y lo que no, puede darnos placer, incluso cuándo y cómo puede ser. En la novela, se expresa de la siguiente forma:

Para el impensable año dos mil se auguraba -sin especificar cómo íbamos a lograrlo un porvenir de plenitud y bienestar universales. Ciudades limpias, sin injusticia, sin pobres, sin violencia, sin congestiones y sin basura. Para cada familia una casa ultramoderna y aerodinámica (palabras de la época). A nadie le faltaría nada... El paraíso en la tierra. La utopía al fin conquistada (11) [4].

Otra ley de transmisión es la del deber, la cual se centra en instaurar un mandato interior, esta no necesariamente se concentra en el bienestar o malestar, sino más bien en una cuestión del deber ser. Es incondicional, pues no apela a emociones, sentimientos y eventualidades de la felicidad, ya que es un cumplimiento, además es categórica, se impone por sí misma y no en razón de quien la enuncia (antes era el padre o algún dirigente); en este caso la ley habla por sí misma, por lo que lo familiar se abre a lo cívico, en la medida en que se enuncia una ley común a la cual cada uno está sujeto.

Nunca pensé que fueras un monstruo. ¿Cuándo has visto aquí malos ejemplos? Dime que fue Héctor quién te indujo a esa barbaridad. El que corrompe a un niño merece la muerte lenta y todos los castigos del infierno. Anda, habla, no te quedes llorando como mujercuela. Di que tu hermano te mal aconsejó para que lo hicieras ... En cuanto se te baje la fiebre vas a confesarte y a comulgar para que Dios Nuestro Señor perdone tu pecado. Mi padre ni siquiera me regañó. Se limitó a decir: este niño no es normal. En su cerebro hay algo que no funciona... voy a llevarlo con un especialista (41)[4].

Y la última ley, la de hierro, que entabla ciertas reglas negativas para crear lazos sociales, aquí entra la cuestión de la prohibición del incesto, lo cual permite que las familias biológicas puedan crear sus nuevas familias, a través del sesgo del encuentro con la extrañeza y por el riesgo de lo conocido.

Nunca pensé que la madre de Jim fuera tan joven, tan elegante y sobre todo tan hermosa... hoy me enamoré de Mariana. ¿Qué va a pasar? No pasará nada. Es imposible que algo suceda... ¿Buscar a una niña de mi edad? Pero a mi edad nadie puede buscar a ninguna niña. Lo único que puede es enamorarse en secreto,

en silencio, como yo de Mariana. Enamorarse sabiendo que todo está perdido y no hay ninguna esperanza (31)[4].

Cuando hablamos de la ley del deseo, ese gran descubrimiento freudiano, sabemos que, se debe escoger según la ley de prohibición del incesto. Julien nos dice que los padres entienden que traer al mundo a alguien, es también dejar ser, retirándose, pero también, de los hijos el aprender a retirarse, porque a través de una negación creadora donde se le dice al hijo: “tú no eres el objeto de nuestro goce” (57) [5] se le da la posibilidad de volcarse hacia afuera, como si fuera una castración liberadora.

En este sentido, Glover, sintetiza la implicación del complejo de Edipo, donde a través del mito griego, Freud metaforiza la construcción de la subjetividad sexuada de los niños, hablando en particular de los varones, los deseos incestuosos hacia la madre y los deseos de muerte hacia el padre; los procesos de identificación, deseos y su represión (sepultamiento) conducen a una salida que se inserte en la legalidad cultural. “La resolución esperable sería que el varón eligiera como objeto sexual y de amor a una mujer que no fuera la madre y que, a la vez, se identifique con el padre”. (58) [6]

Una vez, al abrir Jim un clóset, cayó una foto de Mariana a los 6 meses, desnuda sobre una piel de tigre: sentí una gran ternura al pensar en lo que por obvio nunca se piensa: Mariana también fue una niña, también tuvo mi edad, también sería una mujer como mi madre y después una anciana como mi abuela. Pero en aquel entonces era la más hermosa del mundo y yo pensaba en ella en todo momento. Mariana se había convertido en mi obsesión (35) [4].

LO PUBERAL

Gutton, refiere que la pulsión que encuentra su fin por el nuevo objeto genital define el origen puberal; para S. Freud sucede a lo “presexual” del niño, un “sensual”.

Lo puberal es, en sus cimientos la confluencia exclusiva de las corrientes sensuales de la infancia y de la pubertad, bajo el estandarte de las pulsiones de fin no inhibido. El concepto del que hablamos, la función de referir la turbulencia de la nueva confluencia es el de complementariedad de los sexos [7].

Las características de lo puberal, son que hay complementariedad entre pulsión y objeto, este proceso es conocido en la primera edad para quedar sepultado luego en la organización de neurosis infantil; esto implica que la pulsión será la línea de fuerza que supuestamente una la fuente somática interna con el objeto psíquico externo, estará destinada a

efectuar salida hacia el objeto (fuera del cuerpo) y esta complementariedad será un calificativo al requerirse. Otra característica son los cambios físicos perceptibles por el niño, aparece una diferencia en relación con los pares e incluso consigo mismo, en su ideal sexual, surge el concepto de orgasmo como categoría sexual, además, se abre la potencialidad de la fecundación (más como una creencia), hay descubrimiento de los “socios” en el comportamiento sexual, descubrimiento de los caracteres sexuales propios y opuestos [7].

Recordé lo que me pasó una vez en la peluquería mientras esperaba mi turno. Junto a las revistas políticas estaba Vea y Vodevil. Aproveché que el peluquero y su cliente, absortos, hablaban mal del gobierno. Escondí el Vea dentro del Hoy y miré las fotos de Tongolele, Su Muy Key, Kalantán, casi desnudas. Las piernas, los senos, la boca, la cintura, las caderas, el misterioso sexo escondido (42) [4].

Se evoca a la palabra pubertad, como “el paso entre lo biológico (autoconservación de la especie) y lo pulsional debería ser mejorado convenientemente con el concepto de apuntalamiento pulsional aplicado a las pulsiones genitales” (28) [7]. Este paso donde se manifiesta la pulsión es una zona erógena, que permitirá la circulación de energía, eso no solo tiene que ver con la tensión y su satisfacción, sino que el apuntalamiento en la cuestión biofisiológica, y en lo sensual puberal, encontrará el punto en los *partterns* donde se reúne el objeto genital y su objeto.

Nos sentamos en el sofá. Mariana cruzó las piernas. Por un segundo el kimono se entreabrió levemente. Las rodillas, los muslos, los senos, el vientre plano, el misterioso sexo escondido (37) [4]

Otra característica, es que hay un punto de acabamiento de la seducción infantil, ya que hay un cambio grande en el estatus de objeto, sobre todo cuando se relaciona con el concepto de seducción.

Gutton retoma a Laplanche para hablar de los 3 tipos de seducción, pero para los fines de este artículo nos centramos en la seducción originaria. Esta es la esencia de la seducción hacia la teoría, pues es una experiencia sexual prematura y la etiología de la sexualidad infantil, que ocupa el lugar del trauma, da lugar a las escenas de seducción, y la seducción generalizada implica a los cuidados maternos que son fuente de excitación y estimulación, así, la madre es considerada como un objeto sexual completo. La seducción se conforma de los confusos y enigmáticos discursos y significantes verbales de los adultos,

lo cual, le hace tener cierta cualidad traumática. De este modo, hay un anudamiento entre la sexualidad infantil y la sexualidad adulta. [7]

Los cambios que se introducen con la genitalización puberal, engloban el hecho de que se abre la complementariedad de los sexos, aunque implique un conflicto con la seducción infantil, esto porque el adolescente se vuelve activo, un activo seductor, dando finalización a la impotencia infantil; además se pierde la seducción de los padres, lo cual implica que ahora el adolescente tiene una potencialidad de adulto, pero conservando muchos o varios rasgos infantiles. También en este trauma, el niño puede ser seducido por sus recuerdos, está viviendo una entrada brusca y un tanto forzada a un lugar de pasión donde también persiste la ternura, digamos que el aún niño será seducido por su pubertad, además que seguirán inexistentes las respuestas a la escena primitiva, que, aunque se revela nuevamente, el inconsciente sigue sin responder, pero si hay una propuesta de nuevos enigmas. La pubertad, exterioriza el cuerpo genital.[7]

Lo que vengo a decirle -ya de una vez, señora, perdóneme- es que estoy enamorado de usted. Pensé que iba a reírse, gritarme: estás loco. O bien: fuera de aquí, voy a acusarte con tus padres y con tu profesor. Temí todo esto: lo natural... Tomo mi mano y me dijo: te entiendo, no sabes hasta qué punto. Ahora tú tienes que comprenderme y darte cuenta de que eres un niño como mi hijo y yo para ti soy una anciana... No quiero que sufras... Carlos, toma esto como algo divertido, cuando crezcas puedas recordar esto con una sonrisa y no con remordimiento (37-38) [4].

El niño se percibirá como púber en la medida en que excita al otro, como un adulto, debido a que cierta parte de la libido del otro se imprimirá sobre el adolescente, esto será un nuevo aporte de la pulsión yendo más allá de lo biológico.

Solté mi mano de la suya. Me levante para salir. Entonces Mariana me retuvo: antes de que te vayas ¿puedo pedirte un favor?: Déjame darte un beso. Y me dio un beso, un beso rápido, no en los labios sino en las comisuras (39) [4].

A su vez, habrá una coincidencia entre órgano renovado por su evolución biológica y objeto genital adecuado, que crea una unidad narcisista puberal originaria. Se considera a la pubertad como el fin del autoerotismo, dado que hay un preobjeto que se trata de una complementariedad de órgano, ya que se experimenta tanto el órgano femenino y masculino, siéndolo. Se puntualiza que, sin el otro sexo, no ha experiencia puberal originaria [7].

Gutton retoma a Breuer para definir el objeto parcial, en el curso del desarrollo debe establecerse un nexo entre la excitación endógena debida al funcionamiento de las glándulas sexuales y la percepción o representación del sexo opuesto, con lo que vemos producirse el maravilloso fenómeno del amor dedicado a una sola persona, a esta corresponde entonces toda la emoción liberada por el instituto sexual (36) [7].

El centrado genital del cuerpo puberal es el punto de juntura donde nace la experiencia de lo puberal; por otro lado, tenemos que el objeto parcial es púber y su representación es puberal; las figuras de incesto son las únicas presentables. Se retoma a P. Aulagnier cuando dice “la intervención de lo primario es, transformar toda causa de una experiencia psíquica de placer o de sufrimiento en una causa conforme con un deseo” (46)[7].

En voz baja y un poco acezante el padre Ferran me preguntó detalles: ¿estaba desnuda? ¿había un hombre en la casa? ¿crees que antes de abrirte la puerta cometió un acto sucio? Y luego: ¿has tenido malos tactos? ¿has provocado derrame? No sé qué eso padre. Me dio una explicación muy amplia (43) [4].

El objeto es interpretado por el adolescente en el sentido de la inadecuación impuesta por la prohibición del incesto, el cuerpo púber está ligado al destino infeliz de Edipo, sus representaciones infantiles sobre realizables, el incesto es posible. El Edipo es asimétrico: la investidura infantil del progenitor incestuoso y la desinvestidura erótica del rival, “facilitadora” de su asesinato [7].

Freud, nos indica que debe caer el complejo de Edipo, sucumbiendo a la represión, para dar paso a la latencia. Pero ¿de qué va esta caída? Va a partir de cierto carácter inevitable de experiencias penosas, antagónicas del complejo y se irá abajo por su fracaso como resultado de su imposibilidad interna (181) [8]. La vivencia que cada uno tiene de este complejo es particular, sin embargo se considera como algo heredado por lo que tendrá que desvanecerse de acuerdo a un programa evolutivo, para poder dar paso a lo siguiente.

Recordemos que por parte de los adultos hay cierta sensibilidad al que el niño sienta curiosidad sobre su sexualidad, usualmente el temor a la castración viene de las mujeres.

LATENCIA ¿DESTRUYE O CONSTRUYE?

Urribari define la latencia como un proceso de profundas modificaciones psíquicas de subjetivación y diferenciación que se genera y desarrollan; constantemente se define de una forma negativa, sin embargo hay que enfocarnos en la otra cuestión, a lo que se constru-

ye y posibilita, se construyen nuevos placeres y destinos, aliena y ajeniza porque se contrapone a lo que domina y autonomiza, la expresión de todo esto en las actividades, aprendizajes, expansiones, relaciones, complejizaciones diversas, tanto en lo intra como en lo intersubjetivo (4) [9].

El trabajo de la latencia, tiene similitudes y diferencias con otros trabajos psíquicos que ha planteado o trabajado S. Freud, a través de dos planos: el intrasubjetivo (complejiza y amplía el aparato psíquico en sus aspectos metapsicológicos) e intersubjetivo (se re trabajan las problemáticas edípica y fraterna), y se insinúa en lo transubjetivo. Además, obliga al yo a buscar nuevas metas de canalizar el impulso en su labor mediatizadora [8].

Podemos hablar de la latencia temprana y tardía; el primer momento se caracteriza por la fragilidad del equilibrio intersistémico, donde emerge la angustia frente a lo impulsivo, al inicio el yo está ligado a detener o frenar lo pulsional, por lo que se recurren a otros mecanismos de defensa como la formación reactiva [9].

Encontrar un equilibrio entre lo prohibido y lo permitido, lo promovido y logrado, lo placentero y displacentero, es vivirse en un estado de alerta continuo, pero justo el objetivo es no agotarse en estos constantes círculos viciosos, sino poder abrir otras vías de descarga, sublimatorios que posibiliten redirigir lo pulsional, y descargarse a través de metas más aceptables; como en el control de la descarga motriz para que no sea tan desorganizada, aprendizaje y la concentración que ello requiere [8]. En la novela lo refiere Carlos “*un mediodía yo regresaba de jugar tenis en el Junior Club. Iba leyendo una novelita de Perry Mason en la banca transversal de un Santa María*” (58) [4].

CONCLUSIONES

Haciendo este recorrido teórico sobre el deseo puberal, se muestra lo impactante que puede ser para el mundo familiar y el mundo exterior el hecho de que el niño está atravesando a un lugar diferente, que es, el ser puberal, pues implica a la sensualidad o presexualidad, donde las pulsiones nuevamente se reconfigurarán para dar cuenta de lo externo, principalmente en el reconocimiento del *partterns* que puede ser del mismo o diferente sexo, permitiendo que lo autoerótico se complemente con un otro. Se espera en este proceso, como lo dice Julien, que, en la imposición de la ley de hierro, se instaure la prohibición del incesto. Esto posibilita al púber mirar afuera de la familia para así poder encontrar un nuevo objeto que permita satisfacer las pulsiones parciales sexuales, desde el mirar, escuchar, tocar, fantasear, saber y en algunos casos, el intercambio sexual.

En: "Las Batallas en el desierto", podemos leer como Carlitos da cuenta de que hay otro tipo de mujeres fuera de sus hermanas y madres, que pueden despertar cierta curiosidad e interés en él, no tanto por la edad sino por la sensualidad que tanto despierta Mariana así como, su propio saber de sentirse objeto de satisfacción. Incluso ese único beso que recibe de Mariana, acaso es una evidencia de ello, aun cuando ese beso, no es más que, aquello que él mismo reconoce como igual al que le da a Jim, su amigo.

En este punto el mismo Carlitos, deja claro: "*si eres niño no tienes derecho a que te gusten las mujeres. Y si no aceptas la imposición se forma el gran escándalo y hasta te juzgan loco. Qué injusto*" (42) [4]. Hay pues, un despertar que se busca omitir, acallar a través de esta ley del deber, en donde ya no sólo los padres juegan un papel de limitante o guía, sino que la misma sociedad también se impone. Así, el deber ser, está por encima de lo placentero o el bienestar, con esto, el ser del púber queda de fuera, solo queda ser un niño o un adulto. El lugar del púber es ambiguo, esta tachado y denegado; por lo que expresarlo es una alerta que debe ser refrenada y catalogada, con los diversos medios que estén a la mano. En la novela es desde acudir con un clérigo para que perdone esos pecados o acudir al psiquiatra para que diga si está loco o no. Incluso puede existir una relegación en lo familiar, en lo escolar y social.

Es un problema edípico clarísimo, doctor. El niño tiene una inteligencia muy por debajo de lo normal. Esta sobreprotegido y es sumiso. Madre castrante, tal vez escena primaria: fue a ver a esa señora a sabiendas de que podría encontrarla con su amante. Discúlpeme, Elisita, pero creo que todo lo contrario: el chico es listísimo y extraordinariamente precoz, tanto que a los quince años podría convertirse en un idiota (46) [4].

Se juega entonces una posición contrariada, en la que acaso, se espera del púber en una reedición edípica que pronto encuentre al igual en la latencia, nuevas metas para canalizar las pulsiones que se revivan. Y es que la latencia como bien lo refiere Urribarri es un momento que construye nuevos caminos para la pulsión, que permite encontrarlos para desarrollar otras funciones a la vida y que nos posibilita explorar a través de la creatividad y potencialidad aspectos de nosotros mismos. Pareciera entonces que en la fantasía de los adultos, se desea un apagado de las pulsiones sexuales, es lo que necesita para que se pueda convivir sin preocupaciones con este sujeto que se está conformando; sin embargo, es necesario que haya este reconocimiento del deseo, de aquella ligazón con las huellas mnémicas de satisfacción. El deseo es un impulsor en la forma en que se nombrará y buscará satisfacción a futuro y en otros objetos, poder nombrarla nos da la posibilidad

de castrar, de poder redirigir el deseo a través del atravesamiento de la reedición Edípica a otros objetos que permitan una mayor satisfacción libidinal.

En las batallas en el desierto podemos leer a un adulto compartiendo la forma en cómo se puede vivir el descubrimiento de lo sexual, de ese deseo que convoca a la satisfacción primera, y que suele ser callado por lo social, acaso por la angustia que despierta en los adultos, quizá porque el deseo puberal se encuentra todavía próximo a los objetos originales, siendo que es justo en lo puberal que se empieza a reeditar el Edipo, se hace preciso sepultarlo, pero para hacerlo es necesario darle un lugar al deseo, y con ello, posibilitar el desplazamiento libidinal de los objetos originarios a los nuevos objetos. A su vez, la obra nos permite notar ciertas cuestiones sociales del amor, de lo prohibido, la transformación a partir del entorno y quizá deja abierta a dirigir la mirada, sobre cómo se está viviendo este descubrimiento en la actualidad.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] FREUD, S. (1900-01). La interpretación de los sueños (segunda parte) y sobre el sueño. O.C. Tomo V. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- [2] LAPLANCHE, J. y PONTALIS, J.B. (1967). Diccionario de Psicoanálisis. Barcelona: Paidós.
- [3] DE MIJOLLA, A. (2005) International Dictionary of Psychoanalysis. Publishing Thompson Gale: United States of America.
- [4] PACHECO, J.E. (1981). Las batallas en el desierto. México: Editorial Era, 2001.
- [5] JULIEN, P. (2000). Dejarás a tu padre y a tu madre. Las paradojas de la transmisión. México: Siglo Veintiuno, 2019.
- [6] GLOCER FIORINI, L. (2015). La diferencia sexual en debate. Cuerpos, deseos y ficciones. Ciudad Autónoma de Buenos Aires: Lugar Editorial .
- [7] GUTTON, P (1993). Lo puberal. Lo puberal en sus orígenes. Buenos Aires: Paidós.
- [8] FREUD, S. (1924). El sepultamiento del Edipo. O. C. Tomo XIX. Buenos Aires: Amorrortu, 2005.
- [9] URRIBARRI, R (2015). Adolescencia y clínica psicoanalítica. Argentina: Fondo de Cultura Económica.

**“CARLITOS: UN CUERPO ROTO”.
UN ANÁLISIS DESDE LA PSICOSOMÁTICA DE PIERA AULAGNIER**

ENRIQUE OCTAVIO ARAGÓN BURGOS

Doctorante en Investigación Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior. Maestro en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior, CiES. México, Ciudad de México enriqueagosto@yahoo.com.mx

Recepción: 13 de mayo 2023/ Aceptación: 06 junio 2023

RESUMEN

Se presenta el caso de “Carlitos”, niño de 11 años que desde pequeño presenta formas impulsivas y autodestructivas que lo ponen en riesgo de accidentes recurrentes. Se analiza el caso desde la perspectiva teórica de Piera Aulagnier, en la cual la constitución yoica del infans depende del manto hablado, “discurso” que la madre predica acerca de la relación que establece con el niño. En este caso, el traumatismo del encuentro entre el cuerpo del niño y el cuerpo de la madre, derivó de un cuerpo-placer a un cuerpo-sufriamiento; esto es, un cuerpo-enunciante que se transformó en un cuerpo-roto, a través del cual experimentó y tuvo la certeza de que, así, con los huesos rotos, existía para su madre, lo cuidaba y protegía, era la manera –tal vez la única– en la que lograba captar la mirada de su madre y aseguraba un lugar como sujeto, aunque sea con el “cuerpo-roto”.

PALABRAS CLAVE: cuerpo displacer, cuerpo placer, cuerpo-roto, pictograma, Piera Aulagnier, proceso primario, proceso secundario.

SUMMARY

The case of "Carlitos" is presented, an 11-year-old boy who, since childhood, has impulsive and self-destructive ways that put him at risk of recurrent accidents. The case is analyzed from the theoretical perspective of Piera Aulagnier, in which the ego constitution of the infant depends on the spoken cloak, "discourse" that the mother preaches about the relationship she establishes with the child. In this case, the trauma of the encounter between the body of the child and the body of the mother, derived from a body-pleasure to a body-suffering; that is, an enunciating-body that was transformed into a broken-body,

through which he experienced and was certain that, thus, with broken bones, he existed for his mother, cared for and protected him, it was the way -such the only time – in which he managed to capture his mother's gaze and ensured a place as a subject, even if it was with a “broken-body”

KEY WORDS: displeasure body, pleasure body, broken-body, pictogram, Piera Aulagnier, primary process, secondary process.

RÉSUMÉ

Le cas de "Carlitos" est présenté, un garçon de 11 ans qui, depuis l'enfance, a des manières impulsives et autodestructrices qui l'exposent à des risques d'accidents récurrents. Le cas est analysé du point de vue théorique de Piera Aulagnier, dans lequel la constitution du moi du nourrisson dépend du manteau parlé, "discours" que la mère prêche sur la relation qu'elle établit avec l'enfant. Dans ce cas, le traumatisme de la rencontre entre le corps de l'enfant et le corps de la mère, passe d'un corps-plaisir à un corps-souffrance ; c'est-à-dire un corps-énonciateur transformé en corps-fracturé, à travers lequel il expérimentait et était certain que, ainsi, avec des os brisés, il existait pour sa mère, le soignait et le protégeait, c'était la manière - telle la seule fois - où il a réussi à capter le regard de sa mère et s'est assuré une place en tant que sujet, même si c'était avec un "corps brisé"

MOTS-CLÉS : corps de plaisir, corps de déplaisir, corps-brisé, pictogramme, Piera Aulagnier, processus primaire, processus secondaire.

INTRODUCCIÓN

Piera Aulagnier en 1986 [1], explica que desde su función y presencia, la madre modela, remodela, modifica, transforma, y el infans metaboliza lo heterogéneo, es decir, lo representa. La representación, el afecto, como parte de la pulsión e intrincados; el trabajo que se plantea el aparato psíquico, para que advenga un sujeto psíquico, le supone metabolizar, representar e investir. Las funciones sensoriales informan a la psique de su condición de fuentes de excitación y de placer o como fuentes de placer o de displacer. Desde esta perspectiva, el yo, que en un inicio no está constituido, sino que se irá constituyendo y adviene como resultado de los procesos relacionales, construye su historia a partir de las experiencias que la psique del infans toma como préstamo de la madre y de su ambiente, que, a través de la metabolización, constituye una actividad constante que inscribe en la psique. En tiempos primigenios, el placer, el sufrimiento y la realidad compartida surgen al unísono. En el nivel originario (pictográfico), la información sensorial es estimulada por el

cuerpo materno. Se expresa así, la actividad sensorial del cuerpo, con el placer erógeno que la acompaña.

En relación a lo señalado por la autora, el acto de investidura es la única vía por la cual las funciones del cuerpo pueden ser erogeneizadas. Es precisamente durante este período de constitución del yo, en el que el éste yo incipiente, en su devenir desde la constitución de un “yo cuerpo” a un “yo-relacional”, las identificaciones se van constituyendo.

Siguiendo a la teorización de Aulagnier [1], el nacimiento de la vida psíquica está asignado por el proceso originario y las representaciones pictográficas; la actividad del proceso originario, con sus ritmos y su periodicidad, es una creación que se repite y deja un “fondo representativo” que acompaña las vivencias y las experiencias del infans. La vivencia del infans promueve reacciones en el otro, pero esa vivencia sólo es tal, en función de lo que promueve el otro. El objeto existe psíquicamente por su poder de modificar la respuesta sensorial y de este modo actúa sobre la experiencia psíquica. Lo que se escribe (o pictografía) ha metabolizado un estado somático como presentación de un afecto psíquico, conjuntamente experimentado y figurado como un autoengendrado.

En este momento de la historia del infans, su realidad individual se aprehende por la vía de una actividad sensorial que permite la selectividad. A su vez, también, es un puente entre la realidad psíquica y aquellos otros espacios del entorno de los que tomó sus experiencias, empezando por su propio espacio somático.

El cuerpo cumple la función de mediador y como puesta relacional entre dos psiques, la de el infans y la de la madre, así como entre la psique de éste y la del mundo...Para el bebé, la realidad coincide con la totalidad de los fenómenos cuya existencia constituye una evidencia (117-118) [1].

Para que la madre reconozca el cuerpo de su hijo, éste debe de ser investido por ella. Como lo menciona Aulagnier en 1986, “esta investidura la desencadena la experiencia afectiva lo que se logra a través de los sentidos. Los sentidos tienen el poder de afectar la psique lo cual le permitirá transformar una zona sensorial en una zona erógena” (118) [1]. Siguiendo esta línea, la autora señala que “la primera formulación de la realidad que el niño experimenta es gobernada por el deseo de los otros” (119) [1].

Aulagnier considera que el estado emotivo es parte de lo que se hace ver a la mirada del otro, a través de los signos de la participación somática que éstas vivencias comportan, puesto que el sufrimiento induce el proceso de identificación en el infans, lo que da lugar al “niño sufriente”. Éste acontecimiento particular que se instalará en la historia –igualmente singular que el que se construye acerca de su cuerpo y la psique–, señala el transitar de un cuerpo sensorial a un cuerpo relacional, asignando a las manifestaciones somáticas el rol de mensajero. E igualmente se precisa leer las respuestas corporales, que se instalan como modelo relacional de las expresiones del cuerpo, que conllevan a su vez a la somatización, siendo éste el resultado de las respuestas inadecuadas de la madre.

Las enfermedades del cuerpo psíquico continuarán sufriendo y harán que el yo mantenga con su cuerpo una relación que simplemente reproduzca lo que tuvo la madre con el cuerpo del niño o más exactamente, la que el niño le imputó en la historia que se ha construido (159) [1].

VIÑETA CLÍNICA

Cuando conocí a Inés, madre de “Carlitos”, describió a un niño que constantemente se accidentaba, muy inquieto y que le apasionaba hacer cosas de riesgo, lo que le había provocado varios accidentes, algunos serios. En aquel momento, ella se definía a sí misma, como una mamá que siempre ha estado al pendiente de él y que le advertía que no haga cosas peligrosas, pero la realidad dista mucho de esta autodefinición, pues Carlitos sufrió varios serios accidentes. Como contrapartida, la atención de Inés había estado siempre concentrada en sus tres hijas: Montserrat, de 14 años, Karen, de 8, y Jocelyn, de 6. La madre expresó que cuando su hijo sufrió sus accidentes, ella lo acompañó a diario durante esos días de convalecencia. Por otra parte, la relación de Carlitos con sus hermanas no ha sido buena; en algunas ocasiones el niño decía “que odiaba a Jocelyn”, su hermana menor, pues al parecer, cuando él tenía 5 años de edad, Carlitos se sintió abandonado por su madre, ya que estuvo en el hospital varios días con motivo del nacimiento de su hermana menor. Cuando su nueva hermanita llegó a casa con su madre, Carlitos no quería verles. Para Inés, él era muy egoísta, pues siempre que se accidentaba y, como consecuencia, tenía que dejar de atender a las demás hermanas para estar con él. En este marco, Aulagnier en 1986 nos lleva a considerar que “el discurso del sufrimiento somático que resuena y reaparece en su cuerpo en un conflicto relacional marca la vida psíquica del infans” (132-133) [1].

Antes de nacer “Carlitos”, muere una hija a los cuatro meses de edad, el diagnóstico fue “muerte de cuna” (expresión con la que los pediatras señalan la muerte por causas desconocidas de un infante de menos de 12 meses de edad), a quien Inés había bautizado con el nombre de Carla. La bebé dormía sola desde los dos meses de nacida, ya que le molestaba mucho a su ex-marido sus llantos. Inés acostumbraba a sus hijos, desde las primeras semanas de nacidos, a que durmieran solos, argumentando que así se acostumbra a dormir toda la noche y “no pedir brazos” todo el tiempo.

Cuando Inés volvió a quedar embarazada, tuvo muchas expectativas de tener de nuevo una “mujercita”, de modo que al nacer “Carlitos”, ella tuvo una gran desilusión, ya que fue varón. Su nacimiento pudo llenar un hueco en la familia; sin embargo, no del todo, pues Inés prefería mujeres, que, según pudo expresar, las consideraba “más dóciles”. Para Inés no le fue posible conciliar la imagen de Carlitos, un cuerpo demasiado diferente, demasiado extraño, encontrándolo, como lo plantea Aulagnier en 1986 “como una resistencia o como una desmentida, fuente de un conflicto inmediato que le ha sido insuperable” (134) [1].

La incapacidad de Inés para hacer frente a la situación de tener que efectuar esa idealización fragmentaria que le permitiera preservar ciertos puntos de anclaje entre “Carlitos” y su representante psíquico, la colocó a frente a un trabajo de duelo referido a un bebé vivo. Como lo menciona Aulagnier en 1986 “en un sentido, es una experiencia que nos toca a todos muy de cerca, porque la vida nos la impone cuando un otro todavía investido rechaza nuestro amor (164) [1], llevándola a padecer un traumatismo del encuentro. A pesar de que Carlitos al nacer, se le impuso a su mirada, pero muy a su pesar, “fuera de la historia”.

Inés sólo cuidaba a las hijas, de Carlitos se encargaron varias niñeras. La primera niñera, de nombre Blanca, originaria de un pueblo de Veracruz, donde el padre (ex-esposo) tenía su fábrica, trajo a una mujer de 29 años que tenía un bebé de tres meses, y como estaba amamantando, ella fungió como nodriza también, lo que duró tan sólo seis meses, después la despidió, pues él ya no quería que su madre lo cargara. Blanca era muy cariñosa con Carlitos, en especial cuando estaba muy enfermo, no se despegaba de él, por lo que sólo durante su convalecencia se dedicó a cuidarlo. Aulagnier nos lleva a pensar que, para Carlitos, Blanca “se constituyó como objeto psíquicamente por su poder de modificar la respuesta sensorial (y por lo tanto somática) al prodigarle cuidados maternos y, por esta vía, actuó sobre la experiencia psíquica” (141) [1].

A Blanca la substituyó otra niñera de nombre Juana, que era del mismo pueblo, una jovencita de 19 años, que se encargó de Carlitos durante el siguiente año. Para ese entonces él tenía un año y medio, pero Juana también fue despedida por las mismas causas que Blanca, es decir, por “actuar como madre”, al encargarse de todas las necesidades afectivas y físicas de él. En una ocasión, Inés estalló en cólera y gritándole a Juana que sólo ella como madre lo podía cuidar si enfermaba. Luego la despidió. Desde la perspectiva de la autora, el sufrimiento del cuerpo Carlitos “indujo a la madre una respuesta hacia él que revelaba lo que su sufrimiento representa para ella” (156) [1].

Poco tiempo después, por fin un día, Inés encontró una niñera a la que la consideró perfecta para aquel momento. Se trataba de Martha, una mujer de más de 70 años, quien la obedecía en todo, pues sólo le daba de comer, lo cambiaba, lo bañaba, pero no lo cargaba ni interactuaba afectivamente con él, en lo más mínimo. Lo atendió hasta los cuatro años de edad, pues murió de cáncer. A partir de entonces, a Carlitos lo cuida la muchacha que hace el aseo de la casa de Inés, quien lo trata bien.

Cuando Carlitos tenía cuatro años, Manuel, su padre, abandonó a la familia a consecuencia de una relación con otra mujer con la tuvo un varón y dos mujeres. A partir de aquel entonces, su padre les mandaría dinero, pero Inés ha mencionado que ese apoyo económico era sólo para las niñas. Manuel, como padre y esposo, constantemente era devaluado y anulado por su esposa Inés.

La primera vez que vi a Carlitos entrar a mi consultorio, recuerdo que mantenía las manos en los bolsillos del pantalón; al inicio pedía permiso para todo, parecía esperar a que yo le indicase qué hacer. Era muy expresivo con el cuerpo, y en aquel momento, me llamó la atención su postura, aparentemente sin mucha energía. Desde un inicio se quedó mirando todos los juguetes, y me preguntó: “¿Por qué tiene tantos juguetes, son de sus hijos?”. A lo que yo le respondí que no eran de mis hijos, y que los tenía porque los niños como él que vienen conmigo al consultorio juegan con ellos. Aquel día, Carlitos se dirigió a los juguetes, tomó una pelota de foot ball, comenzó a botarla, luego la dejó; tomó un camión de plástico y se tiró en la alfombra a jugar imitando con vocalizaciones los ruidos de un motor. Se quedó por unos instantes jugando. Me dirigí a Carlitos y le pregunté si conocía la razón por la que estaba conmigo, a lo que me contestó que su madre le dijo que “yo le iba a quitar lo inquieto y desobediente”.

Después de jugar unos minutos, tomó unas crayolas y se puso a dibujar en una pequeña mesa. En el dibujo que realizó en aquel momento pude apreciar las figuras poco claras de personas y no se distinguía si eran mujeres u hombres, adultos o niños. Al principio, las delineaba con cuidado, pero después las comenzó a colorear con mucha fuerza, tanto, que observé cómo rompió una parte de la hoja de papel, y a un lado de ésta parte de la hoja esbozó una figura aún menos clara.

Cuando me expresó que terminó de dibujar, y ante mi solicitud de que me platicara sobre su dibujo, Carlitos me indicó que dibujó a sus hermanas, a él y a su mamá. Cuando fue describiendo su dibujo me dijo con voz muy tímida “yo estoy aquí”, mientras señalaba la parte rota de la hoja. Y volvió a señalar con un volumen casi imperceptible, “yo estoy aquí”. Desde la lectura Aulagnier, podemos pensar que para Carlitos:

Está puesta en conexión señala el paso del cuerpo sensorial a un cuerpo relacional, que permite a su psique asignar una función de mensajero a sus manifestaciones somáticas, e igualmente leer en las respuestas dadas a ese cuerpo mensajes que le estarían dirigidos (133) [1].

3 meses después de la primera entrevista, Carlitos llegó puntual a su décima segunda sesión. Lo noté relajado, y se dirigió de inmediato a los juguetes, tomando unos dinosaurios de plástico, me dijo: “Este dinosaurio (señalando al pequeño) le gusta brincar mucho, pero siempre se cae y se lastima. Cuando el dinosaurio grande se entera, lo regaña y lo regaña, hasta que lo logra «controlar». Pero, si el dinosaurio pequeño está lastimado, entonces ella lo deja de regañar y se lo lleva para cuidarlo”, “éste es el papá” (señalando al otro dinosaurio pequeño); “estas tres son las hermanas y este grande es la mamá”. Con base a la teorización de Aulagnier, consideramos que, para Carlitos, antes que su mirada se encuentre con la de madre, en términos de la autora, “su psique se refleja en los signos de vida que emite su propio cuerpo. (yo-cuerpo)” (142) [1].

Preserva para su psique la última posibilidad de conservar el signo relación, y se instala en él la somatización como esquema relacional, a consecuencia de las respuestas inadecuadas de la madre ante este signo de la enfermedad..., que puede ser de sufrimiento (135) [1].

Para Carlitos esta manera de relacionarse con su madre, aunque bizarra e inadecuada, se vuelve la única forma de existencia y relación con ella.

En una sesión, seis meses después de la primera entrevista, Carlitos me dijo que sólo quería dibujar. Se acercó al librero; tomó las crayolas y las hojas blancas, y se sentó ante la mesa de trabajo. Francamente, lo noté muy distinto a otras ocasiones; observaba cómo dibujaba con mucha paciencia y se esforzaba por delinear lo mejor posible. Al terminar, se quedó un instante en silencio, muy pensativo. Luego, me pidió que guarde el dibujo y que nadie lo vea. Al observar luego el dibujo me percaté de que, en el primer plano, del lado izquierdo, se dejaba ver una mujer grande, embarazada, con letras casi como garabatos que salían de su boca, y otros garabatos dibujados con mucha fuerza. Aunque esta vez no rompió el papel como en su dibujo de la primera sesión, sí dividió la hoja en dos partes. En la segunda del lado derecho, se encontraba la misma mujer con un bebé en el piso junto a ella; a su vez, de la boca de ésta salían garabatos dibujados con mucha fuerza, tanto que ligeramente parecían rasgar el papel. Le pregunté a Carlos, quien no dejaba de mirarme como esperando “algo”. “¿Quieres hablar de tu dibujo?”, le pregunté. Y me contestó que sí, con voz muy apagada, como tratando de que nadie, ni yo, lo escuchara.

La relevancia del cuerpo en la teorización de Aulagnier, nos permite pensar que, el yo cuerpo de Carlitos es “ese cuerpo perdido proyectado al exterior de sí, puede, verse puesto en el lugar de aquel que hubiera exigido que se lo amputen” (339) [2].

Siguiendo esta línea, la autora explica que:

Hallar su cuerpo como posibilidad de sufrimiento, ello descubre que no puede existir, que no puede ser, si no logra reservar su catectización ese objeto-el cuerpo necesario para que él se torne visible, para que se imponga como existente Real a su propia mirada y a la mirada del otro (135-136) [3].

Con relación a éste último dibujo que realizó Carlitos, me dijo: “Ésta es mi mamá cuando estaba yo en su panza, ella me dijo, que yo le dolí mucho, y aquí estamos ella y yo juntos (señalando el lado izquierdo de hoja), pero a ella ya no le duele, yo soy el que duele, ya estoy afuera, ahora ya me puede cuidar” (mientras señala la parte izquierda del dibujo).

En este marco, el padecer del “cuerpo psíquico” de Carlitos, en el contexto del trabajo de Aulagnier nos lleva a considerar que continúa sufriendo y haciendo que su incipiente yo

mantenga con su cuerpo una relación que simplemente reproduce lo que recibió de Inés, lo que él le imputó en la historia que se ha construido.

ALGUNAS REFLEXIONES FINALES (DISCUSIÓN)

Como Carlitos nos ha mostrado a lo largo de su proceso de análisis, así como un cuerpo tiene su propia sombra, el cuerpo psíquico tiene su historia, que es su sombra hablada, que puede ser protectora o amenazante, benéfica o malvada.

Inés, le atribuyó el papel de un mercenario perseguidor, en un conflicto entre el yo materno y el propio cuerpo de Carlitos: que, parafraseando a la autora, considera que este cuerpo se vuelve entonces el objeto que por cercano que sea, Inés correría el riesgo de no poder investir. En ese sentido, pensando en términos de Aulagnier en 1979, la madre lo catectizó como “un cuerpo enfermo, un cuerpo que hay que cuidar, que proteger, formulando su impulsividad como la causa de la enfermedad, poniéndola en el exterior del cuerpo” (140) [3].

El cuerpo de Carlitos se convirtió en el mediador en la construcción relacional entre la psique de su madre y la de él y el mundo. En este marco, Aulagnier en 1976 argumentaba: “Está puesta en conexión marcó el paso del cuerpo sensorial a un cuerpo relacional, asignándole una función de mensajero a sus manifestaciones somáticas, e igualmente leer en las respuestas dadas a ese cuerpo mensajes que le estarían dirigidos” (133) [1].

El cuerpo de Carlitos fue investido por Inés, investidura que fue definida por las carencias afectivas y el sufrimiento en el encuentro entre ambos, transformando una zona sensorial en una zona erógena, una zona/cuerpo de dolor.

En otro orden de cosas, los accidentes de Carlitos, que son los representantes las enfermedades de su cuerpo psíquico, su alma, continuaron a lo largo del desarrollo de su mundo interpersonal. Así, fue sufriendo, haciendo que su sí-mismo mantuviera con su cuerpo una relación que repite lo que tuvo con su madre, es decir, la que él le imputó en su historia que se ha construido.

Con la muerte de Carla, su hermanita, a los cuatro meses de edad, y con el nacimiento de Carlitos, Inés no pudo conciliar la imagen de él con un cuerpo demasiado diferente, demasiado extraño para su mirada. Esta situación representó para Inés una desmentida

frente a un conflicto inmediato e insuperable; en definitiva, la imposibilidad de efectuar la idealización, preservando ciertos aspectos de construcción asociativa entre Carlitos y su representante psíquico, imposibilidad que la llevó a un duelo de un infans vivo. La psique de Inés, enfrentó lo que Aulagnier llama, traumatismo del encuentro, pues Carlitos, en el encuentro en el que se impuso a su mirada, se ubicó fuera de su historia, rompiendo su continuidad y el advenimiento de su sí-mismo, de su yo. Al ocupar en la psique de Inés, su madre, el lugar de su hermana, invalidó su posibilidad de desarrollar una relación intra-subjetiva con la cual organizar las construcciones de lo primario y secundario, **instalándose la somatización desde lo originario como esquema relacional**. Todo ello, a consecuencia de las respuestas inadecuadas de la madre, convirtiéndose en una función auto-afirmante para él, porque el sufrimiento de su cuerpo lo llevó a elaborar un **pictograma de dolor**, que provocaba, de una u otra manera, modificaciones en el comportamiento. Pues como lo señaló en varias ocasiones su madre: “que sólo ella, lo podía cuidar si enfermaba”, de tal manera que el sufrimiento de ese cuerpo, se convirtió en una respuesta que retornó a él en forma de revelación sobre lo que representaba para Inés, su madre.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] AULAGNIER, P. (1986), Nacimiento de un cuerpo, origen de una historia. En: Hornstein, L. Cuerpo, Historia, interpretación. Buenos Aires: Amorrortu editores, 1991.
- [2] AULAGNIER P. (1986 b) La filiación persecutoria. En: Un intérprete en busca de sentido, p. 335-346. Ciudad de México: Siglo XXI, 1994.
- [3] AULAGNIER P. (1979). Los destinos del placer. Buenos Aires: Paidós, 1994.

UNA SEGUNDA INSCRIPCIÓN: LA ADOLESCENCIA Y LO PUBERAL EMBARAZO Y SEXUALIDAD

BRENDA MICHELLE ISLAS BAÑOS

Licenciatura en Psicología por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo, Maestría en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior, CiES. Intercambio académico en la Universidade Federal do Paraná y The University of New Mexico.

Recepción: 22 marzo 2023/ Aceptación: 06 junio 2023

RESUMEN

El presente trabajo, nace y se construye a partir de las interrogantes propias de la adolescente, referente a los cambios por los cuales atraviesa. La adolescente buscará dar respuesta a través de ciertas conductas o decisiones, siendo una de ellas el embarazo en esta etapa. Con la entrada a la adolescencia y lo puberal para la mujer emerge la cuestión del SER mujer y todo lo que conlleva llegar a serlo, cambios en lo corporal y la sexualidad se entrelazan. El psicoanálisis tiene algo que decir más allá de los discursos de la educación sexual y psicología, y nos brinda una serie de enunciados para explicar por qué las adolescentes se embarazan en esta etapa, siendo una posible hipótesis la búsqueda por darse un lugar en el mundo.

No podemos pasar por alto la situación que nos encontramos en México, ya que las instituciones del estado parecen inertes con respecto a los altos índices de embarazo en mujeres adolescentes y aunque existen estrategias para la prevención del embarazo estas son insuficientes.

PALABRAS CLAVE: adolescencia, embarazo adolescente, mujer, psicoanálisis, maestría en psicoterapia psicoanalítica.

SUMMARY

This work is born and is built from the adolescent's own questions about the changes they go through at this stage. The adolescent will respond to these changes through behaviors

or decisions, one of them being pregnancy at this stage. With the entry into adolescence and puberty for women, the question of BEING a woman emerges and everything that comes with becoming one, changes in the body and sexuality come together. Psychoanalysis has something to say beyond the speeches of sexual education and psychology, and offers us a series of statements to explain why adolescents get pregnant at this stage, a possible hypothesis being the search for a place in the world.

We cannot ignore the situation that we find ourselves in Mexico, the state institutions seem inert regarding the high rates of pregnancy in adolescent women and although there are strategies for the prevention of pregnancy, these seem to fail.

KEY WORDS: adolescent pregnancy, adolescence, women, psychoanalysis.

RÉSUMÉ

Ce travail naît et se construit à partir des propres interrogations de l'adolescent sur les changements qu'il traverse à ce stade. L'adolescente répondra à ces changements par des comportements ou des décisions, l'une d'entre elles étant enceinte à ce stade. Avec l'entrée dans l'adolescence et la puberté pour les femmes, la question d'ÊTRE une femme émerge et tout ce qui accompagne le devenir, les changements du corps et de la sexualité se rejoignent. Psychanalyse a quelque chose à dire au-delà des discours de l'éducation sexuelle et de la psychologie, et nous propose une série d'énoncés pour expliquer pourquoi les adolescentes tombent enceintes à ce stade, une hypothèse possible étant la recherche d'une place dans le monde.

Nous ne pouvons ignorer la situation dans laquelle nous nous trouvons au Mexique, les institutions étatiques semblent inertes face aux taux élevés de grossesse chez les adolescentes et bien qu'il existe des stratégies de prévention de la grossesse, celles-ci semblent échouer.

MOTS CLÉS: grossesse adolescente, adolescence, femmes, psychanalyse.

PRESENTACIÓN

Adriana Franco [1] menciona que existen diferentes enunciados para delimitar y diferenciar los términos de la adolescencia, la pubertad y lo puberal. Desde la pediatría se nombra adolescencia al proceso de cambios biopsicosociales que un individuo transita en el periodo de su vida, el cual abarca de los 10 a los 20 años, la pubertad es un proceso físico con determinantes hormonales y tiene lugar en la etapa de la adolescencia. Para el psicoanálisis la pubertad implica un acontecimiento que marca un antes y un después, es

irreversible, va a responder a caracteres genéticos y hereditarios, que suceda no depende de la voluntad del sujeto, la pubertad acontece en el cuerpo biológico.

Para Dolto [2] el nacimiento sería una fase de mutación, se pasa de ser feto a ser niño, en la adolescencia se pasa de ser niño a ser joven o adulto y en este paso el adolescente transita por una muda llena de angustia; angustia en la que los adultos juegan un papel importante y se ponen en escena, ya sea para facilitar el paso o para agregarle obstáculos. Los adultos pueden apoyar a entrar en las responsabilidades que la sociedad exige, el o la adolescente se opondrá a todas las leyes, porque para él ese alguien que representa la ley no le permite ser ni vivir, es por ello que el adulto podría también ayudar a darle voz al adolescente y sobre todo a estar de forma presente más no invasiva en la vida del o la adolescente; darle voz al adolescente es también aceptarlo dentro de su subjetividad, Dolto [2] habla de un segundo nacimiento en el que se es sumamente sensible a lo que recibe del afuera y la familia.

Hablar de la adolescencia, más que hablar de una etapa es hablar de un sujeto que es interpelado por familia, amigos, sociedad todo ello en medio de cambios en lo real del cuerpo. El cuerpo pulsa y con estos cambios la sexualidad emerge de diferentes formas; en las mujeres aparece la primera menstruación y para los hombres las primeras emisiones de esperma.

Con la entrada a la adolescencia y lo puberal para la mujer emerge la cuestión del SER mujer y todo lo que conlleva llegar a serlo (si es que existiera algún punto de llegada) – tener un cuerpo ya no de niña, ya de mujer–, el dolor de la primera menstruación (cólicos, dolor de espalda) acompañada de vergüenza, misterio.

Lo corporal no será la única vía de preocupación para la adolescente/púber, la sexualidad surge y se presenta como problemática en muchos casos, porque el ejercicio de la misma podría traer consigo embarazos adolescentes inesperados entre otras consecuencias. Los embarazos adolescentes entonces colocan al sujeto en una situación que se suma a las dificultades de la adolescencia.

JUSTIFICACIÓN

Según el Instituto Nacional de las Mujeres [3], México ocupa el primer lugar en embarazo adolescente entre los países de la OCDE (organización para la cooperación y el desarrollo económico) teniendo una tasa de 77 nacimientos por cada mil adolescentes de entre 15 a 19 años. En México 23% de las y los adolescentes inician su vida sexual entre los 12 y los 19 años. De estos, 15% de los hombres y 33% de las mujeres no utilizaron ningún

método anticonceptivo en su primera relación sexual. Estos datos nos hablan del contexto social en el cual las adolescentes se encuentran inmersas en México.

Las vivencias relacionadas con la sexualidad en cuanto a la mujer y específicamente a la adolescente son problemáticas en la cultura actual, ya que existen ordenamientos específicos dirigidos a orientar la sexualidad de las mujeres, estos en ocasiones llegan a tomar formas de políticas públicas [4].

La importancia social de este fenómeno la podemos ver reflejada en las campañas de prevención, investigaciones académicas y sobre todo por el uso del recurso otorgado por el estado para evitar el embarazo en adolescentes, nótese que en la mayoría de casos estas campañas fracasan.

Lo corporal se abre paso e irrumpe como una revolución llena de cambios en un cuerpo que al parecer cambia totalmente, no es que la sexualidad no estuviera presente; sin embargo, es importante recordar que la adolescencia se presenta como una segunda oportunidad para construir nuevos saberes, para resolver los residuos de la neurosis infantil y acceder a la transferencia objetal.

ANTECEDENTES

Para Kait[4] en la adolescencia según el termino, se adolece de años y experiencia, es una etapa de duelo, ya que se pierde la infancia, se puede mencionar que dentro de esta etapa nos vamos a encontrar a jóvenes con enormes dificultades y problemas que quedan atrapadas en la maternidad como algo que les impide ser adolescentes.

Palazzini [5] hace mención acerca del cómo construir un proyecto identificador podría ayudar a la adolescente a transitar de una manera más apegada a sus propios deseos. Es por ello que el proyecto identificador funcionará como una guía, con sus obstáculos y tiempos, el proyecto identificador funcionará como un trazo en el marco del encuentro con el otro, lo cual es de suma importancia para que la adolescente pueda emerger desde su propio deseo en relación a diferentes aspectos, inclusive a la sexualidad.

Políticas públicas

La población adolescente, y particularmente las mujeres, se constituyen en el objeto de intervención de la política y ocupan un lugar protagónico como población a quien va dirigida toda la carga de las apuestas preventivas, sin que ello signifique necesariamente que sus deseos y sus demandas sean tenidas en cuenta, o sean la base para organizar los programas [4].

Lina lorena [6] menciona que el embarazo en la adolescencia representa una problemática de salud pública, dado que el 20% del total de las mujeres embarazadas son adolescentes, además de las complicaciones materno perinatales que se vinculan con la inmadurez biológica, el embarazo implica un alto riesgo obstétrico y está asociado con complicaciones.

Para el Gobierno de la República [3], en México, se desarrolló la estrategia nacional para la prevención del embarazo en adolescentes, de acuerdo a esta estrategia se busca disminuir a cero los nacimientos en adolescentes de entre 10 a 14 años y reducir a la mitad los casos de embarazo en adolescentes de 15 a 19 años para el 2030, para lograrlo se implementan campañas, presentaciones, trípticos, boletines, entre otros materiales. La campaña que lanza el gobierno de México se llama ¿cómo le hago? en esta campaña se brinda información para que los adolescentes aprendan las distintas maneras de prevenir un embarazo, así como infecciones de transmisión sexual. Los programas y campañas apuntan a la “prevención” y el uso del condón masculino como principal método para prevenir el embarazo, dejando de lado más alternativas y esferas que no necesariamente tendrían que ver con el uso de anticonceptivos. Aunque las actuales estrategias han demostrado ser eficaces en incrementar los conocimientos en sexualidad y métodos anticonceptivos, no han logrado modificar la prevalencia del embarazo, por consiguiente, estas políticas se reducen a mera transmisión de información, los componentes no cognitivos y factores emocionales son poco considerados en estos programas.

En la página web de la campaña [3], aparecen diferentes secciones e información, principalmente enuncia que es conveniente para los adolescentes estar preparado y decidir, en caso que se quieran sostener encuentros sexuales se pide acudir a la clínica de salud más cercana para solicitar un anticonceptivo, a partir de ello surgen varios cuestionamientos interesantes dado que, aunque en México el sistema de salud es público, el acceso a servicios de calidad puede ser limitado en especial en zonas rurales y comunidades marginadas; y, aunque existe un marco legal que debería de garantizar el acceso a servicios de salud sexual y reproductiva, incluyendo la interrupción legal del embarazo en algunos estados, la disponibilidad y calidad de estos es cuestionada. Persisten desafíos ante estas estrategias ya que pocos adolescentes tienen acceso a métodos anticonceptivos, educación sexual no meramente informativa sino integral y atención post aborto en el caso de mujeres. Junto con ello es importante mencionar que la tasa de mortalidad materna sigue siendo alta en comparación con otros países de la región, la atención prenatal de calidad, el acceso a servicios de parto seguros y la atención obstétrica de emergencia

son demás variables que se presentan como una realidad que contrasta con estas estrategias.

Y entonces ¿si la adolescente ya está embarazada ya no tiene más opciones? Vale la pena anotar que en México la situación de la interrupción voluntaria del embarazo se sigue legislando después de una larga lucha, en varios estados ya es posible realizar esta práctica. El poder realizar un aborto o no, según el deseo de cada mujer o adolescente podría implicar un cambio radical para que la libertad de elección se pueda dar, el aborto, aunque es un tema tratado, discutido y legislado desde muchos puntos de vista (sobre todo desde una perspectiva moral y religiosa) sigue siendo incómodo y un tema tabú; el aborto en México no cuneta con la promoción en general para las mujeres y menos aún para la adolescentes.

Según Kait [4] estas políticas están permeadas por ideas religiosas y morales en donde se impide la elección libre sobre el propio cuerpo y el deseo de ser madre o no; pareciera que se castiga a la adolescente para que se haga cargo de su irresponsabilidad. En estas políticas subyace el control y por consiguiente se arrebatada la decisión a las mujeres de tener o no hijos, de tener los que desee y decidir si quieren gestar o no un nuevo ser, se inculpa a las mujeres que no se adecuan a la norma de responder a un mandato o destino natural.

Cambios en lo corporal

Los cambios en lo corporal acontecen al igual que el nuevo ordenamiento en lo psíquico, este nuevo cuerpo estará marcado por enunciados sobre el cómo ser mujer.

Los planteamientos de Freud [7] sobre la adolescencia en tres ensayos para una teoría sexual nos llaman a pensar en lo puberal:

Con el advenimiento de la pubertad se introducen los cambios que llevan la vida sexual infantil a su conformación definitiva... La pulsión sexual era hasta entonces predominantemente autoerótica; ahora halla al objeto sexual... La pulsión sexual se pone ahora al servicio de la función de reproducción; se vuelve, por así decir, altruista. [7] (189)

Lo puberal tendrá que ver con el cuerpo y claro está que el cuerpo tendrá relación con lo psíquico, la adolescencia no es únicamente una serie de cambios en el cuerpo biológico, lo es también en el cuerpo psíquico.

Lo definitivo para Freud [7] tendría relación con lo normalizado, lo que se espera como resultado de este complicado proceso, aquí podemos plantear una pregunta ¿Qué es lo que se espera de una adolescente?, lo que se espera es que llegue a convertirse en un adulto, con todas las implicaciones que de ello se desprenden, pero esta normalización de lo esperado para una adolescente también se entrecruza con un discurso social y cultural del ser mujer y de modelos de perfección del cuerpo femenino (senos grandes, caderas, delgadez, cuerpo saludable o fit, piel tersa etc..) De este modo, la cultura permeará la subjetividad de la adolescente para llegar a lo esperado socialmente.

Como se hace mención en el texto de Adriana Franco “La niña púber” [1], la pubertad en las mujeres puede extenderse desde los 8 años hasta los 15 o 16, todo ello marcado por cambios en la constitución corporal (aparición del botón mamario, vello púbico, maduración de glándulas mamarias, aparición de la primera menstruación), estos cambios suceden en lo real de la constitución corporal, y como consecuencia de ello, será necesario que el sujeto realice un trabajo de representación psíquica de este nuevo cuerpo, esto quiere decir, que el psiquismo se apropie de la nueva imagen de su cuerpo. La pubertad es un cambio violento, disarmónico que produce un desfase entre el esquema corporal y la imagen inconsciente del cuerpo.

Gutton [1], nos dice que lo puberal está enlazado con lo real biológico y es una experiencia originaria que en el cuerpo produce una interpretación de las representaciones incestuosas y esta se topa con la represión.

Para el caso de las mujeres Franco [1] señala, que para transitar de ser niña a ser mujer habría dos manchas que marcan este pasaje, estas manchas de sangre constituyen una evidencia en lo real del cuerpo: la primera menstruación y la mancha del primer encuentro sexual, es decir, el ser mujer se inscribe con sangre.

En ese período es cuando siente más penosamente a su cuerpo como una cosa opaca y enajenada (...) la mujer, como el hombre, es su cuerpo: pero su cuerpo es algo distinto de ella misma.

Simone de Beauvoir [8] (1949).

Referente a la aparición de la primera menstruación se le atribuyen enigmas y se entrelaza nuevamente con el dolor del convertirse en mujer, pareciera que la aparición de estos dolores tan recurrentes podría significar una manera de repliegue ante el peligro edípico, ante ese cuerpo que se desconoce. El cuerpo de las mujeres se ha prestado para depositar en las significaciones sociales de gran peso que marcan la subjetividad de cada una.

Mariana Mota [9] habla acerca del como la menstruación es considerada un tabú debido a la falta de conocimiento y miedo por la censura, de este tema no se habla normalmente, por el contrario, se oculta como si acarreará un mal, sabemos que es un proceso fisiológico inevitable y aun así se intenta controlar y ocultar, genera asco y vergüenza. Las campañas, los productos y los enunciados referentes a la menstruación tienen como objetivo la invisibilidad, inclusive el tener una mancha en la que pueda ser visible la sangre, queda por completo excluido. Todo lo que indique la presencia de ella en la vida se debe ocultar.

Alizade [10] propone que las mujeres están ubicadas en la categoría de lo no visible o de la ausencia, en tanto la primera diferencia que divide el ser hombre o mujer, sería pene-no pene, la segunda sangre- no sangre, para esta autora el recorrido del cuerpo de las mujeres durante su vida se vislumbra a partir de pérdidas, faltas, las mujeres se separan de sus fluidos; la sangre se impregna como una marca de un vaciamiento, las mujeres pierden algo de ellas cada mes, en una relación sexual e inclusive al procrear. Aunque la sangre es un indicador de la fertilidad futura, esta sangre se mezcla con la sangre de algo que sobra, de vulnerabilidad, de la castración repetida cada mes, del dolor. La marca de la feminidad es lo fluido.

Primeros encuentros sexuales

Los primeros encuentros sexuales son normalmente vivenciados en la adolescencia, los que tendrán sus implicaciones: embarazos, encuentros con sustancias(alcohol, drogas), nueva forma de establecer un lazo etc.. La adolescente se va a abriendo paso hacia un nuevo lugar subjetivo y social.

Adriana Franco [1] menciona que en la pubertad la zona erógena será la genital, y la pulsión encontraría así su fin; para la púber ya no es desconocido este aspecto, por lo que dos son las fuentes de esa experiencia: sensaciones y percepciones corporales propias que se traducen en excitación y lo que provoca en el sexo opuesto, la mirada y el deseo de los hombres por su nuevo cuerpo, lo puberal entonces pone en disputa las organizaciones edípicas de la niñez, las llamadas escenas puberales las cuales podrán ser sepultadas al ser reprimidas y así se podrá hallar un objeto suplementario. El primer encuentro sexual también está cargado de significantes de ser mujer y requiere de un trabajo de simbolización al igual que con la primera menstruación, al hacer mención de estas significantes no podemos dejar de lado que al término de este primer encuentro se espera otra mancha de sangre, esta marca es la de la iniciación de la relación sexual genital adulta, el dejar de ser niña. Hacerse mujer estará unido con la sexualidad y el cuerpo por entero,

pero no se reduce a ello, la aparición de un hombre en el caso del ejercicio de la sexualidad se vincula con el discurso de lo que se espera de las mujeres.

En palabras de Dolto [11] a través del lazo entre madre e hija se va a desarrollar la feminidad, las madres van a estimular el arreglo físico de sus hijas, así como una política de seducción a los hombres, en otras palabras, las madres van a guiar la sexualidad de sus hijas.

Por ese motivo resulta importante que exista un discurso, intercambio y acompañamiento más allá de lo relacionado con el físico o esta seducción hacia los hombres, de no ser así es probable que la adolescente llegue a pensar que ante la falta de deseo de acercarse a un hombre algo este mal en ella y por consiguiente para liberarse de ese temor ceda a la presión de tener los primeros encuentros sexuales y embarazarse para asegurar que son mujeres al menos para la concepción.

SER madre

Paradójicamente la ausencia de sangre, por el contrario de la menstruación sería indicador de un posible embarazo. Para la psicoanalista Laura Kait [4], la adolescente se encuentra en una etapa de duelo por la infancia y de malestar, los síntomas en el mejor de los casos se presentarán y multiplicarán por medio de palabras no dichas (aislamiento, miedo). Es importante mencionar que en el síntoma se esconden palabras no dichas, apenas trazadas que se ponen en marcha en el dolor, desvelos, encierro, etc.

Kait [4] articula que en el peor de los casos hay un empuje al acto (conductas de riesgo), esto movilizado por la evitación de la angustia, en el acto no existen palabras, sólo silencio, una huida. El embarazo adolescente se incluye en este empuje al acto en un intento por poner sentido. La imposibilidad para estas adolescentes de realizarse los cuestionamientos ¿Qué quiero ser cuando sea grande? ¿Quién soy? podría ser una de las causas de los embarazos; dado que estos enunciados son contestados imaginariamente mediante el embarazo, ¿Qué soy? – soy madre –, ya no tengo que enfrentarme al vacío.

El imaginario popular según esta autora y su experiencia clínica [4] gira alrededor de una sociedad que idealiza la maternidad en una construcción donde un todo es el bebé, y que viene a dotar de sentido y significación la vida de cualquier mujer. Es por ello que el bebe podría llenar de alguna forma ese vacío y serviría para dotar de sentido esta etapa –yo le mostraré a mi hijo que si puedo cuidarlo y cuidarme–. Con respecto a sus parejas en la mayoría de los casos, pareciera que no existen o no les importan, no hay discurso de una vida amorosa o erótica, y en los pocos casos que la pareja aparece, es bajo la forma de

reproche y exigencia de lo que deben. A su vez, cuando alimentan a sus bebés surgen problemas, ya que no pueden o se ven impedidas, tienen temor a hacerlo, la mayoría de estas jóvenes vienen de entornos de violencia, pobreza o hogares desestructurados.

Para Riascos [12] resulta importante tomar en cuenta como la representación social acerca de la maternidad mantiene un lugar privilegiado, idealizado y de perfección, de ahí que esa imagen estimula el deseo de convertirse en madre como parte de la realización personal y de la meta de una mujer. Para muchas adolescentes el convertirse en madres podría darles este lugar privilegiado, lo que significaría cambiar sus condiciones y el discurso que se tenía de ellas, el ser madre para muchas se convierte en la mejor opción y proyecto de vida dado sus condiciones psicosociales, para muchas implicaría la posibilidad de salir de ese entorno de violencia y carencias, aunque en términos reales esto las lleve a un estado de mayor pobreza y marginación. Si bien en el embarazo se encuentran implicados también hombres, las consecuencias son mayormente adoptadas por las adolescentes quienes a pesar de los riesgos y consecuencias socioeconómicas en la mayoría de los casos deciden tener al bebé.

Mariana Mota [9] articula que en el inconsciente de las mujeres el displacer que provoca el ser mujer tendría relación con el peso de una construcción histórica y social de una sexualidad reprimida, todo lo que se vincula al sistema reproductor de las mujeres entra en la categoría de pertenencia de los hombres, siendo que también se necesita del espermatozoides para poder procrear un nuevo sujeto, el cuerpo de las mujeres es un objeto de control y por consiguiente este debe ser estandarizado, categorizado, delimitado y debe pertenecer a alguien.

La adolescente hecha madre representa el fracaso del saber en su afán de ordenar y advertir, y ocupa el lugar de aquella a la que, según el discurso social actual, no le sirvieron los cursos, ni las propagandas, queda ubicada en un lugar de desgracia.

CONCLUSIONES

Hablar de lo que acontece en la adolescencia, nos llama a pensar los duelos, pérdidas, cambios y mudas por los cuales atraviesan las adolescentes; si además lo entretajemos con una cuestión de salud pública como el embarazo adolescente y la situación socioeconómica de México, el resultado será sumamente violento para el sujeto que atraviesa por este camino de ser alguien.

En México las campañas de prevención del embarazo se reducen a mera transmisión de información, en donde pareciera que el discurso subyacente es el de “aún no está lista

para tener un hijo”, para las mujeres y para los hombres “usa condón”, “ve al centro de salud e infórmate”. Además, dada la situación actual del aborto en México, tampoco éste se presenta como una opción en todos los casos.

El cuerpo de las adolescentes también está sometido a los efectos de una sociedad en la que se enuncia como ser mujer y el cómo pasar por todos estos cambios, dicho rol se privilegia, se espera y se venera de una mujer (recordemos que la mayor figura religiosa que se venera y alaba en el país tiene que ver con una virgen que se convierte en madre). Para la mayor parte de la población mexicana ser madre tiene relación con un milagro, una bendición, la mejor cosa que le puede pasar a una mujer.

Para algunas adolescentes este discurso podría parecer una salida, darles la respuesta al tener un lugar diferente sin importar las condiciones, es un escape ante una probabilidad de cambiar su situación, todo ello se juega desde lo inconsciente del sujeto. Así pues, es de vital importancia para la adolescente contar con un proyecto identificador en el que ella pueda vincularse y actuar de forma más apegada a su propio deseo. El psicoanálisis tiene la obligación de presentarse más allá de las formulaciones típicas.

El acompañamiento en esta etapa resulta crucial para la construcción de un proyecto identificador sólido, Una alternativa prometedora para abordar esta problemática es la implementación de programas que incluyan discusiones y psicoterapia grupal coordinada sobre temas como la desmitificación de la maternidad, cambios corporales por los cuales atraviesan las adolescentes, conductas de riesgo, primeros encuentros sexuales por mencionar algunos. Recordemos que muchas de las conductas en esta etapa son un empuje al acto, una salida para evitar la angustia por la cual se atraviesa.

Los fracasos del gobierno en el diseño e implementación de programas y campañas, solo nos demuestran que es fundamental tomar otras acciones que fomenten un acompañamiento integral y enriquecedor durante esta etapa.

Finalmente, la reflexión que realiza la psicoanalista Laura Kait [4], nos parece adecuada para ir optando por mejores métodos de prevención para el embarazo adolescente, acompañamientos y tránsito por esta etapa: Si una adolescente intentase adoptar a un bebé o ser madre por métodos de concepción asistida probablemente ninguna legislación lo autorizaría, entonces ¿por qué se pone a parir a estas adolescentes? La respuesta pareciera estar relacionada con apropiación del cuerpo de las mujeres a través de discursos sociales de lo esperado, es como si se condenara a una adolescente a vivir y pagar con ese castigo, se impide la elección libre sobre el propio cuerpo.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] FRANCO, A. (1995). La niña púber. Presentado en la jornada de la Fundación E.C. en psicoanálisis.
- [2] DOLTO, F. (1990). La causa de los Adolescentes, capítulo 1. México: Seix Barral.
- [3] INSTITUTO NACIONAL DE LAS MUJERES. (2020). Estrategia nacional para la prevención del embarazo adolescente. Recuperado de : <https://www.gob.mx/inmujeres/acciones-y-programas/estrategia-nacional-para-la-prevencion-del-embarazo-en-adolescentes-33454#:~:text=junio%20de%202020-,El%20embarazo%20en%20adolescentes%20es%20un%20fen%C3%B3meno%20que%20ha%20cobrado,de%2015%20a%2019%20a%C3%B1os>
- [4] KAIT, L. (2019). Adolescencia infecunda. Embarazo adolescente. En revista digital, Psicoanálisis ayer y hoy, Num 19.
- [5] PALAZZINI, L. (2006). Movilidad, encierros, errancias: avatares del devenir adolescente; en: Adolescencias turbulentas. Buenos Aires: Paidós.
- [6] CASTILLO, L. (2006). Desaciertos en la prevención del embarazo en adolescentes. Salud Uninorte.
- [7] FREUD, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual, O.C. VII. Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- [8] DE BEAUVOIR, S. (1949). El segundo sexo. Buenos Aires: Debolsillo, 2016.
- [9] MOTA, M. (2019). El tabú de la menstruación: símbolo de la represión sexual femenina. Universidad de la República. Montevideo.
- [10] ALIZADE, M. (2009). El universo fluidifical del femenino y su simbolización. En: Género y psicoanálisis. Contribuciones contemporáneas. México: Asociación Psicoanalítica Mexicana de Guadalajara.
- [11] DOLTO, F. (1996). Sexualidad femenina. La libido genital y su destino femenino. México: Paidós, 2001.
- [12] CASTILLO, L. (2016). Desaciertos en la prevención del embarazo en adolescentes. Salud Uninorte. Universidad del Norte. Vol. 32, núm. 3, pp. 544-552.

EL CUERPO EN LA CLÍNICA Y SU ARTICULACIÓN CON EL GOCE

VIRIDIANA URUEÑA CAMARGO

Maestrando en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior, CIES. Psicóloga por la Universidad Nacional Autónoma de México, Facultad de Psicología. psicviridianauruena@gmail.com

Recepción: 22 de marzo 2023/ Aceptación: 15 mayo 2023

*“Somos carne y palabra, silencio y angustia, hambre y caos,
oscuridad y tiempo. El amor nos toma una mano,
la muerte nos toma la otra, danzando con los ojos cerrados,
nos dirigimos hacia el misterio”*

Teresa Castillo

RESUMEN

En la práctica clínica es común que los pacientes presenten no solamente malestar emocional o psíquico, el cual, es el que los impulsa mayormente a buscar nuestra ayuda; también, gran parte de éstos llegan aquejados además por malestares físicos, con un cuerpo que sufre. Cuerpo que vive angustia, insomnio, falta de aire, que experimenta sensaciones agradables y desagradables. Cuerpo de placer y displacer, sexual y no sexual. Cuerpo donde se inscriben vivencias que no siempre pueden pasar a ser nombradas. Entra aquí el goce, como eso imposible de apalabrar, pero se siente, se vive, queda obturado en lo indecible.

La práctica analítica no es una práctica sólo de la palabra, el cuerpo no se puede excluir de la escena, se cruza de alguna manera en el momento menos pensado. Si el cuerpo es determinado por tres dimensiones según la teoría de Lacan (simbólica, imaginaria y real) surge así la pregunta de investigación ¿Cómo comprender la noción de cuerpo desde estos tres registros? ¿Cuál es la vinculación entre el cuerpo con lo real y el goce? Se explica cómo se entiende el cuerpo desde estos tres registros. Y cómo es la relación entre el cuerpo lo real y el goce.

PALABRAS CLAVE: cuerpo, goce, real, simbólico, imaginario, psicoanálisis.

SUMMARY

In clinical practice it is common for patients to present not only emotional or psychic discomfort, which is what drives them to seek our help; A large part of these arrive afflicted with physical ailments as well, with a body that suffers. Body that experiences anguish, insomnia, shortness of breath, that experiences pleasant and unpleasant sensations. Body of pleasure and displeasure, sexual and non-sexual. Body where experiences are inscribed that cannot always be named. Jouissance enters here, as that which is impossible to speak, but is felt, lived, remains blocked in the unspeakable.

Analytical practice is not just a practice of words, the body cannot be eliminated from the scene, it crosses in some way at the least expected moment. If the body is determined by three dimensions according to Lacan's theory (symbolic, imaginary and real), then the research question arises: How to understand the notion of body from these three registers? What is the link between the body with the real and jouissance? It explains how the body is understood from these three registers. And how is the relationship between the body, the real, and jouissance.

KEY WORDS: body, jouissance, real, symbolic, imaginary, psychoanalysis.

RÉSUMÉ

Dans la pratique clinique, il est courant que les patients présentent non seulement un inconfort émotionnel ou psychique, ce qui les pousse à demander notre aide ; aussi, une grande partie de ceux-ci arrivent également affligés de maux physiques, avec un corps qui souffre. Corps qui éprouve de l'angoisse, de l'insomnie, de l'essoufflement, qui éprouve des sensations agréables et désagréables. Corps de plaisir et de déplaisir, sexuel et non sexuel. Corps où s'inscrivent des expériences qu'on ne peut pas toujours nommer. La jouissance entre ici, comme ce qui est impossible à dire, mais qui se sent, se vit, reste bloqué dans l'indicible.

La pratique analytique n'est pas qu'une pratique des mots, le corps ne peut être exclu de la scène, il le traverse en quelque sorte au moment le moins attendu. Si le corps est déterminé par trois dimensions selon la théorie de Lacan (symbolique, imaginaire et réel), alors la question de recherche se pose : Comment comprendre la notion de corps à partir de ces trois registres ? Quel est le lien entre le corps au réel et la jouissance ? Il explique comment le corps est appréhendé à partir de ces trois registres. Et quel est le rapport entre le corps, le réel et la jouissance.

MOTS CLÉS : corps, jouissance, réel, symbolique, imaginaire, psychanalyse.

INTRODUCCIÓN

Leibson en 2014 [1] refiere que Freud descubrió que hay un cuerpo que no es el de la medicina, hay uno que desconoce la anatomía académica y se rige pareciera por otros fenómenos. Este cuerpo es un efecto de ensamblaje de varias piezas que suelen no encajar completamente entre sí; el cuerpo es producto de una serie de operaciones en las que intervienen básicamente el organismo viviente, el orden significante, las leyes de la dialéctica especular y las economías del goce.

En la siguiente revisión se explicará cómo se entiende el cuerpo desde los tres registros propuestos por Lacan. Posteriormente entender cómo se articula el cuerpo con el registro de lo real y el goce. Esto conllevará a poder comprender, con apoyo de esta noción, el síntoma o los síntomas que aquejan al que va a hablar de ese cuerpo que en una dimensión sufre, vive malestar.

Hay dos modalidades principales bajo las que se presenta el cuerpo en nuestra práctica: primero como cuerpo “que habla”. Entre comillas, porque en rigor el cuerpo no habla, pero sí el cuerpo hace hablar. Su paradigma es el síntoma histérico. Se trata de un cuerpo que es territorio de un síntoma y a la vez un cuerpo que puede ausentarse para dejar lugar a una palabra. Por otra parte, se encuentran los cuerpos que no hablan, porque son cuerpos presentes (como se dice que hay “misas de cuerpo presente”); cuerpos que no se ausentan por sus propios medios, sino que hay que realizar alguna operación adicional para que ese cuerpo deje su lugar a un decir. Así, hay situaciones clínicas “de cuerpo presente” cuyo paradigma es el denominado fenómeno psicósomático. Se ve ahí, cómo el cuerpo se hace presente de una manera muda a la vez que enmudece a su portador. Es el cuerpo que convoca en primer término a la ciencia, pero es aquel ante el cual ésta se declara insuficiente, derivando muchas veces hacia el campo *psi* a ese cuerpo, su silencio y su incógnita. En esta dirección se ubican también otras problemáticas clínicas, especialmente las cuestiones relativas a las llamadas adicciones, toxicomanías o consumo de sustancias y, en otro nivel y con otras coordenadas, en los “trastornos de la alimentación” [1].

Gómez en 2002 [2] menciona que la mayoría de los síntomas que son objeto del psicoanálisis remiten al cuerpo, y si bien son los síntomas conversivos los más contundentes, también en las anorexias, en las obsesiones, en las perversiones, en las paranoias, en el autismo, etc., el cuerpo tiene un estatuto particular. En las somatizaciones histéricas se constatan desarreglos en lo real del organismo mientras que la imagen del cuerpo no se

ve afectada: no está en juego allí la realidad corporal que la imagen asegura. Entretanto, esta imagen del cuerpo cumple otra función, de mensaje al Otro. Al tiempo que se halla sujeta al recibido de ese Otro.

Suscribiendo la cuestión del cuerpo al campo de neurosis, tenemos que cuerpo y síntoma van de la mano. El psicoanálisis se ocupa del cuerpo al tratar el síntoma, mientras que una práctica como la médica, que apunta a los desarreglos del organismo, se ve confrontada con lo sintomático del sujeto al tener que pasar, necesariamente, por lo que el paciente dice y hace de su cuerpo. La primera aproximación del médico a las dolencias del paciente está sujeta a las palabras: se trata de la práctica de la entrevista que, haciendo hablar al paciente, pretende hacer hablar al cuerpo, cuerpo que, hoy más que nunca las tendencias biológicas intentan reducir a su funcionamiento biológico [2].

El cuadro clínico de un numeroso grupo de pacientes, cuyos continuos trastornos y padecimientos ponen a prueba el saber y la práctica médica al no lograr diagnosticar más que una afección “funcional” en ausencia de huellas visibles del proceso patológico, es presentado así por Freud en 1905:

son personas que no pueden realizar ningún esfuerzo mental a causa de sus dolores de cabeza o de su falta de concentración, los ojos les duelen al leer, las piernas se les fatigan al caminar, sintiéndolas sordamente doloridas y como embotadas; su digestión está perturbada por sensaciones molestas, por eructos o por espasmos gástricos: las evacuaciones sólo las realizan con la ayuda de medicamentos; dormir les resulta imposible, etc. [73] [2].

En todos los casos Freud confirma su causalidad inconsciente, hecha visible bajo el rostro de las preocupaciones y alteraciones emocionales. Si el cuerpo aparece afectado por el inconsciente ello obedece a que el organismo habita en el lenguaje, que la tenencia y el funcionamiento de sus órganos pasa por el significante, que el lenguaje los aísla en el organismo y les atribuye su función. Así, funcionamiento y disfunción orgánica son opuestos cuya unidad está asegurada a través de la continuidad del significante en el inconsciente. Nada mejor que la clínica freudiana para observar el lugar ocupado por el cuerpo en el síntoma, en su vertiente de mensaje, de metáfora; que en el síntoma se trata de sustituciones, es algo que recorre la obra de Freud. Sin embargo, se debe a Lacan la formalización de la acción de la metáfora y la metonimia en el inconsciente [2].

ENTENDIENDO EL CUERPO DESDE LOS TRES REGISTROS PROPUESTOS POR LACAN: IMAGINARIO, SIMBÓLICO Y REAL

El cuerpo es un concepto tradicionalmente opuesto al de psiquismo. Como muchos otros conceptos, el cuerpo ha sido abordado por Lacan en los tres registros fundamentales de su enseñanza: lo real, lo imaginario y lo simbólico. Desde el registro imaginario Chemama en 2004 [3] refiere que, en su comunicación de 1936 sobre el estadio del espejo, Lacan trata de la constitución de la imagen del cuerpo en tanto totalidad y del nacimiento correlativo del yo [moi]. La imagen (unificante) del cuerpo se edifica a partir de la imagen que le reenvía el espejo del Otro, principalmente la madre. Lacan designa a menudo esta imagen del cuerpo con la expresión de imagen especular. La imagen especular, en efecto, resulta de la conjunción del cuerpo real en tanto orgánico, de la imagen del Otro y de la imagen que del cuerpo propone el Otro, así como de las palabras de reconocimiento de ese mismo Otro. La organización del cuerpo propio del niño es el resultado de una incorporación, en lo real del organismo del niño, de la dimensión fálica de la que es revestido por el Otro parental. Este investimento libidinal parental es, por lo tanto, indispensable para la constitución del cuerpo propio y, por consiguiente, para la emergencia de la imagen especular, del yo [moi] y del narcisismo de base, imprescindibles para la supervivencia del niño. El cuerpo imaginario, para Lacan, es también la bolsa agujereada de los objetos *a*, pedazos de cuerpo imaginariamente perdidos, de los que los más típicos son el seno, los excrementos, la voz y la mirada. A esta lista, se agrega un pedazo de cuerpo muy particular, el falo en tanto faltante. Esta falta constituida por el objeto *a*, causa el deseo, es decir, la búsqueda en el cuerpo del otro de un objeto *a* imaginario, o del falo imaginario, considerado como viniendo a taponar esta falta fundamental. Esta búsqueda implica la erogeneización de las zonas orificiales pulsionales de la *bolsa* corporal: la boca, el ano, el ojo y la oreja, pero también de algunos de sus apéndices, como el pezón y el pene. En tanto trozo del cuerpo para el deseo del otro, el cuerpo es también el lugar del goce y por lo tanto de la envidia y de los celos: los que se dirigen al objeto poseído por el otro (el pene faltante o el seno del que mama el hermanito, por ejemplo) [3].

El cuerpo en el registro simbólico designa el conjunto de los significantes conscientes, reprimidos o forcluidos de un sujeto así como su modalidad general y singular de organización. Las palabras que constituyen el cuerpo de los significantes y, por lo tanto, el sujeto del inconsciente, pueden haber sido dichas o pensadas mucho antes de la concepción del niño. Estos significantes conciernen en primer lugar a su identidad (apellido, nombre, lugar en la genealogía, sexo, raza, medio social, etc.). A esta herencia anterior al nacimiento viene a agregarse la constelación de los significantes que vehiculizan los deseos,

conscientes e inconscientes, de los Otros parentales, que constituyen la alienación simbólica del sujeto. Algunos de los significantes de las primeras inmersiones en el lenguaje del niño se inscriben en la memoria psíquica, otros se graban en el cuerpo. Aunque estas inscripciones son bien conocidas en los casos de histerias o de psicósomas, no están reservadas sólo a estas estructuras psíquicas. Palabras, sílabas, fonemas, simples letras pueden afectar el cuerpo de cualquiera, sea cual fuere su estructura. Cuando se quiere insistir en el impacto de la palabra sobre el cuerpo, se dice más bien que el cuerpo es hablado. Este cuerpo simbólico aparece también en *la existencia* que recibe de toda nominación independientemente de su presencia orgánica, ya sea antes de su concepción o después de su muerte, e incluso después de su completa desaparición como entidad biológica: los ritos funerarios y todos aquellos que conciernen a la memoria de los muertos son los testigos de esta existencia particular del cuerpo simbólico [3].

Desde lo real, en Lacan es susceptible al menos de tres significaciones específicas: connota lo imposible, lo resistente y el objeto del rechazo. Cuando el concepto de real connota lo imposible, lo real del cuerpo está constituido por todo lo que del cuerpo escapa a las tentativas de imaginarización y de simbolización. Un gran número de teorías quedan incompletas y ninguna lo dice todo del cuerpo: lo real del cuerpo se les escapa, no por imperfección de la ciencia sino por la estructura misma del mundo y de las ciencias. Otro real encuentra un lugar importante en la enseñanza de Lacan. Es aquel el que viene a poner obstáculo a las aspiraciones, a los deseos, especialmente a los deseos infantiles de omnipotencia del pensamiento. A menudo a este cuerpo se lo llama cuerpo real, y bajo esta denominación se reúne la diferencia anatómica de los sexos y la muerte en tanto destrucción inevitable del soma. En Lacan se encuentra también bajo esta denominación a la prematuración orgánica del recién nacido, a su patrimonio genético (del que se puede decir al pasar que es una especie de escritura) y al despedazamiento corporal originario, obliterado por la imagen unificante del cuerpo. Esto concierne al ser deseante en general. Para el caso de un sujeto particular, el cuerpo real está dotado de características específicas más o menos inmodificables. Por ejemplo, el color de los ojos o el de la piel o una determinada desventaja, de nacimiento o adquirida: parálisis, amputación, lesión neurológica, sordera o pérdida de la visión, infertilidad o impotencia orgánica, etcétera [3].

VINCULACIÓN DEL CUERPO CON LO REAL Y EL GOCE

El goce fácilmente puede ser pensado como algo parecido al placer, sin embargo, este concepto en la teoría de Lacan no tiene que ver con lo hedónico, de hecho, se llega a oponerlos. Antes de ser sujetos, el goce es una especie de estado primario, primitivo.

Braunstein en 2006 [4] comenta que, al comienzo de la vida, cuando no hay distinción entre el humano y la realidad, el cuerpo del niño que es indefenso, será un objeto reclamado por y para el Otro. Existe un llamado que se le hace desde afuera al menor por parte del Otro, la madre. La seducción se hace presente con los primeros cuidados, con los modos en que se dispone la satisfacción de las necesidades, con la regulación y la supeditación del cuerpo del niño a las exigencias y a los deseos inconscientes del Otro, atrayendo el deseo del niño hacia el deseo de ese Otro y a la vez pronunciándole defensas y prohibiciones.

Esta primera relación le proporciona un goce, por el hecho de ser el falo de la madre, quien lo hace receptor de un tipo de seducción originaria dirigiéndose a su cuerpo y como lo menciona el autor, lo prepara a la vez para su inmediata reprobación llegando así a ser inaceptable, intolerable, inarticulable, indecible, esto porque queda sometido a la castración. También se refiere que este goce es eventual ya que se canaliza al pasar por el Edipo. Es decir, antes de que el padre (la Ley) intervenga, el niño goza [4].

Al pasar por el Edipo y la castración, al introducirse el ser humano en los intercambios simbólicos, se debe descubrir un goce diferente. Rabinovich en 1992 [5] aclara que el goce se produce por la operación del sistema simbólico, del sistema significante, cuando éste apresa el cuerpo y lo conduce a una nueva dimensión que se abre por la pérdida de goce de la complementariedad sexual. La satisfacción corporal en los seres humanos está profundamente modificada por su inserción en el sistema significante; así, el concepto de satisfacción y de goce son solidarios del cuerpo. El goce lo es siempre de un cuerpo, es inseparable de esta dimensión ya que el cuerpo es lo primero que se tiene y lo primero que el significante modifica. El goce implica una economía y con ella cierta distribución según la estructura que adquiere el discurso, y algo elemental es que Lacan plantea el goce como la satisfacción de una pulsión (Braunstein comenta que esta pulsión es la de muerte). Rabinovich en 1992 [5] también comenta que el marco para comprender esto se encuentra en la obra de Freud *Tres Ensayos para una teoría sexual*, es decir, es un goce que tiene que ver con la sexualidad perverso polimorfa, es una satisfacción referida a esa articulación del cuerpo con el significante. Esta satisfacción difiere entonces estructuralmente de la satisfacción de las necesidades biológicas, como el hambre u otra cosa.

Al ser una especie de estado puro que se vive al nacer, es inherente del trato y del cuidado del Otro, la madre o el cuidador primario. A este goce es al que se deberá renunciar al entrar la metáfora paterna para significar al sujeto e incluirlo dentro de la Ley; se podrá gozar, pero de forma distinta. El proceso del Edipo articula estos dos goces diferentes. Braunstein en 2006 [4] explica que el goce fálico es posible a partir de la inclusión del su-

jeto como súbdito de la Ley en el registro simbólico, subordinado a las leyes del lenguaje, y que el goce sexual se hace así permitido por las vías de lo simbólico. A través del complejo de Edipo se incorpora la falta, se hace de la carne cuerpo, desaloja el goce de esa carne, lo tacha, lo prohíbe, lo desplaza. Este goce que aparece de forma primitiva, incipiente, exiliado por la intervención de la palabra, de alguna manera queda silenciado en el cuerpo lleno de pulsiones, también ajustado a una constante búsqueda del objeto intentando lograr el reencuentro con lo que Freud llamó la Cosa, sin embargo, a partir de la castración será siempre fallido. El goce se despierta en el organismo cuando se orienta hacia la experiencia originaria y mítica de la satisfacción, es una carga intensa de tensión. Este objeto mítico, absoluto, llamado como la Cosa, (*Das Ding* escrito en alemán) es lo que queda en el sujeto como huella de lo que ya nunca habrá [4].

Respecto de qué se goza y por qué es distinto al placer, es menester explicar esta última noción. La Cosa freudiana es aquello que se constituye primordialmente antes de la aparición de un sujeto hablante, Kaufmann en 1996 [6] explica que, es el Otro, la madre por lo general, quien responde al grito del niño y lo convierte en demanda, mediante la articulación significativa. Comenta que del lado del sujeto, el grito recubre una sensación de la que nunca se sabrá qué quiso decir, y del lado del Otro, su sentido está perdido en la significación que el Otro le atribuye; por supuesto, dicha interpretación del Otro es indispensable para guiar al ser humano. El autor explica que, la Cosa aparece para el discurso analítico como un objeto absoluto imposible de alcanzar; en la perspectiva lacaniana se manifestará como fuera de significado. Debido a su imposible significación se genera una tendencia a reencontrar, pero tal objeto que se cree perdido, nunca lo estuvo, aunque se trate de reencontrarlo.

La Cosa freudiana es un primer esbozo del registro que Lacan formulará como Real. Aparece, así como lo real más allá de todas las representaciones que de ella tiene el sujeto, o sea, fuera de la cadena significativa. El encuentro con lo real se juega con esta Cosa imposible de decir y de cernir, que suscitaría la ilusión de una verdad que se muestra. El goce pertenece a este registro [6].

Rabinovich en 1992 [5] expresa que, en el origen de la subjetividad, lo real es lo externo, lo que escapa al significante, la autonomía propia de lo biológico. Al entrar el significante haciendo de la carne cuerpo, se crea un real interno, que sería el goce, definido como satisfacción de una pulsión. No se puede volver a la naturalidad, pues una vez que se es presa del sistema significativo, ella se pierde para siempre, es imposible de recuperar. Lo real del psicoanálisis no es la materialidad y la existencia de los objetos del mundo, que

sin duda existen. Tampoco es la realidad psíquica cuya verdad se funda en las ficciones del deseo. Lo real son los puntos de imposible que deja en el ser hablante su captura por el sistema simbólico. El goce no es una satisfacción natural, es una satisfacción propia de un cuerpo atravesado por el significante que a la vez escapa al sistema del lenguaje que lo produjo. Es decir, el goce es del orden de lo real, es imposible de apalabrar. Braunstein en 2006 [4] comenta que el deseo actúa como una barrera ante el goce. Para poner un alto y que el sujeto no vaya más allá del principio del placer.

En Lacan el deseo es un concepto límite, por un lado, ve hacia el goce y por el otro hacia el placer. A esta barrera que es el deseo, Lacan la equipara con la Ley misma, la ley del incesto, la cual prohíbe un objeto, pero permite otros [5]. El cuerpo real, biológico, funciona como un más allá del sistema significante mismo. Cuando aumenta el goce, la tensión, aumentan los procesos defensivos para frenarlo, surgen formaciones reactivas según lo plantea la teoría lacaniana, entre ellas el síntoma. Queda como lo imposible de representar y de decir. El inconsciente es el aparato que se encarga de convertir el goce en discurso. Este exceso de excitación y carga, de este goce imposible de manejar es un hoyo que marca el lugar de lo insoportable. Braunstein en 2006 [4], indica que de esta forma llega el goce a ser lo exterior, lo Otro, dentro de uno mismo, recordatorio del Uno resignado para entrar en el mundo de los intercambios y la reciprocidad. Con la castración simbólica el sujeto debe renunciar a un monto de goce que le daba ser el falo materno. Posterior al corte, la dinámica del deseo se hace presente. Es decir, en el principio era el goce, después hay una sustitución necesaria de este goce primario por el deseo, lo que queda es el objeto *a*, objeto causa de deseo.

El objeto *a* (nombrado también como plus de goce) es considerado por Lacan como real, en el sentido de lo real como imposible y como objeto causa de deseo.

Braunstein en 2006 [4] explica que, la sexualidad es equivalente a simbolizar el goce, es humanizarlo, apalabrarlo en la relación de la mujer y del hombre con sus cuerpos y con el cuerpo del Otro. El mismo autor especifica que, la sustancia verdadera de la pulsión de muerte está del lado del goce, del dolor, de la hazaña.

Finalmente, se puede cernir que el goce es una relación que el sujeto tiene con lo displacentero. Esa relación no es causa de placer porque se vuelve demasiado excitante, y el principio del placer tolera una excitación sólo hasta cierto nivel. Tanto en la sintomatología típica de la histeria o la obsesión, como en cualquier otra se va más allá del principio del placer.

Moresco en 1995 [7] refiere que lo desconocido para el sujeto es esa peculiar satisfacción del síntoma, lo desconocido justamente en ese punto de goce. Freud llama satisfacción

sustitutiva del síntoma porque hay un goce en el síntoma, no un placer. Hay un deseo que está buscando su realización a través del síntoma, aunque por una vía indirecta sustitutiva. Todo síntoma se repite no sólo porque queda sin satisfacer, sino porque hay una parte de goce en él. Si solamente se repitiera para conseguir placer, sería un intento, pero insiste en aquello que no dio nunca satisfacción, y en lo que va a volver a colocarse en el mismo lugar de displacer. El deseo es lo que pone un tope al goce; si el goce fuera total y no tuviera límite, sería la muerte, la pérdida del sujeto, o una psicosis.

CONCLUSIONES

El cuerpo es objeto de diversos campos del saber y prácticas donde abundan técnicas que ofrecen bienestar, belleza, salud, experiencias variadas, etc. El psicoanálisis es una práctica que también trata el cuerpo vía la palabra, se ocupa del cuerpo al tratar el síntoma, pero no se puede reducir al organismo, por tratarse de un cuerpo representado. Apunta al goce como lo más real del cuerpo.

El inconsciente incide sobre el cuerpo del ser hablante, ha de hacer saber que el cuerpo está determinado por el inconsciente como lenguaje: desde lo simbólico donde el cuerpo tiene lugar de significante en la cadena que el síntoma pone en evidencia; desde lo real donde el cuerpo se revela como condición del goce del cuerpo que es al tiempo goce del inconsciente.

Se hace de la carne cuerpo, se nace con un cuerpo del que el sujeto se apropiará desde diferentes dimensiones. La comprensión de la dimensión real del cuerpo y del goce propuesto por Lacan aporta una herramienta valiosa para vislumbrar la forma de gozar de ese sujeto, a la compulsión a la repetición. Desde el campo de la medicina, como la psiquiatría, lo que se llega a hacer es silenciar este cuerpo que sufre, mediante la medicación, en vez de haber una escucha del que habla, o un entendimiento del síntoma. En nuestra clínica los pacientes relatarán la incidencia y/o repetición de síntomas que en el plano consciente pueden generar sufrimiento y malestar, no se quieren repetir y no se entiende el por qué de esta reproducción, pero desde este entendimiento se puede explorar ese algo que insiste en estos síntomas, en esa repetición que produce un monto de goce, en el plano inconsciente se pone en juego algo del deseo.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] LEIBSON, L. (2014). Para una dialéctica del goce y del cuerpo. VI Congreso Internacional de Investigación y Práctica Profesional en Psicología XXI Jornadas de Investigación Décimo Encuentro de Investigadores en Psicología del MERCOSUR. Facultad de Psicología - Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires. Recuperado de: [Para una dialéctica del goce y del cuerpo \(aacademica.org\)](#)
- [2] GOMEZ, E. (2002). Cuerpo, significante y goce. Desde el Jardín de Freud, (2), 68–79. Recuperado de: <https://revistas.unal.edu.co/index.php/jardin/article/view/11644>
- [3] CHEMAMA, R. y VANDERMERSCH, B. (2004). Diccionario del Psicoanálisis. Buenos Aires: Amorrortu Editores.
- [4] BRAUNSTEIN, N. (2006). El Goce, Un Concepto Lacaniano. Buenos Aires: Siglo XXI.
- [5] RABINOVICH, D. (1992). La experiencia de satisfacción en su articulación con el Más Allá del Principio del Placer en los Seminarios II y VII. En Cosentino J. C. Y Rabinovich D. (1992). Puntuaciones Freudianas De Lacan: Acerca Del Más Allá Del Principio Del Placer. Buenos Aires: Editorial Manantial.
- [6] KAUFMANN, P. (1996). Elementos para una Enciclopedia del Psicoanálisis. Buenos Aires: Paidós.
- [7] MORESCO, M. B. (1995). Real, Simbólico, Imaginario. Una Introducción. Buenos Aires: Lugar Editorial.

PSICOANÁLISIS DE LAS ADICCIONES. APROXIMACIONES A LOS POSICIONAMIENTO TEÓRICOS FREUDIANO Y FREUDOLACANIANO

ESMERALDA LÓPEZ RUIZ

Licenciada en Psicología por la Universidad Veracruzana (UV). Maestra en Psicoterapia de las Adicciones por el Colegio internacional de Educación Superior (CiES).

Recepción: 22 de marzo 2023/ Aceptación: 04 mayo 2023

RESUMEN

Se propone una revisión crítica en torno a la teorización del trastorno por consumo de sustancias desde dos posicionamientos teóricos: el psicoanalítico propuesto por Sigmund Freud y el freudolacanian. En el freudiano la relación del individuo con el consumo de sustancias se ubica en el campo de la sexualidad infantil, en tanto que en el posicionamiento freudolacanian entiende las adicciones como aquello que permite la ruptura con el goce fálico o como un síntoma. La discusión pretende delimitar teóricamente ambos posicionamientos, sosteniendo que el objetivo que orienta y da sentido a su práctica es de carácter ético.

PALABRAS CLAVE: adicción, freudiano, freudolacanian, psicoanálisis, trastorno por consumo de sustancias.

SUMMARY

The present work proposes a critical review of two theoretical positions regarding substance use disorder: on the one hand, the psychoanalytic positioning, as developed by Sigmund Freud; and, on the other hand, a poslacanism positioning. In the first, the relation between individual and substance abuse is located in the childhood's sexuality field; meanwhile, in the latter, addiction is understood as a cause of the rupture with the phallic jouissance, or as a symptom. The discussion aims to theoretically delimit both theoretical positions, arguing that the object that leads and gives meaning to their practice is of an ethical character.

KEY WORDS: Substance use disorder, psychoanalysis, poslacanism, addiction.

RÉSUMÉ

Le présent travail propose une revue critique autour de la théorisation des troubles liés à l'utilisation de substances à partir de deux positionnements théoriques: celui psychanalytique proposé par Sigmund Freud et celui post-lacanien. Dans le positionnement freudien, le rapport de l'individu à la consommation de substances se situe dans le champ de la sexualité infantile, tandis que le positionnement post-lacanien comprend les ajouts comme ce qui permet la rupture avec la jouissance phallique ou comme un symptôme. La discussion vise à délimiter théoriquement les deux positionnements, en soutenant que l'objectif qui guide et donne sens à leur pratique est de nature éthique.

MOTS CLÉS: troubles liés à l'utilisation de substances, post-lacanien, psychanalyse, dépendance.

Mejor pues que renuncie quien no pueda unir a su horizonte la subjetividad de su época. Pues ¿cómo podría hacer de su ser el eje de tantas vidas aquel que no supiese nada de la dialéctica que lo lanza con esas vidas en un movimiento simbólico? Que conozca bien la espira a la que su época lo arrastra en la obra continuada de Babel, y que sepa su función de intérprete en la discordia de los lenguajes. Para las tinieblas del *mundus* alrededor de las cuales se enrolla la torre inmensa, que deje a la visión mística el cuidado de ver elevarse sobre un bosque eterno la serpiente podrida de la vida.

Jacques Lacan, 1953(I)

INTRODUCCIÓN

La articulación que se presenta en este ensayo entre el psicoanálisis y el consumo de sustancias responde a la lógica que describe y explica la adicción en tanto concepto de reflexión desde la perspectiva psicoanalítica.

El posicionamiento freudiano considera al psicoanálisis como un procedimiento útil para indagar en los procesos anímicos, un método de tratamiento terapéutico para las afecciones neuróticas y una serie de concepciones psicológicas encaminadas al posicionamiento de una disciplina científica basada en la teoría de la vida psíquica [1]. Dentro de los pilares básicos se encuentra “el supuesto de que existen procesos anímicos inconscientes; la admisión de la doctrina de la resistencia y de la represión; así como la apreciación de la sexualidad y del complejo de Edipo” (243) [1].

Por otro lado, el *freudolacanismo* consiste en la operación de convertir la teoría de Lacan en una continuación de aquella planteada por Sigmund Freud. Se pone de manifiesto una concepción evolucionista en este planteamiento, en donde, de cierto modo, se presupone un avance desarrollista y adaptativo de los conceptos freudianos a lo que en su momento se conoció como giro lingüístico; es decir, que el posicionamiento freudolacaniano hace uso indiscriminado de términos propuestos por Lacan y Freud en sus respectivas teorías.

En cuanto al término *adicción*, es usado habitualmente para describir los problemas relacionados con el consumo frecuente y abuso de una o varias sustancias, sin embargo, en 1964 la Organización Mundial de la Salud [2] introdujo el término “dependencia” para sustituir al de *adicción* y *habituación* utilizados hasta ese momento. Más adelante, en la versión actualizada del Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales (DSM-5) la palabra *adicción* ya no es utilizada como término diagnóstico debido a la ambigüedad de su definición, y en su lugar la *American Psychological Association* (APA) en el 2014 introduce la expresión “trastorno por consumo de sustancias para describir desde un estado leve a uno grave de consumo compulsivo y continuamente recidivante” (257) [3].

El estudio del fenómeno del consumo de sustancias implica el entrecruzamiento de diversas disciplinas científicas como la psiquiatría y la psicología. En este sentido, la disputa entre el razonamiento psiquiátrico y la teoría psicoanalítica es constante. Por un lado, la psiquiatría diagnóstica trastornos ubicándolos en los pacientes consumidores basándose en los criterios oficiales de clasificación. La APA [3] menciona que “el clínico debe aplicar el código que corresponda a la clase de sustancia y además anotar el nombre de la sustancia específica” (254) [3] para elaborar un esquema de tratamiento y/o posible pronóstico. Mientras que en el psicoanálisis se tiende a no considerar el diagnóstico en función de los síntomas ni de la particularidad de la sustancia que se consume, en su lu-

gar se trabaja a partir de estructuras clínicas que permiten pensar al sujeto y sus dinámicas, así como la posible dirección del tratamiento psicoanalítico.

En la revisión teórica psicoanalítica en torno al consumo de sustancias, se encuentran diversos planteamientos que intentan determinar los factores etiológicos, así como el funcionamiento estructural y del individuo. Sin embargo, para poder entender la lógica y los argumentos de estos planteamientos se parte de uno de los temas más importantes a problematizar en psicoanálisis: la cuestión del origen del sujeto.

Una de las principales diferencias entre la enseñanza de Sigmund Freud y la de Jacques Lacan es que el posicionamiento freudiano es evolucionista, es decir, se fundamenta en que el comienzo es a partir de algo tangible y que se desarrollará hasta la madurez, por ejemplo: se puede considerar al cuerpo biológico en la dimensión particular, mientras que en la social se encuentra la horda primitiva. Por otro lado, con Lacan se piensa el origen del sujeto desde el planteamiento creacionista ex nihilo —a partir de la nada— y que sostiene que hay un solo principio [4].

La finalidad de este trabajo es abordar el problema del consumo de sustancias a partir de una discusión teórica que permita diferenciar ambos posicionamientos psicoanalíticos, sosteniendo que el objetivo que orienta y da sentido a su práctica es de carácter ético(II).

POSICIONAMIENTO FREUDIANO

Si bien Sigmund Freud no realizó un trabajo específico en torno al consumo de sustancias, sí existen algunas referencias al respecto que nos permiten dilucidar las formulaciones sobre este tema.

En 1884 Freud comienza a interesarse por las propiedades y efectos de la cocaína, esto lo lleva a realizar investigaciones médicas experimentales sobre las aplicaciones en los individuos. En la carta del 17 de mayo de 1885 se relata lo siguiente: “tenía dolor de cabeza (...) tomé algo de cocaína y mi dolor desapareció en el acto” (124) [6]. Este consumo era regular en pequeñas dosis para aliviar la depresión y la indigestión, asimismo, la ofrecía para proporcionar “fuerza” y “salud”.

Freud [6] planteaba la eficacia del cloruro de cocaína utilizado terapéuticamente contra las afecciones dolorosas orgánicas debido a sus propiedades anestésicas, pero también la consideraba apta para su uso en los cuerpos sanos ya que su efecto estimulante brindaba sensaciones de bienestar, optimismo, ligereza y potencializaba el esfuerzo intelectual.

Esto propició que sostuviera la concepción de la cocaína como una opción efectiva de tratamiento a la morfinomanía, mismo que empleó con su amigo Fleischl-Marxow con el propósito de ayudarlo a menguar el dolor y el consumo de morfina. No obstante, en ese mismo año, Fleischl sufre una psicosis tóxica; alucinaba con “chinchas de la cocaína” arrastrándose por su cuerpo. En este momento ya comenzaban las críticas de la comunidad científica a las opiniones de Freud, quien no tardó en publicar *Notas sobre el ansia de cocaína y el miedo a la cocaína* en el que se retracta de su anterior posición frente al carácter inofensivo del consumo de la sustancia [7].

A pesar de lo ocurrido, estas ideas serán un parteaguas que determinará la dirección de las pocas menciones que Freud va a hacer a lo largo de su obra sobre la función de las sustancias tóxicas: evitar el dolor. Es decir, él concibió que el uso de la droga es una acción contra el dolor para cancelarlo y no como una solución a su causa. No obstante, aunque Freud siga hablando de “dolor” lo hará de un modo figurado con respecto a esa primera acepción del dolor como afección dolorosa-orgánica; y, para referirse a la economía de los procesos psíquicos, empleará con más frecuencia el término “sufrimiento”(III).

Otro principio importante para pensar el funcionamiento psíquico es que Freud considera que el mundo exterior “proporciona las frecuentes, múltiples e inevitables sensaciones de dolor y displacer que el principio de placer, amo irrestricto, ordena cancelar y evitar” (68) [7]. Es decir, desde el inicio de la vida psíquica la tendencia es evitar el displacer, no obstante, este principio se ve dañado con la aparición de estímulos endógenos (y posteriormente exógenos) ante los cuales el organismo debe recurrir al mundo exterior para cesarlos.

Siguiendo esta idea, entonces, se considera que en una etapa del desarrollo psico-evolutivo surge una tendencia del yo a rechazar todo lo que sea considerado fuente de displacer —ubicada fuera de uno mismo—, es decir, se concibe al exterior como amenazante. Sin embargo, con esta capacidad de distinguir un adentro (yo) y un afuera (no yo), se da el primer paso para instaurar el principio de realidad, indispensable para el desarrollo posterior.

Este planteamiento supone que el sufrimiento amenaza al ser humano por tres lados, a saber:

Desde el cuerpo propio, que, destinado a la ruina y la disolución, no puede prescindir del dolor y la angustia como señales de alarma; desde el mundo

exterior, que puede abatir sus furias sobre nosotros con fuerzas hiperpotentes, despiadadas, destructoras; por fin, desde los vínculos con otros seres humanos (76) [7].

Entonces, bajo la presión de estas posibilidades de sufrimiento, Freud da por entendido el por qué los seres humanos tienen esas exigencias de satisfacción —un proceso similar por el cual el principio de placer fue transformado bajo la influencia del mundo exterior, al principio de realidad—. Ante esta concepción del mundo exterior como fuente constante generadora de sufrimiento, supone que la felicidad del ser humano se basa en el mero hecho de haber escapado a la desgracia o de haber sobrevivido al sufrimiento.

En este mismo orden de ideas, Freud asevera que “la vida, como nos es impuesta, resulta gravosa: nos trae hartos dolores, desengaños, tareas insolubles. Para soportarla, no podemos prescindir de calmantes” (75) [7]. Menciona diferentes métodos que sirven de remedios al dolor de existir, cuyo principal propósito es la evitación del displacer: 1) poderosas distracciones, que hagan valuar un poco la miseria del ser humano, 2) satisfacciones sustitutivas, que reduzcan esa desdicha, y 3) sustancias embriagadoras que generen insensibilidad ante éstas.

Freud, con esto, declara que el “más crudo, pero también el más efectivo de los métodos destinados a producir modificación, es el químico: la intoxicación” (77) [7]. Le siguen otras formas de consolación más “nobles” y más “elevadas” para eludir la frustración del mundo exterior. Un gran representante de estas maneras es la sublimación de los instintos que tendrá un resultado óptimo si se sabe acrecentar el placer del trabajo psíquico e intelectual, por ejemplo: actividades científicas, artísticas e ideológicas.

Ahora bien, es menester mencionar que las primeras ideas sobre la relación del individuo con las drogas surgen en el campo de la sexualidad infantil. Freud escribe que se le ha “abierto la intelección de que la masturbación es el único gran hábito que cabe designar ‘adicción primordial’, y las otras adicciones sólo cobran vida como sustitutos y relevos de aquélla” (314) [8], puntualizando el alcoholismo, el morfinismo, el tabaquismo. Y se interroga si esa adicción es curable o si el análisis se enfrenta a una limitante, ante la cual deba conformarse con mudar de una histeria a una neurastenia.

Lo anterior supone que en los estratos de lo sexual hay una evolución “normal” del autoerotismo (considerada la etapa más inferior y primitiva) al aloerotismo (la etapa más evolucionada, ya sea homo o heteroerotismo). En el pasaje evolutivo del estrato autoerótico al aloerótico hay un estadio intermedio conocido como “narcisismo” el cual consiste en la

constitución del objeto [9]. Este proceso inicia tomando al yo como primer objeto libidinal para evolucionar en un tipo de elección del objeto amoroso [10]. Este pasaje se puede ejemplificar de la siguiente manera: no existo-existo-existe el otro.

El autoerotismo aparece en la primacía de la zona erógena oral donde el niño chupeteador busca en su cuerpo una zona para succionarlo con fruición, pero, así como sucede en el caso del chupeteo, cualquier otra parte del cuerpo puede ser dotado de excitabilidad y elevarse a la condición de zona erógena. Una de estas zonas es la genital que, por la anatomía, las secreciones o el manejo del cuerpo en el cuidado personal generan sensaciones placenteras que el infante buscará revivirlas.

Freud [11] divide a la masturbación infantil en tres fases: la primera corresponde al periodo de lactancia; la segunda al breve florecimiento de la práctica sexual y la tercera al onanismo de la pubertad. Con esto se plantea que en un primer momento la pulsión no está dirigida hacia otra persona, se satisface en el propio cuerpo a través del acto mecánico. Es decir, que esa primera adicción —la masturbación— está en íntima relación con la pulsión autoerótica. El onanismo del lactante dura un breve lapso, pero si no hay interrupción que la detenga puede constituir una gran desviación en el desarrollo; en un segundo momento, después del periodo de lactancia, la pulsión sexual se activa de nuevo en la zona genital y se manifiesta, según Freud, como “un estímulo condicionado centralmente a una satisfacción onanista o como un proceso del tipo de una polución de manera análoga a la polución en la época de madurez” (172) [12], y se mantendrá hasta que sea sofocada. En el tercer momento se encuentra el onanismo en la pubertad que, a diferencia de las dos fases anteriores, éste va acompañado de la fantasía, es decir, la masturbación se compone de la fusión de dos partes: al tocamiento se le agrega el trabajo psíquico que implica la fantasía, dando como resultado que el individuo pueda excitarse por la vía del representante.

Esto quiere decir que la práctica sexual infantil —sea espontánea o provocada— marca la dirección que seguirá la vida sexual tras la madurez, es decir, estas influencias sexuales tendrán una importante posición en la etiología de las neurosis [12]. Por consiguiente, para que haya un síntoma debe existir una evolución en el desarrollo infantil; es indispensable el desplazamiento de la masturbación mecánica-autoerótica a la aloerótica, donde se reconozca la existencia de otro externo que habilite la fantasía [13]. Esto permite ubicar en dos diferentes etapas a la masturbación autoerótica y al síntoma. De modo que, si la adicción es un sustituto de la masturbación infantil autoerótica y meramente mecánica, entonces se contrapone al síntoma desde la propuesta freudiana.

En resumen, desde la teoría freudiana el problema del consumo de sustancias se podría plantear como una resolución no adecuada de la primera fase de la masturbación infantil, dando como resultado una desviación respecto del desarrollo que se espera del ser humano en la cultura.

POSICIONAMIENTO FREUDOLACANIANO

El término *freudolacanismo* es ubicable por primera vez —pero no desarrollado— con Oscar Masotta en el Acta de fundación de la Escuela Freudiana de Buenos Aires, firmada en 1974, ahí hace referencia al estudio de la historia de la teoría propuesta por Freud y Lacan [14].

Por otro lado, Jean Allouch ubica cuatro principales diferencias teóricas entre Freud y Lacan, a saber, 1) Lacan trabaja la psicosis, mientras que en Freud no hay un desarrollo teórico al respecto, 2) sí hay un retorno de Lacan a Freud, no obstante, éste responde a lo que falta en la obra freudiana, 3) Lacan introduce el concepto “objeto pequeño *a*”, y 4) el nudo borromeo sustentado en los tres registros: real, simbólico e imaginario (RSI), a diferencia del aparato psíquico propuesto por Sigmund Freud con su modelo tópico, dinámico y económico [15].

En esa misma línea, Alfredo Eidelsztein designa como freudolacanismo “al estado actual de las concepciones de la comunidad psicoanalítica (...) que se afianzan en una teoría de la formación del analista proponiéndole: 1) la acumulación de experiencias personales, tanto para el paciente como para el practicante como fuente principal de saber; 2) sostener el psicoanálisis en posición de extraterritorialidad científica; 3) orientarse hacia el pasado a partir del “retorno a Freud” y/o a Lacan (...); y 4) trabajar denodadamente para fundir y disolver toda la novedad del modelo teórico de Lacan en las enseñanzas de Freud” (s/p) [16].

Es decir, la variedad de teorías relacionadas a Freud habilita que quienes estudian psicoanálisis se enfrenten a la dificultad de distinguir entre las diferentes teorías ofertadas y en la elección al ejecutar la práctica clínica. Lo que generalmente conlleva a una mezcla de propuestas teóricas entre diferentes autores —se viene diciendo que a esta amalgama entre la investigación de Freud y Lacan se le conoce como *freudolacanismo*—.

En este posicionamiento es donde más se encuentra información respecto al consumo de sustancias, que va desde autores que propiamente no lo han abordado pero que han propuesto interrogantes al respecto, por lo cual suelen recuperarse debido al andamiaje

teórico trasvasado en los análisis contemporáneos, y sus ideas sustentan a los autores que sí desarrollan el tema.

Dentro del primer grupo se puede ubicar a Donald Winnicott [17] quien menciona que la adicción se puede pensar como un posible resultado de una inadecuada tramitación de los fenómenos transicionales, perjudicando el normal progreso a las relaciones de objeto maduras. Por otro lado, si bien Lacan no hace ninguna propuesta teórica para pensar las adicciones, sí menciona que “no hay ninguna otra definición de la droga que ésta: es lo que permite romper el casamiento con la cosita de hacer pipí.” (51) [18].

En el segundo grupo se encuentran autores reconocidos como Sylvie Le Poulichet [19], quien aborda la dependencia a una sustancia desde cinco factores: el fisiológico, el contexto socioeconómico, el cultural y el psicológico. Respecto a este último, plantea a la adicción como una “operación *farmakon*”, es decir, la droga funciona como remedio y veneno a la vez, habilitando la sustancialización de lo psíquico. Entiende que en algunos casos la sustancia funge como una suplencia en respuesta a la ausencia de la inscripción del nombre del padre, es decir, como anudación de los 3 registros. Lo que conlleva a que el intoxicado tenga dificultad para significar, colocándolo en el campo de lo real y obnubilando la posibilidad de fungir un rol en una “relación de objeto”. El sujeto parece capturado en un goce “auto-erótico” que le ofrece independencia del mundo exterior, de sus propias necesidades y de sus objetos de amor. Por consiguiente, el abandono de una droga en los toxicómanos lo asocia con una catástrofe narcisista al percibir el “exterior” como una amenaza constante. Prueba de ello es la queja en la abstinencia: los sujetos en proceso de recuperación describen sentir que algo les hace falta, viven la experiencia de haber perdido algo y esta sensación les genera dolor.

Por otro lado, Néstor Braunstein sostiene que el uso del alcohol y de las demás drogas configura una “conducta” y no una estructura clínica. De modo que se plantea a la adicción como una elección subjetiva de la que el individuo es responsable. Explica que en la toxicomanía el goce fálico es “sustituido” por el goce auto-erótico, es decir, no hay necesidad del Otro. En otras palabras, la droga al carecer de valor fálico no es sustitutivo del objeto sexual, sino de la sexualidad misma, “es un modo de apartarse de las coacciones relacionales impuestas por el falo” (280) [20]. La función de la droga, a decir de Braunstein, permite al individuo consumidor una vía de acceso privilegiada y directa hacia el goce, como un modo de impugnar la exigencia del Otro y de la cultura, que impone renunciar a éste. Se considera que el individuo, al administrarse la sustancia, está buscando la conexión directa sin pasar por la aquiescencia del cuerpo del otro. Con esto se ubi-

ca a la adicción como una operación opuesta (intento de separación) a la alienación del Otro, produciendo una ruptura del lazo entre el sujeto y el discurso, es decir, hay un apartamiento de la función del discurso: *a-dicción* (sin palabra).

De manera semejante, Héctor López [21], afirma que la adicción y el consumo de sustancias tóxicas son dos problemáticas distintas: 1) la adicción no siempre es a una sustancia química; y 2) el consumo de éstas no implica invariablemente una adicción. Considera que no es suficiente la particularidad química de un objeto para adquirir una propiedad adictiva, sino que es necesario el desplazamiento del significante mediante el cual la sustancia pase a ocupar un lugar en el deseo del sujeto, es decir, es una operación inconsciente. En este sentido, propone que desde el psicoanálisis no se define al sujeto por la adicción sino por su estructura inconsciente, partiendo del supuesto de que la droga es un efecto y no una causa.

El autor explica que la conducta adictiva tiene origen en la castración generando en los individuos dos maneras distintas de responder ante ello: algunos rechazan la pérdida e insisten en gozar, mientras que otros sortean “el dolor de existir” haciendo uso de subterfugios, en este último ubica a los agentes tóxicos. En tal sentido, la intoxicación con sustancias es un intento del sujeto de cancelar con urgencia el dolor del trauma pulsional. Dicho de otro modo, cuando el sujeto experimenta lo traumático de la ruptura de las defensas y se enfrenta a la invasión de lo real del goce, opta por lo que considera el medio más rápido y eficaz contra el dolor que le provoca: la sustancia adictógena. Esta urgencia es uno de los elementos clínicos que permiten diferenciar entre el mecanismo adictivo y el neurótico: mientras el neurótico a través de la demanda tolera la desviación que va al Otro, el adicto toma un atajo haciendo uso de la cancelación tóxica. En resumen, el neurótico demanda (habla/se queja), mientras el adicto se intoxica (acción cancelatoria).

La cancelación del dolor a partir del uso de sustancias tóxicas funge como punto de articulación de dos cometidos: en el primero se encuentra la función defensiva supresora que tiene como fin cancelar el dolor, y en el segundo se trata de la restitución funcional cuyo destino es activar la fantasía en un intento de ligadura que transpone el goce pulsional en lo placentero del fantasma.

Para el autor, la conducta adictiva representa una “voluntad de goce” que requiere un mínimo de trabajo psíquico, ya que se encuentra reducido a la actividad placentera de un fantasear casi automático, y cuyo objetivo es proteger al sujeto de otro goce más radical. Entonces, “se trata, pensamos, de la necesidad de la intoxicación como *acting out* de la dificultad para establecer la transferencia (...)” (146-147) [21], esto representa una de las

mayores dificultades para el establecimiento de la transferencia, y por lo tanto hacia el trabajo clínico.

Por último, José Antonio Rodríguez Piedrabuena [22] plantea que la adicción o la toxicomanía es una consecuencia de conflictos no resueltos que permanecen reprimidos y excluidos de la vivencia del individuo adicto. En otras palabras, son el producto de la relación perturbada entre los sistemas de organización interna de la mente. Es decir, la adicción es una formación de compromiso, esencialmente un síntoma psicoanalítico. El autor coloca a la adicción grave como manifestación de una tentativa de vivir, pero donde la “solución” va en sentido contrario.

Para Rodríguez, la etiología de las adicciones es ubicable en la etapa oral, entendida como una relación afectiva compleja en correspondencia a la necesidad de los otros. Es decir, las relaciones de los individuos adictos suelen caracterizarse por un sadismo verbal reprimido, voraz y ansioso. Siguiendo su planteamiento sobre el funcionamiento psíquico de la adicción, agrega que ésta responde a una maniobra inconsciente que hace el individuo consumidor para dotar a la sustancia de cualidades extraordinarias —curativas, sanadoras, salvadoras—, es decir, hace los cambios necesarios para que la droga se adapte a sus necesidades, agregándole atributos que, en sí misma, no tiene. Para ello es necesario la intervención de un mecanismo de defensa: la identificación proyectiva. Con este mecanismo logra sacar de sí mismo las cualidades formidables y las deposita en el objeto, convirtiéndolo en algo extremadamente necesario, con lo cual la dependencia, que aparece como de algo exterior, sería en realidad algo que previamente estuvo en su psiquismo.

De modo que siempre detrás de una adicción grave se encuentra una pérdida real o simbólica destituida de la conciencia, y que mediante la droga se pretende recuperar ese objeto perdido. Es decir, que el objeto ideal-tóxico de la adicción es sólo el representante de algo que existió en etapas primitivas del desarrollo que luego se perdió y ahora pertenece al orden de lo irrepresentable (inefable).

Si bien Rodríguez se centra en el desarrollo del tema sobre la adicción grave, no omite mencionar que existe otro grupo de personas “normales” que hacen uso de la droga para procurarse satisfacción e intentar controlar su “núcleo primitivo”, ellos comparten la característica de pasar desapercibidos, por lo cual no son catalogados como adictos. No obstante, en ambos casos considera que la mente de los consumidores se encuentra funcionando en nivel arcaico, lo que genera que las relaciones que establecen sean extremadamente idealizadas.

En suma, es posible observar que, en esta propuesta psicoanalítica, los autores oscilan entre dos maneras de pensar la adicción: 1) entender a la adicción como un intento de reparar una falla de la primera infancia, previa a la constitución de la dimensión simbólica del falo; y 2) pensarla como aquello que permite la ruptura con el goce fálico, asumiendo que previamente se estableció una ligazón con el falo.

En el primer grupo están los autores que no categorizan a la adicción en una estructura psíquica, pero sí consideran que existe una condición pre-mórbida que favorece el desarrollo de la adicción, aunque no la determina. En tal sentido, piensan que la masturbación autoerótica es la “adicción primordial”, y las otras adicciones sólo representan sustitutos de ella. Es decir, se plantea que las adicciones vienen al lugar de la masturbación como manifestación del autoerotismo. De este modo, la adicción, al sostener una satisfacción onanista ocupa el lugar de un subterfugio para evitar el abordaje al cuerpo del otro. Con ello se vuelve de nuevo al planteamiento freudiano donde se considera que el tóxico es el método más tosco, pero también el más eficaz al que se recurre con el fin de evitar el sufrimiento.

En el segundo grupo, se explica la conducta adictiva a partir de la ruptura con el falo o como un síntoma. Esta propuesta da lugar a entender la adicción como una elección de la cual el sujeto (individuo) es siempre responsable, o como una estrategia empleada para sortear la dificultad de establecer una relación con el enigma del deseo del Otro —el sujeto adicto se sustrae del lazo con el Otro—.

No obstante, estas dos maneras de pensar la adicción sostienen la idea de que la intoxicación por drogas es equivalente a una experiencia de goce, ya sea en su cualidad de auto-erótico, fálico o inefable (obnubilando la dimensión simbólica de la palabra) y que los efectos de esta vivencia se convierten en adicción. El goce se piensa siempre en el cuerpo, sea éste fálico o no, sustentado en el supuesto de que la pulsión parte de una fuente y se satisface en ésta. Dicho de otra manera, no es que la pulsión se satisfaga en un objeto, sino que bordea al objeto y se satisface en el propio cuerpo.

CONCLUSIÓN

Dicho todo lo anterior, queda claro que la manera de plantear el tema de las adicciones no fue la misma en la teoría freudiana respecto a las propuestas contemporáneas, no obstante, al ser las primeras reflexiones teóricas, representan la base sobre la cual los actuales psicoanalistas orientan un posible tratamiento al problema del consumo de sustancias.

Los aportes de Sigmund Freud, en torno a la creación del psicoanálisis, abonaron al desarrollo de la biología y la psicología, permitiendo que las teorías psicológicas/psicoanalíticas y la biología de la enfermedad mental coexistan. Partiendo de aquí, si se sostiene que la base del consumo de sustancias está apuntalada en la propuesta biologicista y se explica a partir del desarrollo psicoevolutivo, entonces, el psicoanálisis es inviable dado que las neurociencias tienen mayor investigación y recursos de tratamiento en este tema. Esto quiere decir que para la neurobiología moderna y la psiquiatría la parte fundamental del ser humano es la sustancia biológica: el cerebro, el sistema nervioso, la genética, etc. Así las cosas, el sujeto se pone de presente en tanto epifenómeno del cuerpo biológico.

Por otro lado, el posicionamiento conceptual del freudolacanismo, que encuentra su potencia teórica en la enseñanza de Lacan como una interpretación de la obra de Freud, trabaja bajo la idea de que el bebé humano es sumergido en un orden simbólico como parte de su constitución subjetiva, sin embargo, para este posicionamiento el lenguaje no alcanza a simbolizar todo lo real y se propone que eso produce el sufrimiento subjetivo. Ocurre algo semejante a la posición Freudiana, donde el inconsciente y la subjetividad están ubicados dentro del individuo. Lo anterior da como resultado, entonces, que el individuo debe moralmente hacerse cargo de todo aquello que goza, piensa, desea o actúa y, especialmente, de lo que se queja. Esto corresponde con el ideal social postmoderno: hacerse responsable de uno mismo.

En este orden de ideas, epistemológicamente y contrario a Freud, el planteamiento de Lacan se caracteriza por ser anti-ontológica e insustancialista, donde el *sujeto* no tiene nada que ver con lo subjetivo de una persona ni con lo individual, sino que es efecto de la articulación significativa entre S_1 - S_2 . Es decir, en este posicionamiento no se trabaja con individuos, sino con *subject* (material significativo), porque sostiene que no hay *sujeto* sin Otro. Esto da como resultado que, para la teoría propuesta por Lacan, la dirección va en el sentido de pensar los problemas con la lógica del significativo.

Tanto la teoría de Freud y como la de Lacan, así como las direcciones de la cura, son diferenciables entre ellas. En términos generales, para Freud se trata de un rodeo de la satisfacción pulsional respecto de la realidad y el fin del análisis es hacer consciente lo inconsciente; mientras que para Lacan se trata de un acto significativo creador que producirá un nuevo sujeto.

En este sentido —recuperando el epígrafe que abrió este ensayo—, el psicoanalista debe articular al horizonte de comprensión la subjetividad de su época, para así cumplir la función de ser el eje en torno al cual giran la vida de sus analizantes en una operación significativa (psicoanalista-psicoanalizante); del mismo modo, el psicoanalista oficia de interprete en la estructura del lenguaje, y para ello, debe dejar a la mística lo inefable, lo infinito y lo antirracional.

Finamente, cabe decir que los psicoanalistas son siempre responsables de cómo se piensa al sujeto (*subject*), de tal manera que es importante y necesaria la discusión teórica que propicie la posición ética, pues ésta orienta y da sentido a la práctica psicoanalítica, teniendo en cuenta que los distintos posicionamientos conceptuales engendran diferentes direcciones de la cura en un mismo material de caso.

NOTAS

- (I) El epígrafe corresponde a los *Escritos 1* (Editorial Siglo XXI, 1989) de Jacques Lacan, con traducción de Tomás Segovia.
- (II) La ética aquí es concebida como parte de un campo del saber donde la epistemología orienta su operatividad entre términos teóricos y conceptuales. Dicho a la manera de Jean Allouch, se trata, en última instancia, de “una elección a operar”.
- (III) Cabe mencionar que para Freud “todo sufrimiento es sólo sensación, no subsiste sino mientras lo sentimos, y sólo lo sentimos a consecuencia de ciertos dispositivos de nuestro organismo” (77) [7].

BIBLIOGRAFÍA

- [1] FREUD, S. (1923). Psicoanálisis. En: Freud, S. Obras completas. Tomo XVIII. Más allá del principio de placer Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras. España: Amorrortu, 1984.
- [2] ORGANIZACIÓN MUNDIAL DE LA SALUD. (1994). Glosario de términos de alcohol y drogas. World Health Organization. Disponible en: https://www.who.int/substance_abuse/terminology/lexicon_alcohol_drugs_spanish.pdf
- [3] American Psychiatric Association. (2014). Guía de consulta de los criterios de diagnósticos del DSM V. American Psychiatric Publishing.
- [4] EIDELSZTEIN, A. (2012) El origen del sujeto en psicoanálisis. Del *Big Bang* del lenguaje y el discurso en la causación del sujeto. *El rey está desnudo* [Revista electrónica]. (5), 7-64. Fecha de consulta: 2022-01-16. Disponible en: <https://www.eidelszteinalfredo.com.ar/wp-content/uploads/2017/03/El-Rey-está-desnudo-Nº-5.pdf>
- [5] FREUD, S. (1885). Cartas de amor. México: Ediciones Coyoacán, 1995.

- [6] FREUD, S. (1884). Über coca. En: Freud, S. Escritos sobre la cocaína. España: Amorrortu, 1980.
- [7] FREUD, S. (1930). El malestar en la cultura. En: Freud, S. Obras completas. Tomo XXI. El porvenir de una ilusión, el malestar en la cultura y otras obras. 2ª edición, Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1986.
- [8] FREUD, S. (1985). Carta 79. En Obras completas. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos de la vida de Freud Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1976
- [9] FREUD, S. (1899). Carta 125. En Obras completas. Publicaciones prepsicoanalíticas y manuscritos inéditos de la vida de Freud Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1976.
- [10] FREUD, S. (1917). 26ª conferencia. La teoría de la libido y el narcisismo. En Obras completas. Conferencias de introducción al psicoanálisis. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1985.
- [11] FREUD, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En Obras completas. Fragmento de un análisis de histeria (Dora), tres ensayos de teoría sexual y otras obras. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1978.
- [12] FREUD, S. (1910). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En Obras completas. Cinco conferencias sobre psicoanálisis, un recuerdo infantil de da Vinci y otras obras Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1976.
- [13] FREUD, S. (1908). Fantasías histéricas y su relación con la bisexualidad. En Obras completas. Delirios y los sueños en la «Gradiva» de W. Jensen y otras obras. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1986
- [14] MASSOTA, M. (1976). Ensayos lacanianos. Barcelona: Anagrama
- [15] ALLOUCH, J. (2002-07-15). Algunos problemas venidos de Lacan. *Acheronta* [Revista electrónica], (15). Disponible en: <https://www.acheronta.org/acheronta15/ornicar.htm>
- [16] BONORIS, B. (2019). El nacimiento del sujeto del inconsciente. Buenos Aires, Argentina: Letra viva
- [17] WINNICOTT, D. (1971). Realidad y juego. Barcelona: Gedisa, 1996.
- [18] LACAN, J. (1975). Jornada de los carteles en la escuela freudiana de Paris. (18) Disponible en: http://www.escuelafreudiana-arg.org/uploads/carteles_textos/3838ece87a0-c37811bbc6286725ec50f30c79582.pdf
- [19] LE POULICHET, S. (1987) Toxicomanías y psicoanálisis. La narcosis del deseo. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu, 1990.
- [20] BRAUNSTEIN, N. (1990) El goce: un concepto laciano. Buenos Aires: Siglo XXI, 2006.

[20] LÓPEZ, H. (2003). Las adicciones. Sus fundamentos clínicos. Buenos Aires: Editorial lazos.

[22] RODRIGUEZ, J. (1996) ¿Por qué nos drogamos? Del poder y otras adicciones. Estudio psicoanalítico. Madrid: Biblioteca nueva, 2010.

ALGUNAS REFLEXIONES SOBRE LA IMPORTANCIA DE LOS RITOS FUNERARIOS EN LA SUBJETIVIDAD

MARÍA FERNANDA SÁNCHEZ SANZ

Licenciada en Psicología, egresada de la Universidad del Desarrollo Empresarial y Pedagógico. Maestranda en Psicoterapia Psicoanalítica en el CiES.

Recepción: 22 de marzo 2023/ Aceptación: 04 mayo 2023

RESUMEN

El presente trabajo aborda la influencia de los ritos funerarios en la subjetividad, particularmente con relación al proceso de duelo de la muerte de un ser querido. Se intenta reflexionar sobre la importancia de realizar algún rito funerario como despedida, como una de las formas de asimilar la pérdida, aceptarla, simbolizarla, pero también, como una manera de protección para tomar distancia con la muerte, aquella a la que se le desconoce y tanto se le teme.

Se resalta, cómo la ausencia de ritos funerarios puede dificultar la elaboración del duelo, más aún, puede provocar que el duelo se patologice. Para muestra de lo anterior, se plantea como ejemplo, a la pandemia por COVID 19, siendo que dicho evento global impidió llevar a cabo los ritos funerarios, obstaculizando la despedida de los seres queridos, así como, los procesos involucrados para dar certeza a la muerte, lo que de algún modo puede movilizar en los sujetos el miedo a la muerte propia, culpa y negación.

PALABRAS CLAVE: COVID 19, duelo, despedida, muerte, ritos funerarios, subjetividad.

SUMMARY

This paper addresses the influence of funeral rites on subjectivity, particularly in relation to the mourning process for the death of a loved one. We try to reflect on the importance of carrying out a funeral rite as a farewell, as one of the ways to assimilate the loss, accept it, symbolize it, but also, as a way of protection to distance ourselves from death, which is unknown and it is so feared.

It is highlighted how the absence of funeral rites can hinder the grieving process, even more, it can cause the grieving to become pathologised. As an example of the above, the COVID 19 pandemic is proposed as an example, since such global event prevented carrying out the funeral rites, hindering the farewell of loved ones, as well as the processes involved to give certainty to death, which somehow can mobilize in the subjects the fear of their own death, guilt and denial.

KEY WORDS: funeral rites, mourning, COVID 19, subjectivity, death, farewell.

RÉSUMÉ

Cet article aborde l'influence des rites funéraires sur la subjectivité, notamment en relation avec le processus de deuil suite à la mort d'un proche. Nous essayons de réfléchir sur l'importance d'accomplir un rite funéraire comme un adieu, comme l'une des façons d'assimiler la perte, de l'accepter, de la symboliser, mais aussi, comme une façon de se protéger pour s'éloigner de la mort, celle qui est inconnue et elle est tellement redoutée.

Il est mis en évidence comment l'absence de rites funéraires peut entraver l'élaboration du duel, voire le rendre pathologisé. À titre d'exemple de ce qui précède, la pandémie COVID 19 est proposée à titre d'exemple, puisque ledit événement mondial a empêché l'exécution des rites funéraires, entravant l'adieu des êtres chers, ainsi que les processus impliqués pour donner une certitude à la mort, ce qui en quelque sorte peuvent mobiliser chez les sujets la peur de leur propre mort, leur culpabilité et leur déni.

MOTS CLÉS: rites funéraires, deuil, COVID 19, subjectivité, mort, adieu.

INTRODUCCIÓN

El duelo suele pensarse como un proceso que forzosamente pasa una persona al vivir una pérdida, mismo que puede tener una duración específica; pero esto no necesariamente es así, el duelo puede incluso intentar evitarse o dificultarse, o sea, volverse patológico. De ahí que, lo que se busca abordar en el presente trabajo es, cómo influye la realización o falta de los ritos funerarios en la subjetividad en relación al duelo, para que éste pueda o no superarse.

Freud en 1914, describe “El duelo es la reacción frente a la pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces, como la patria, la libertad, un ideal, etc.” (241) [1], ante esta pérdida se comienza a retirar la libido de todo aquello que esté relacionado con ese objeto perdido. Y esa pérdida, como lo señala Allouch “no es sólo perder a alguien, es perder a alguien perdiendo un trozo de sí” [2].

Ahora bien, los ritos funerarios pueden ayudar a transitar el duelo ante la pérdida de un objeto amado, por lo que, al existir un cambio o ausencia del rito, surge la pregunta: ¿Esto puede provocar un impacto en la subjetividad que dificulte el proceso de duelo?

Para responder lo anterior, se considera relevante conocer la historia de los ritos funerarios, y con ello, distinguir los cambios que han ido surgiendo a lo largo de las distintas épocas.

Alcira Mariam [3], en relación a las costumbres menciona: “Los ritos funerarios muestran la gran preocupación por deshacerse de los muertos, para asegurarse de que el <<fantasma>> del muerto no retorne a vengarse o a molestar a los vivos”, (23). Si retomamos esta idea, nos podemos dar cuenta de todo lo que se pone en juego al llevar a cabo algún rito funerario, quizá; disminuir culpas, pedir perdón, remover aquellas emociones relacionadas con el muerto que no se tenían presentes, o bien, sentir que se está perdiendo algo propio con ese fallecimiento.

Como sabemos, durante la pandemia del COVID-19, las muertes de las personas se tuvieron que transitar con la ausencia de los ritos funerarios, que incluso en muchas ocasiones no se pudo ni presenciar el sepultamiento del ser querido. La ausencia de velatorios, misas, rosarios, etc., estuvieron a la orden del día. A su vez, el acompañamiento a las personas dolientes se tuvo que cancelar; familiares y amigos cercanos no pudieron reunirse a compartir la pena del fallecimiento. Poco a poco se tuvo la necesidad de modificar los rituales funerarios y se comenzaron a realizar ceremonias en línea en algunos casos. Aun así, con el consuelo que estos cambios pudieron aportar, la distancia con la que se vivió el rito, pudo provocar mayor negación de la pérdida, y menos comprensión, en tanto es de esperarse, que una forma diferente de comenzar a vivir el duelo a como era en antaño, genere efectos en la subjetividad.

Es así que, la importancia de este trabajo es analizar el posible impacto en la subjetividad del sujeto en el proceso de duelo por el cambio en los ritos funerarios. Con esto, se tiene la intención de aportar a la clínica psicoanalítica, información que ayude en la comprensión de conflictos que puedan devenir en torno a este tema.

DESARROLLO

No se vive por siempre

El sujeto no ve la muerte como algo que le sucederá a él, sino como algo ajeno, pensando sólo en la en la muerte, como algo del otro, además se suele pensar que la muerte está ligada a una edad avanzada, porque así se ve lejana, ajena y probablemente sea un intento de control.

Probablemente la mayoría de las personas no piensan en la posibilidad de morir, la muerte es algo que, aunque se sabe que llegará, se prefiere no hablar de eso o se aparenta no darle mucha importancia; incluso la tradición del día de muertos es una prueba de cómo se intenta negar la muerte, pues se vive como una fiesta en la que se evita hablar de lo que implica la muerte en la vida, así como, en el psiquismo de cada uno. La fiesta del día de muertos sigue funcionando como un ritual que busca seguir recordando a los muertos para evitar que estos desaparezcan, dándoles un lugar importante en la vida del que le sobrevive. De este modo, se alarga la vida aún después de la muerte, pensando que se deja de vivir en el mundo terrenal para ir a otro espacio en el que el muerto acompañará siempre al deudo, espacio en el que se trasciende y se sigue existiendo de alguna forma.

Para Freud, “nadie cree en su propia muerte, o, lo que es lo mismo, en el inconsciente cada uno de nosotros está convencido de su inmortalidad”. (290) [1]

En el caso de la pandemia, podría pensarse que el miedo a la muerte comienza a ocupar un lugar central en la vida anímica de los seres humanos, surge una ruptura de aquello que se pensaba alrededor de la muerte, por ejemplo; la idea de que a mayor edad mayor probabilidad de muerte, ya no puede sostenerse. Si bien, estamos en una sociedad en donde la muerte se relacionaba con la vejez y con los enfermos terminales, con la COVID-19 dichas concepciones se ponen en entredicho, o se rompen por completo. En la pandemia se murieron personas de todas las edades, de todas las clases sociales, con buen estado de salud o personas con enfermedades previas.

Este miedo a la muerte propia, pone en cuestión el significado de la muerte. Acaso el doliente en la pandemia no llegó a preguntarse y/o atormentarse sobre lo que pudo sentir su ser querido al morir, lo mal que la pudo pasar, si habrá sufrido, es muy factible que sí. No obstante, quizá tales cuestionamientos sólo fueron una proyección de ese miedo a la muerte propia, de eso que nos imaginamos que se puede sentir, la forma en la que se pueden vivenciar esos últimos momentos. Así, en la pandemia fue muy probable que ante

las masivas pérdidas no se pudiera evitar pensar o preguntarse ¿qué es lo que pasa después de la muerte?

El temor a la muerte tiene un fuerte efecto sobre nuestra vida subjetiva, se empobrece, pierde interés. Los vínculos afectivos, la insoportable intensidad de nuestro duelo hacen que nos abstengamos de buscar peligros para nosotros y para los nuestros [4]. Sin embargo, aun cuando se evitan momentos peligrosos para intentar evitar a la muerte, también, de forma contraria, se pueden buscar riesgos con el fin de retar a la muerte, ya sea para negarla, o como resultado del dolor ante la pérdida. De pronto durante la pandemia parecía que no había forma de sortear a la muerte que podía llegar en cualquier momento, lo cual, inevitablemente trajo estragos a la subjetividad, más porque ante las pérdidas humanas, por largo tiempo no se contó con el auxilio simbólico que otorgan los ritos funerarios.

Confirmar la vida a través de la muerte

Los ritos funerarios han sido una costumbre y herencia cultural importante a lo largo de la historia de la humanidad; como una despedida, como una forma de ofrenda, que puede tener como finalidad, la posibilidad de que un duelo vaya tramitando la aceptación de la pérdida.

Tanto la pérdida, como el rito funerario tienen impacto en la subjetividad del sujeto, el muerto no se va por completo en el terreno subjetivo, incluso podría estar más presente que en vida, toma un papel fundamental en la vida del quien le sobrevive.

Alcira Mariam menciona en 1996, “muerto no quiere decir inexistente o ineficaz. Lo muerto hace con lo que queda de él, con la materialidad sobrante y con una parte de sí que no desaparece nunca” [3] (22). Con esto último hace referencia a aquella parte que es invisible, pero ante lo cual se teme o bien se le hace reverencia. Eso invisible es a lo que las personas recurren cuando necesitan ayuda o hace la función que posibilita el hablar con ese otro que murió, que reconforta y sigue presente.

De esta forma se crea una interacción imaginaria con el muerto y, al dialogar con él, considerar lo que diría, pensaría y desearía, se tiene la fuerza para seguir, para cumplir metas, por y para el difunto.

Se considera que los ritos funerarios tienen la función de constatar esa muerte y comenzar a metabolizar la pérdida. Los ritos en ocasiones comienzan a vivirse antes de la muerte, acompañando al enfermo en sus últimos momentos de vida, con los cuidados que se le brindan, la compañía y el amor.

Alcira Mariam menciona, “a veces el moribundo protege al que continuará vivo. No sólo le da consejos y mensajes de consuelo y de buenos deseos para su vida cuando él ya no esté vivo, sino que también se preocupa de que su muerte le resulte lo menos dolorosa posible” [3] (195) De este modo, se observa la importancia que tiene tanto para el que se queda como para el que muere, el estar acompañados. Y es que, estar al borde de la muerte y atravesar la pérdida de un ser querido estando acompañados, hace más tolerable la situación, probablemente el dolor sea menos, y haya un mayor consuelo para ambos, tal vez disminuya el miedo de aquello que es desconocido. Por otra parte, el deudo al acompañar al enfermo se va preparando para su partida, para su ausencia.

En los ritos funerarios se acompaña a los deudos, se da contención en ese momento doloroso. Así, el deudo, puede sostenerse del apoyo que encuentra tanto en el rito como en la gente que le acompaña, y en la que encuentra palabras de consuelo, desahogo, atención y soporte.

Sin embargo, no siempre ocurre así, hay ocasiones en las que no se tiene la oportunidad de hacer un rito funerario, tal es el caso, de que se resida en lugares muy alejados, por cuestiones económicas, o como lo que se vivió en la pandemia por el COVID-19, en la que mayormente se perdió la oportunidad de acompañar al enfermo, así como, la imposibilidad de poder llevar a cabo un rito funerario tradicional.

Recordemos que en la pandemia los enfermos comenzaron a ser hospitalizados o aislados, siendo que, en los casos graves, no se tenía ningún tipo de contacto con sus familiares, los doctores y personal del hospital eran quienes se encargaban de mantener informada a la familia. En muchos casos, los familiares no volvieron a ver a su ser querido, no hubo despedida tan cercana, ni acompañamiento, de igual forma no era posible realizar velorio, sepelio, misa de cuerpo presente. Al morir la persona inmediatamente debía ser cremada y así, las familias sólo recibían las cenizas, dejando a un lado los ritos funerarios de costumbre, provocando quizá, alguna duda sobre si las cenizas fueran de su familiar.

Experiencias así, en las que no se tiene la oportunidad de realizar un rito de despedida, puede movilizar diferentes aspectos en la subjetividad; acaso reaccionar con mayor negación ante el deceso, sentimiento de culpa, pensamientos negativos sobre la propia muerte, y, lo más importante, un duelo en el que probablemente no logre tramitar la aceptación

de la pérdida, y por tanto, se postergue, o más aun no se supere. La falta de certeza, por la ausencia de un cuerpo que no se veló y del cual no se pudo constatar su muerte, puede generar incertidumbre, negación, culpa, en tanto no hubo despedida digna, quizá tampoco se pudieron cumplir los últimos deseos del difunto.

Los rituales han servido con el tiempo para separar lo vivo de lo muerto, posibilitan un espacio entre aquello que ya no está y lo que sigue vivo. Como describe Ariés, “uno de los fines de los cultos funerarios era el de impedir a los difuntos que volvieran a perturbar a los vivos” [5]. Pero ¿a qué se le teme? Probablemente, una de las razones se deba al miedo que se tiene a la cercanía con la muerte, de ser inquietados por los muertos, tener relación con aquello que dejó de existir y sentirse más cercanos a la muerte, perder esa inmortalidad inconsciente que Freud describía.

Aparte del temor, el deudo no comprende que es lo que se pierde en realidad con la muerte de esa persona amada, para Freud “sepultamos con él nuestras esperanzas, nuestras demandas, nuestros goces; no nos dejamos consolar y nos negamos a sustituir al que perdimos” (291) [2]. Es como perder todo aquello que se deposita en el otro, perder una parte de uno que se teme no recuperar, como si algo de uno muriera con él.

El duelo en relación a la muerte

El duelo puede darse no sólo ante la muerte de un ser amado, sino ante diferentes pérdidas, tales como: una ruptura amorosa, pérdida de empleo, cambio de residencia, finalizar estudios, etc., en las cuales, el duelo también implica llevar a cabo el proceso de poder asimilar lo que se pierde, lo que se aprende y poder colocar la libido en nuevos objetos; sin embargo, para los fines de este artículo sólo se aborda el duelo de la pérdida de un ser querido.

La imposibilidad de superar el duelo de la muerte de un ser amado, puede relacionarse con la dificultad de metabolizar situaciones traumáticas que surgen en la sociedad, en la vida en general, los cambios bruscos generados. Por ejemplo, durante la pandemia, el confinamiento repentino, las muertes masivas, que acaso provocaron un mayor miedo a la propia muerte, sin duda alguna pusieron en juego la subjetividad, y con esto, condiciones desfavorables para una tramitación adecuada del correspondiente duelo.

Lo que puede llegar a posibilitar el duelo es que el sujeto signifique esa pérdida, y para ello, los rituales funerarios desempeñan un papel esencial, sobre todo porque en estos se incluye la participación de la familia y la de personas cercanas, incluso muchas veces, la influencia de los familiares puede determinar el que pueda lograrse o no dicha significación, esto ocurre a través de la palabra, de las miradas, de la presencia del otro, como aquello que da soporte, que posibilita la expresión y vivencia del dolor.

Freud señala que, “el duelo contiene un gran dolor, la pérdida del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de escoger algún nuevo objeto de amor” [1].

En el proceso del duelo, el yo se inhibe, se achica, por decirlo de algún modo, y es hasta que este duelo se transita, que retoma el yo su libertad. Freud en 1917 [1], describe que en el duelo normal se vence la pérdida del objeto y mientras persiste absorbe de igual modo la energía del yo.

Se da por sentado que al tener una pérdida se vivirá un duelo que tendrá una duración de cierto tiempo y después de esto se superará la pérdida del objeto, sin pensar en la posibilidad de que ese proceso se alargue porque no se tramita lo que en lo subjetivo debe suceder. Lograr retirar la libido del objeto perdido, de aquello que se relaciona a él y lograr encontrar nuevos objetos, pero no como reemplazo.

CONCLUSIÓN

A través de la investigación se intentó reflexionar sobre la importancia de realizar algún rito funerario como despedida, pero también, como una manera de protección para tomar distancia con la muerte. Con el rito, se puede simbolizar una distancia con la propia muerte, delimitando el espacio del muerto y del que sobrevive.

Los ritos funerarios en cada cultura y épocas son diferentes, pero, si en algo coinciden, es que tienen la finalidad de poner en juego una despedida, y aunque existan alteraciones como se vivió durante la pandemia, de algún modo, se encontró la forma de despedirse de sus seres amados, lo cual evidencia, la creatividad en la subjetividad humana para crear nuevas formas de compensar aquello que termina siendo indispensable en la subjetividad, procesar una pérdida, en particular la muerte. En general, la creatividad es importante en la vida de cualquier ser humano, en este caso, para evitar un duelo patológico, y así, reconocer qué significa esa pérdida y resignificarla.

Entonces, el no poder despedir a la persona fallecida podría complicar un proceso de duelo, porque puede generar una falta de certeza de esa muerte, quizá se alargue el momento de iniciar un duelo, de metabolizar la pérdida, no sólo de la persona sino de aquello nuestro que murió con esa persona. Con esto se puede generar la ilusión de que volverán de alguna forma, acaso no poder crear una imagen de esa persona sin vida, en dado caso, no simbolizar la aceptación de su muerte, de aceptar la ausencia.

Al dificultarse el proceso del duelo el yo podría permanecer debilitado, lo que probablemente ocasionaría que no logre colocar la libido en otros objetos para crear un vínculo.

Una pregunta que surge y posibilita ampliar la investigación es ¿a qué se le teme? Es un temor a morir, miedo a lo que pueda pasar después de la muerte, un miedo a la nada a la no existencia, o es en realidad un miedo relacionado al narcisismo, a dejar de tener esa mirada del otro, quizá se vulnera el narcisismo porque, aunque el muerto se vuelve importante en cierto punto, posiblemente después deje de serlo, al final el que se fue ya no sabe nada de lo que deja en el plano terrenal. Quizá es un miedo a ser olvidado. Aunque en realidad los muertos no se olvidan su recuerdo queda y toma otro significado.

BIBLIOGRAFÍA

- [1] FREUD, S. (1917). Duelo y Melancolía. En: O.C. Tomo XIV. Buenos Aires: Amorrortu, 1993.
- [2] ALLOUCH, J. (2011). Erótica del duelo en tiempos de la muerte seca. Buenos Aires: El Cuenco de Plata.
- [3] ALIZADE, A. (1996). Clínica con la muerte. Buenos Aires: Amorrortu, 1996.
- [4] GEREZ. M. (2009). Culpa, responsabilidad y castigo. Buenos Aires. Letra Viva, 2009.
- [5] ARIÉS. P. (2000). Historia de la Muerte en Occidente, desde la Edad Media hasta nuestros días. Barcelona: El Alcantilado.

LA SUPERVISIÓN: UN FARO PARA EL ANALISTA

DRA. LUCÍA CORTÉS MARTÍNEZ

Titulada como Médica Cirujana por la Universidad Nacional Autónoma de México, diplomada en las ramas de nutrición clínica bariátrica y medicina estética. Maestranda en Psicoterapia Psicoanalítica por el Colegio Internacional de Educación Superior (CiES). Correo electrónico: lucia.cortes.mtz@gmail.com

Recepción: 03 de abril 2023/ Aceptación: 17 mayo 2023

“Un faro es la luz que ayuda a guiarte por el mar. Igual pasa en la vida, a veces somos como un faro que alumbra a distancia para guiar a otros por el camino correcto y a veces es uno quien necesita de un faro, que le advierta del peligro que se avecina y le de seguridad”. (Anónimo)

RESUMEN

El presente artículo intenta hacer una analogía entre la función de un faro para un navegante y el de la supervisión para el psicoanalista, en el sentido en que la supervisión funge una función similar al de un faro para un capitán de navío. Metafóricamente la supervisión opera como un faro en varios sentidos.

Este artículo de investigación expone cuales son las herramientas que se adquieren y se desarrollan en la *supervisión* (faro), que posibilitan el sostenimiento del lugar del analista (navegante) como aquel que dirige la cura, en su posición imaginaria del *Sujeto Supuesto Saber* (capitán de navío). Para lo cual, fue necesario definir los conceptos de: Sujeto Supuesto Saber y supervisión o análisis de control. Así como presentar diversas funciones de la supervisión, cuáles son sus particularidades, identificar cuáles casos se llevan a supervisión, qué es lo que mueve la demanda de supervisión y finalmente establecer la relación que hay entre la supervisión y el deseo del analista.

PALABRAS CLAVE: Análisis de control, contratransferencia, lugar del analista, sujeto supuesto saber, supervisión.

SUMMARY

The present article attempts to draw an analogy between the function of a lighthouse for a navigator and that of supervision for the psychoanalyst, in the sense that supervision

serves a function similar to that of a lighthouse for a ship's captain. Metaphorically, supervision operates as a lighthouse in several senses.

This research article exposes the tools that are acquired and developed in supervision (lighthouse), which make it possible to sustain the analyst's place (navigator) as the one who directs the cure, in his imaginary position of the Supposed Knowing Subject (captain of the ship). For which, it was necessary to define the concepts of: Supposed Knowing Subject and supervision or control analysis. As well as to present the different functions of supervision, what are its particularities, to identify which cases are taken to supervision, what moves the demand for supervision and finally to establish the relationship between supervision and the analyst's desire.

KEY WORDS: Control analysis, countertransference, place of the analyst, subject supposed to know, supervision.

RÉSUMÉ

Le présent article tente d'établir une analogie entre la fonction d'un phare pour un navigateur et celle de la supervision pour le psychanalyste, dans le sens où la supervision remplit une fonction similaire à celle d'un phare pour le capitaine d'un navire. Métaphoriquement, la supervision fonctionne comme un phare dans plusieurs sens.

Cet article de recherche expose quels sont les outils acquis et développés en supervision (phare), qui permettent de soutenir la place de l'analyste (navigateur) comme celui qui dirige la cure, dans sa position imaginaire de Sujet supposé savoir (capitaine du navire). Pour cela, il a fallu définir les concepts de : Sujet supposé savoir et supervision ou analyse de contrôle. Ainsi que de présenter les différentes fonctions de la supervision, quelles sont ses particularités, d'identifier quels sont les cas amenés en supervision, ce qui motive la demande de supervision et enfin d'établir la relation entre la supervision et le désir de l'analyste.

MOTS CLÉS: Analyse de contrôle, contre-transfert, place de l'analyste, sujet supposé savoir, supervision.

INTRODUCCIÓN

Al emprender un viaje por el océano el capitán de un navío es quién llevará y acompañará a la tripulación hasta su destino; guiando, dirigiendo, ubicando y señalando la ruta, esto lo logrará apoyándose de varios recursos que permitirán que el navío llegue a buen puerto, uno de esos recursos es el faro.

Durante la navegación será común que el capitán tenga dudas respecto a sus capacidades y habilidades, se cuestionara si las decisiones que toma son aquellas que permitirán que el barco no naufrague y quizás, en varios momentos del viaje llegue a dudar de si es quién debe capitanear el barco, motivo que lo podría llevar a descolocarse por momentos de su lugar de capitán, pudiendo poner en riesgo el viaje.

En psicoanálisis, la supervisión funge una función similar que la de un faro para un capitán de navío. Metafóricamente la supervisión opera como un faro en varios sentidos, uno es que el faro desde su posición elevada puede observar todo el océano y los barcos que navegan en él; otra como una herramienta útil para los capitanes que les sirve de guía para iluminar su viaje y evitar que se pierdan en el camino o que el barco naufrague y por último; como aquello que va a sostener una parte del viaje permitiendo que el navío llegue a buen puerto.

Este artículo de investigación tiene como objetivo exponer cuales son las herramientas que se adquieren y se desarrollan en la *supervisión* (faro) que posibilitan el sostenimiento del lugar del analista (navegante) como aquel que dirige la cura, en su posición imaginaria del *Sujeto Supuesto Saber* (capitán de navío). Para tal fin se definieron los conceptos de: Sujeto Supuesto Saber y supervisión o análisis de control, así como también, se exponen las diversas funciones que posee la supervisión y cuáles son sus particularidades; reconocer cuáles son los casos se llevan a supervisión, qué es lo que mueve esa demanda de supervisarse y finalmente establecer la relación que hay entre la supervisión y el deseo del analista.

Esto con el objetivo de plasmar que la supervisión es un recurso muy importante para el psicoanalista, que le proporcionará herramientas que le permitirán sostenerse en el lugar del analista, es decir, que el faro le de herramientas al capitán del navío para que sostenga el viaje con la finalidad de evitar que se produzca un naufragio y lograr que el barco llegue hasta buen puerto.

El tipo de investigación que se utilizó es de tipo cualitativo, para ello se usaron artículos de revistas científicas confiables y libros. Se recurrió a los parámetros de búsqueda de: supervisión, análisis de control, psicoanálisis, contratransferencia, sujeto supuesto saber, deseo del analista. Se seleccionaron únicamente artículos no mayores a diez años de antigüedad, en idioma español, cuyo contenido fue de acceso libre y gratuito.

DESARROLLO

ANTECEDENTES DE LA SUPERVISIÓN

El psicoanálisis generalmente utiliza dos nominaciones para la tarea de compartir un material clínico de un paciente con un colega de mayor experiencia, *supervisión o análisis de control*. Como antecedente histórico de esto es necesario situarse en el año de 1912 cuando Sigmund Freud en su texto: “*Consejos al médico sobre el tratamiento psicoanalítico*”, menciona al análisis personal como requisito indispensable para quienes pretendan ejercer como psicoanalistas y, aunque en dicho texto, no se hace mención específicamente a la supervisión como parte de estos requisitos de preparación del psicoterapeuta, es en ese tiempo cuando las conversaciones e intercambios de cartas entre analistas eran una práctica bastante común, que funcionaba como un recurso para comunicar entre sí las dificultades que les planteaban sus pacientes en tratamiento [1].

La correspondencia mantenida por Freud con algunos de sus discípulos como Josef Breuer o colegas como Wilhelm Fliess y más sistemáticamente con el padre de Juanito son algunos testimonios que ponen evidencian la práctica de la supervisión.

Reconocer en esos intercambios los comienzos de lo que hoy conocemos como supervisión nos permite ubicar a un Freud, que desde sus inicios en la práctica clínica del psicoanálisis ha puesto en diálogo sus interrogantes y teorizaciones. En el texto de: “*Contribución a la historia del movimiento psicoanalítico*”, Freud en 1914, relata cómo los jóvenes aspirantes a psicoanalistas comenzaron a acercarse a él con la meta de aprender, ejercer y difundir el psicoanálisis, dando lugar a lo que más tarde serían las reuniones de los miércoles, pilares de la Sociedad Psicoanalítica de Viena. En esta línea de ideas es que la supervisión se presenta como una tarea en la que se entrecruzan la formación del psicoanalista y el intercambio con colegas [2].

La práctica de la supervisión o análisis de control se instauró alrededor de 1920, para convertirse progresivamente en un elemento fundamental de la formación técnica del psicoanalista y condición previa de su fiabilidad para la práctica. Hoy en día, en las diversas Sociedades de Psicoanálisis, se admite que el candidato no puede ser autorizado a emprender una supervisión hasta que su propio análisis de control se halle suficientemente avanzado [3].

LA SUPERVISIÓN O EL ANÁLISIS DE CONTROL

La supervisión o análisis de control, es un proceso en el que participan dos o más personas en una tarea donde se comparte el material obtenido de sesiones analíticas, intenta

precisar, mantener y mejorar el nivel de desempeño, especialmente el de psicoanalistas menos experimentados. El supervisor es quien hace una labor de sugerir y no de imponer, de enseñar y no de analizar al supervisando [4]. Es importante hacer hincapié en que la posición del supervisor es de igualdad entre colegas pero, de superioridad respecto a experiencia y quizás también de conocimiento.

Supervisar es un requisito formativo para el futuro analista, el Dr. Islas refiere que es uno de los soportes en el que descansa la formación del analista [5]. Se considera que esta es la vía regia para descubrir aspectos fundamentales en la transmisión del psicoanálisis, tanto en lo que implica el trabajo con lo inconsciente como en la formación de un pensamiento clínico, del cual es su eje.

El objetivo de la supervisión es compartir y transmitir conocimientos al supervisando con respecto a cómo se puede intervenir con el paciente, qué hacer, cómo hacer y qué no hacer durante las sesiones. También se ocupa de autoevaluar las intervenciones que se ejecutan durante las sesiones de análisis, logra identificar como el propio aparato analizador podría estar interfiriendo en los puntos ciegos del analista y permite observar lo que transferencialmente está ocurriendo entre la triada supervisante, supervisor y paciente, en resumen, la supervisión integra la teoría con la clínica.

Siguiendo con la metáfora del faro es preciso mencionar que cuando el navegante se comienza a desviar del camino o no logra ver con claridad la ruta a navegar es cuando hay que echar mano de las herramientas que se tienen al alcance, como la brújula, los mapas y la guía de la luz del faro, esto con el objetivo de no perderse, naufragar o encallar. La supervisión sirve justo para eso, para evitar que el futuro analista pierda la guía. Al principio la supervisión es para enseñarle al capitán menos experimentado el arte de analizar, sin caer en juicios de aprobar o reprobar lo que hace el analista en su ejercer, más bien, como acompañante que comparte su experiencia y que señala desde otra perspectiva cuando se esté perdiendo el rumbo o no se estén tomando en cuenta todos los factores para una buena navegación.

Al inicio del ejercicio psicoanalítico parece ser necesario que se trate de supervisar en su mayoría todos los casos que se atiendan, es una etapa formativa donde esta guía es esencial para que a medida de lo posible se vaya generando el sostenimiento del lugar del analista que implica entre otras cosas sostener a su vez el lugar imaginario del sujeto supuesto saber.

EL SUJETO SUPUESTO SABER Y EL LUGAR DEL ANALISTA

La frase Sujeto Supuesto Saber se introdujo por Lacan en 1961 para designar la ilusión de autoconciencia transparente por sí misma en su acto de saber. Esta ilusión, que se genera en el estadio del espejo, es cuestionada [6].

El psicoanálisis demuestra que el saber no puede ubicarse en ningún sujeto en particular, sino que es de hecho intersubjetivo. Lacan retoma en 1964 la expresión al definir la transferencia como la atribución de saber a un sujeto “en cuanto el sujeto que se supone que sabe existe en algún lado, hay transferencia”(192)[6] Esta definición subraya una suposición por parte del analizante de un sujeto que sabe lo que inicia el proceso analítico, y no el saber que tiene realmente el analista. La frase “Sujeto Supuesto Saber” (185)[6], no designa al analista mismo sino una función que el analista puede llegar a encarnar en la cura. Sólo cuando el analista es percibido por el analizante como encarnando esa función puede decirse que se ha establecido la transferencia.

Por lo tanto, para ocupar el lugar del analista se requieren una serie de condiciones, que son la consecuencia de la experiencia a la que el supervisante se ha sometido en su propio análisis y en su supervisión. Dichas experiencias tienen que haber producido una pérdida: la renuncia a todo fantasma de dominio del saber [7]. La supervisión intenta que la creencia que instituye el Sujeto Supuesto Saber en un tratamiento no suponga la inflación narcisista del supervisante, sea por la vía del furor curandi, propio de quien se siente llamado a curar los conflictos del mundo y sus alrededores. Es además un llamado de atención para que el supervisante revise sus fantasmas en el sitio que corresponde, a saber: su propio análisis [8].

DEMANDA DE SUPERVISIÓN Y DESEO DEL ANALISTA

Navegar será en ocasiones más complejo por las características de la ruta, las condiciones climáticas, la tripulación o el embarque, así será con los pacientes, unos serán más complejos que otros. La situación transferencial que el analizante produzca en el analista puede ser la clave para seleccionar un caso que amerita ser llevado o no a supervisión. Lacan refirió que la resistencia mas grande que hay es la del analista, [9] es en ese momento en que esta resistencia se empieza a presentar en el analista con algún caso en particular cuando éste deberá de plantearse si el caso debe ser llevado a la supervisión y a su análisis personal.

La situación transferencial a la que se pretende hacer referencia es específicamente a la *contratransferencia*; Laplanche la define como el “conjunto de las reacciones inconscien-

tes del analista frente a la persona del analizado y, especialmente, frente a la transferencia de este” (84)[3].

Es preciso puntualizar este concepto puesto que la contratransferencia es una de las situaciones que harán llevar un caso a supervisión, sin embargo, es preciso aclarar que como tal la contratransferencia no se trata con el supervisor, lo correcto es que se trate en el espacio de análisis personal, es decir, en el diván; en todo caso lo que se lleva a la supervisión es uno de los rasgos de la contratransferencia, la cual se denomina *contraidentificación proyectiva*. (30)[10].

Hay variedad de situaciones que ameritan la demanda de supervisión, una es la posición del analista respecto de su propio acto, dado que finalmente es el sentimiento de estar sobrepasado por su acto lo que desencadena la demanda de supervisión. Una de las razones frecuentes surge cuando el supervisante experimenta alguna clase de incomodidad con el caso. Esa incomodidad está relacionada con algo que lo sobrepasa, algo que conmueve su posición en la escucha.

Es importante recalcar aquí que, la supervisión no es un encuentro entre un maestro y su discípulo. Su objetivo principal es precisamente el de despejar el obstáculo de la resistencia del analista. El ejercicio de la supervisión va a permitir que el practicante pueda restablecer su posición respecto de su propio acto, dado que finalmente es el sentimiento de estar sobrepasado por su acto lo que desencadena la demanda de supervisión.

Otra situación corresponde a la etapa en la cual el practicante solicita una supervisión porque en el fondo lo que está en juego es una demanda de autorización. “Quiero saber si lo estoy haciendo bien o no”. Esto puede darse cuando la supervisión se convierte en el espacio donde se pone a prueba los efectos de subjetivación del deseo del analista [7].

Es importante recalcar que en la supervisión se debe evitar alimentar la idea de que lo que está en juego es la obtención de un saber, más bien es una oportunidad de una nueva lectura sobre el material que trae el analizante a su analista. Theodor Reik sugiere que “se ayude al candidato a escuchar con su tercera oreja, pues, dice, las otras dos han sufrido efectos de sordera provocados por una enseñanza dogmática. El saber predigerido, aunque dé cuenta de la práctica analítica, produce, sin duda, efectos de deformación... Esta tercera oreja o subjetividad segunda, como la llama Lacan, sugiere una posición de escucha para el analista que le permitiría ser capaz de “servirse de su propio inconsciente como instrumento del análisis”. (362)[11].

Por todo lo planteado hasta el momento se puede decir entonces que la supervisión opera más como una rectificación de la posición en la transferencia que como una transmisión de saber. Es fundamental subrayar que esta no proporcionará una acumulación de saber,

es decir, no sabré más por supervisar cien veces que si superviso diez. No es eso lo que está en juego, porque se trata del deseo del analista y de su “saber hacer”. Ese “saber hacer” no es una información o conocimiento, no es un saber referencial que se almacena, puesto que tanto la sesión analítica como el control remiten a un acontecimiento que es siempre singular, que siempre cuenta como uno [7]. Por ende, este lugar más que un espacio que enseña un saber hacer con el analizante, es un lugar que posibilita reflexionar sobre esta posición que el analista pone a prueba en cada encuentro analítico. Respecto a la relación que hay entre la supervisión y el deseo del analista situamos las palabras que Lacan nos señala cuando refiere que el analista al pasar por su experiencia de analizado, ha modificado su economía de deseo, el deseo del analista.

Podemos decir que la supervisión no propone una norma sino que se orientaría por el deseo: el deseo del analista, siendo esta una manera de subjetivar la posición del analista que en su acto está en posición de objeto [12]. La supervisión es una práctica que se apoya fundamentalmente en la ética del psicoanálisis. Será importante entonces, evitar que la demanda se satisfaga mediante una respuesta que alimente el fantasma del saber del analista como un saber que progresa.

Otro punto relevante es la necesidad de supervisión para que el analista elabore su sentimiento de culpabilidad, esa que se produce como resultado de no hacer las “interpretaciones correctas” en el “momento oportuno” o bien, por no haber intervenido adecuadamente.

Por lo tanto, es importante entender que la supervisión no pretende resolver una urgencia, sino crear un espacio donde poder pensar, a posteriori, las consecuencias del acto analítico. La demanda de auxilio para evitar la pérdida de un paciente produce una distorsión de aquello que debería suceder en una supervisión, introduce la demanda de un saber mágico, que reclama la omnipotencia, como si se pudiese encontrar la interpretación salvadora.

Finalmente, la supervisión tiene un valor epistémico. Ese valor no se corresponde con una enseñanza en el sentido de la transferencia de un saber del supervisor al supervisante. La ganancia de saber que se produce en la supervisión proviene del hecho de que contar un caso y el impasse que ha provocado la demanda tiene en sí mismo un efecto de interpretación. El relato constituye una elaboración de saber [7].

CONCLUSIONES

El psicoanalista acude a supervisarse para ir logrando sostener el lugar del analista como aquel que dirige la cura, en su posición imaginaria del *Sujeto Supuesto Saber* que le otor-

ga su analizante, y al mismo tiempo de permitirse renunciar a ese fantasma. Es imprescindible que el analista se quite la idea fantasiosa de que posee un saber respecto a aquello que le pasa a su analizante y mucho menos el de creer que tiene el remedio de su problemática.

Para que el psicoanalista logre con esta herramienta sostenerse en ese lugar deberá tener claro que el supervisarse no conlleva un esfuerzo de hacer las cosas bien, que no se trata de construir una “clínica ideal” sino más bien de ir construyendo una clínica propia a través del recorrido formativo y de experiencia por el cual atraviesa el analista durante todo su ejercer; todo esto con el objetivo de que el analista se pueda jugar su propia clínica y se permita dar paso a que con cada analizante se logren ir construyendo tratamientos posibles.

Es imprescindible que en el ejercicio de la supervisión se vayan cayendo las idealizaciones para propiciar que el supervisando logre desarrollar su escucha, su pensamiento analítico, su “saber hacer” como analista.

En algún momento del viaje por océano el psicoanalista será quien necesite de ese faro que le dará las herramientas para sostener el viaje y llevar el navío a buen puerto, o bien el psicoanalista hará la función de ese faro ayudando a otros a permanecer y sostener el viaje. Ese es el faro de la supervisión, el que evitará perderse en esa fantasía, pero que guiará y permitirá sostener ese lugar.

“Saber cuándo y cómo cambiar de rumbo es importante para el éxito. La duda es un faro que te impedirá encallar. No naufrague en las rocas del tiempo. Esté dispuesto a repensar sus decisiones y cambiar de rumbo”. (Harley King)

BIBLIOGRAFÍA

- [1] FREUD, S. (1912). Consejos al médico sobre tratamiento psicoanalítico. O.C. Tomo XII. Buenos Aires: Amorrortu, 2012.
- [2] FISCHER, I. (2019). La supervisión y la formación del analista. Cuadernos tópicos No.5. Reed. Ricardo Vergara Ediciones. Fecha de consulta: 2021-04-15. Disponible en: <http://articulosrvediciones.blogspot.com/2019/11/ileana-fischer-la-supervision-y-la.html>
- [3] LAPLANCHE, J. Y J.B. PONTALIS. (2004). Diccionario de psicoanálisis, Argentina y Uruguay: Paidós.
- [4] PALACIOS, L. A. (2002). La supervisión en la enseñanza del psicoanálisis. Cuadernos de Psicoanálisis. Asociación Mexicana de Psicoanálisis.

- [5] LÓPEZ, I.M. (1988). El papel de la supervisión en el desarrollo de la identidad del psicoanalista. Cuadernos de Psicoanálisis. Asociación Psicoanalítica Mexicana A.C.
- [6] EVANS, D. (2007). Diccionario introductorio de psicoanálisis lacaniano. Buenos Aires: Paidós.
- [7] DESSAL, G. (2020) Notas sobre la supervisión. Red psicoanalítica de atención. Fecha de consulta: 2021-04-15. Disponible en: <https://redpsicoanalitica.org/2020/12/17/notas-sobre-la-supervision/>
- [8] ZABALA, S. (2018) ¿Supervisión y/o análisis de control? ¡A cuidar el crédito del celu! Fecha de consulta: 2021-04-15. Disponible en: <https://www.elsigma.com/columnas/supervision-y-o-analisis-de-control-a-cuidar-el-credito-del-celu/13439>
- [9] LACAN, J. (1954-1955). El Yo en la teoría de Freud y en la técnica psicoanalítica. El Seminario, Libro 2. Buenos Aires: Paidós.
- [10] GRINBERG, L. (1975). La supervisión psicoanalítica. Buenos Aires: Paidós.
- [11] LAURIÑA, C. (2015). Freud y Lacan supervisores. Testimonios. Revista Psicoanálisis, 32 (2 y 3).
- [12] DELGADO, M. Una aproximación al análisis de control. Revista repique. Fecha de consulta: 2021-04-15. Disponible en: <http://glm-uy.org/template.php?sec=revista-repique&file=revista-repique/003/una-aproximacion-al-analisis-de-control.html>